

Ernesto Langer Moreno

# ENTRELETRAS



A mi mujer Violeta,  
por su cariño y comprensión.

Derechos reservados 2012  
© Langer Moreno Ernesto  
Prohibida su reproducción por cualquier  
medio sin la autorización del autor  
Inscripción Registro Intelectual:222.206  
ISBN: 978-956-351-693-7  
Editado por: [www.esritores.cl](http://www.esritores.cl)  
[elanger@esritores.cl](mailto:elanger@esritores.cl)  
Impreso en Chile / Printed in Chile

*Escribir es un vicio.  
¿Por qué un hombre, o una mujer, cae en el vicio de  
escribir? ¿Qué tiene el oficio que atrae, como la luz a  
la polilla?*

## Indice

La puta vida.....	9
El primo.....	61
Hasta que la muerte nos separe.....	109
Entre letras.....	149

**La puta vida**

## PRIMER CAPÍTULO

Era un día caluroso, a fines de noviembre, en Santiago. Ese día me encontré con Ana después de mucho tiempo; apenas la saludé con un beso en la mejilla y le pregunté cómo estaba, ella me confesó algo sin tapujos, como si jamás nos hubiésemos distanciado.

—He tenido días mejores —me dijo—, mientras limpiaba su nariz con un pedazo de papel higiénico todo arrugado y apenas podía pronunciar sus palabras.

Como la vi tan afligida la abracé intentando consolarla, pero ella se resistió y me apartó diciendo:

—Déjame, estoy bien, no te preocupes.

Me hice a un lado inmediatamente sin comprender qué le sucedía, y me quedé allí mirándola, supongo que como un tonto.

—No me mires así —me dijo entonces, ya tengo suficiente con lo que estoy pasando—, y se puso a llorar a mares.

Queriendo entender lo que le ocurría esperé que cambiara de actitud, dejara de llorar y me contara el por qué de su aflicción, hasta que después de un momento lo hizo.

—El muy desgraciado se ha reído en mi cara —dijo—, me ha engañado como si fuera una niña. ¡Que imbéciles! —agregó—, él por engañarme y yo por dejarme engañar.

Un poco incómodo, sin saber qué hacer con mis manos, las metí en los bolsillos del pantalón mientras ella continuó con su relato.

—Lo conocí en una fiesta, me lo presentó una amiga, y de inmediato pensé que era amor a primera vista. Eso

me dijo también el muy desgraciado —aseguró en un tono más duro—, y yo le creí —concluyó.

Entonces volvió a ponerse a llorar, pero esta vez apoyó su cabeza en mi pecho, lo que por supuesto consentí sin problema. Incluso saqué mis manos de los bolsillos y me atreví a abrazarla.

Estuvimos así por unos segundos, hasta que ella recuperó fuerzas para continuar con su historia y de nuevo me apartó.

—No te aproveches —me dijo.

Yo hice un gesto de total inocencia dando un paso atrás, subiendo mis brazos, mostrando las palmas de mis manos, y seguí escuchándola.

—Salimos durante semanas —continuó ella—, estábamos enamorados, al menos eso pensé, estaba segura; y pasó lo que siempre pasa cuando dos personas se aman, terminamos acostándonos y tuvimos sexo, mucho sexo.

No acababa de decir esto cuando comenzó a gritar como una loca:

—Me arrepiento, me arrepiento, me arrepiento...

Intenté calmarla, para lo cual debí tomarla de los hombros y sacudirla un poco, hasta que se calmó y de nuevo apoyó su cabeza en mi pecho.

—Es un desgraciado —suspiró—, sollozando.

Sentí su cuerpo pequeño, tibio, y no sé por qué la imaginé tan frágil, desvalida, que tuve compasión.

—¿Te abandonó? —me atreví a preguntar, adivinando lo que podía ser la causa de su trastorno.

—No solo me abandonó —dijo ella—, sino que estoy embarazada y muy pronto daré a luz una criatura sin padre —remató.

—¡Ah, pero qué tontera! —exclamé—, más bien se me escapó, porque no debería haber dicho algo como eso. Confieso que nunca he sido muy diplomático.

—Sí, es un error gravísimo, una cagada del porte de un buque —replicó ella—, y lo peor es que no sé qué hacer.

Yo volvía a esa hora de mi trabajo al departamento e impactado por el encuentro y la confesión totalmente inesperada, insólita, sin saber qué decir, no se me ocurrió otra cosa que invitarle un refresco o un café, lo que quisiera.

—Vivo cerca, ¿aceptas?, —le pregunté.

Ella asintió muda, moviendo su cabeza de arriba a abajo, lentamente.

Caminamos hasta mi departamento a dos cuadras de donde nos encontramos. Ella permaneció en silencio durante toda la travesía y yo hice lo mismo mientras recordaba nuestros tiempos de escolares, varios años en los que fuimos compañeros y amigos.

Ana tenía un ángel, una personalidad interesante que atrajo a muchos que andaban detrás suyo. A menudo era el alma de las fiestas, bailaba como ninguna. Era además una verdadera líder, querida, respetada; tal vez un poco loca, pero siempre una buena compañera. Sabía consolar a los amigos y darles ánimo en los momentos difíciles. A veces incluso hacía de Celestina. Personalmente le debo varios romances con amigas que me presentó y ayudó a conquistar. Le gustaba verme feliz, según decía. En definitiva, fueron varios años de sana amistad y grato compañerismo.

Al final del colegio cada uno partió a lo suyo y entonces dejamos de vernos, hasta aquel día.

Era increíble que nos encontráramos ahora de ese modo, en esas circunstancias. En el fondo me alegré de haberlo hecho, pues pensé que teníamos muchas cosas que contarnos.

Cuando llegamos a mi edificio y le abrí la puerta invitándola a entrar, recién me miró de nuevo a los ojos y me dio las gracias, esbozando una sonrisa.

En el ascensor sin embargo siguió muda y comencé a preocuparme. Me inquietó su estado, tuve serias dudas de

si acaso estaba haciendo lo correcto llevándola a mi hogar. Pero ya estaba allí, así que sonreí tratando de infundirle confianza y estuve dispuesto a comportarme lo más solidariamente posible.

—Aquí vivo, le dije, —mientras introducía la llave en la cerradura de mi puerta—, estás en tu casa.

—Con que aquí es donde vives —dijo Ana—, apenas entramos y encendí la luz, dejando ver un descomunal desorden que me hizo sentir avergonzado.

Comencé de inmediato a recoger vasos sucios, ceniceros llenos de colillas, más ciertas prendas como pantalones y poleras tiradas sobre los sillones o en el piso.

—Vivo solo, tengo poco tiempo —intenté justificarme—, mientras abría las cortinas y ventanas para dejar entrar aire puro.

—No te preocupes —sentenció ella.

Habiendo por fin puesto un poco de orden, la invité a sentarse y le ofrecí un café.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Ana.

—No, no, —me apresuré a responder—, temeroso del desorden que podía encontrar en la cocina. —Tú quédate aquí, yo me ocupo de todo, eres mi invitada, descansa.

—Por lo visto no has cambiado mucho —la escuché decir desde la cocina—, y supongo que lo dijo porque nunca me destaque por ser ordenado. —Todavía me acuerdo de tus cuadernos —continuó—, eran un verdadero caos, nunca los tenías al día y al final, siempre teníamos que estudiar con los míos.

—Sí, es verdad —le dije, mientras colocaba dos tazas de café sobre la mesa, y me alegré de verla un poco más repuesta—, sigo siendo un poco al lote, pero en otras cosas he mejorado, —afirmé.

Ya más distendidos, bebiendo el café y comiendo unas galletas que encontré por casualidad en un estante

de la cocina, decidí esperar un poco antes de pedirle que siguiera contando sobre su vida, temiendo que apenas lo hiciera caería nuevamente en el llanto y los lamentos.

Le ofrecí un vino y ella lo aceptó. Aunque después pensé en que no debiera haberlo hecho tomando en cuenta su condición de embarazada. Sin embargo, luego de un rato, nos habíamos tomado la botella entera y fumado varios cigarrillos.

Como a las doce treinta, después de haber pasado en revista recuerdos inolvidables, evitando cuidadosamente hablar de aquellos temas que podían traer el dolor y las penas, finalmente me dio sueño y me ofrecí para ir a dejarla, disculpándome, argumentando que al otro día debía levantarme temprano para ir a trabajar.

Pero apenas se lo mencioné le cambió la cara y comenzó de nuevo a sollozar. Pensé que tal vez, a última hora, sentía ella la irrefrenable necesidad de hablar sobre lo que más le dolía. Pensé que no quería irse sin compartir su dolor más profundo, así que un poco entonado como estaba abruptamente le dejé caer la pregunta:

—¿Te acordaste de la criatura que viene en camino y de todo ese rollo?

—Para nada —respondió ella, no es eso—, y con un gesto nervioso encendió el último cigarrillo que quedaba en la cajetilla.

—Pero entonces —inquirí preocupado—, ¿qué pasa?

—Lo que pasa —dijo ella, sin rodeos— es que no tengo adonde ir, tampoco tengo un peso. He sido abandonada y ahora estoy sola en este mundo.

No dudé ni por un segundo lo que me dijo. Ana era de confianza, yo la conocía, a pesar de no haberla visto durante todo ese largo tiempo. No me iba a engañar, no me mentiría. Así que la abracé y ella dejó que lo hiciera. Fue un momento emotivo donde no podía hacer otra cosa que la que hice. Además ya era tarde.

—No te preocupes —le dije—, puedes quedarte cuanto quieras conmigo, tengo una habitación disponible.



Está un poco desordena, pero en fin, la arreglamos para que duermas. Mañana veremos qué hacemos.

...Y ese acto generoso, creo yo, fue el principio de todas mis correrías.

Al otro día Esteban se levantó temprano con un pequeño dolor de cabeza, tomó una ducha, se afeitó y preparó un café.

Como Ana no dio señales de vida supuso que aún dormía y no quiso despertarla. Le dejó una nota sobre la mesa diciendo que la llamaría por teléfono, que tomara un buen desayuno y que se sintiera como en su casa. Luego partió rumbo al trabajo sin hacerse ningún problema por su invitada.

Pasadas las diez de la mañana la llamó por teléfono, pero nadie respondió. Lo mismo hizo como a las once treinta, sin resultado. Dedujo que Ana todavía dormía, siguió trabajando hasta que llegó la hora de almuerzo y decidió ir a almorzar con ella a su departamento. En el camino aprovechó para comprar una coca cola de dos litros y un helado.

Se imaginó que llegaría al departamento y su amiga posiblemente seguiría dormida, así que tendría que despertarla. Lo iba a hacer llevándole el desayuno a la cama, aunque ya fuera hora del almuerzo. Estaba seguro que sería una buena oportunidad para seguir compartiendo, para que ella le contara más de su vida.

Abrió la puerta del departamento y se sorprendió al verlo todo ordenado, con una decoración distinta. Ana había cambiado de sitio los sillones, los cuadros, y el piso estaba brillante. Incluso algunos chiches heredados de su madre habían sido cambiados de mesa o simplemente desaparecido.

Sintió el aroma a comida que comenzaba a llenarlo todo; entonces ella apareció desde la cocina con una sonrisa reluciente y le dijo:

—¿Llegaste?, no te escuché, te estaba esperando.

Esteban, aún sorprendido, con la boca abierta, no dijo nada, tiró su chaqueta sobre el sillón y se dirigió directamente a la cocina.

Ana lo tenía todo preparado, sobre el mesón reposaba un bol con ensalada de lechuga y tomate, en la sartén se terminaban de cocer unos churrascos. Destapó una olla puesta al fuego en que se graneaba el arroz y, al verlo, se le hizo agua la boca.

Dejó la coca cola sobre el mesón, metió el helado al refrigerador y se percató de que Ana estaba parada en la puerta, mirándolo.

—Esto huele bien —dijo Esteban.

Ella le sonrió y, graciosamente, le pidió que se hiciera a un lado para poder servir el almuerzo.

Esteban aprovechó ese momento para ir al dormitorio donde descubrió que su pieza parecía otra. Su cama había sido también cambiada de posición, ahora su cabecera daba hacia el poniente y sus libros, a menudo desparramados entre el velador, el suelo o debajo de la cama, estaban apilados en perfecto acomodo. El closet estaba cerrado, la cama hecha y no había ropa tirada.

Primero no supo qué decir, aunque se alegró de verla tan desacostumbradamente en orden.

Luego volvió al comedor donde Ana ya había puesto la mesa y lo esperaba para sentarse.

—Todo esto es un milagro —dijo él.

Ana se limitó a servirle y sonreír.

La comida estaba exquisita. Echó de menos el vino y tuvo que contentarse con un vaso de coca cola.

—No te conocía este don de cocinera —le comentó, mientras comía.

Ella otra vez sonrió sin decir una palabra, y sin que él se lo pidiera comenzó a servirle un poco de ensalada en el plato.

El tiempo pasó tan rápido que no hubo oportunidad de conversar sobre nada. Esteban debía volver a la oficina

así que se levantó, le dio las gracias como si fuera un invitado en su propia casa y se despidió.

—Nos vemos más rato —dijo ella, mientras retiraba los platos.

Una vez en su oficina Esteban pensó con calma en lo sucedido. Había sido extraño llegar a su departamento y encontrarlo todo tan ordenado; más extraño todavía el ver sus muebles, los cuadros cambiados de lugar y que Ana, sin ser su mujer ni una sirvienta, le tuviera la comida preparada.

Tenía ya casi treinta años y, salvo en contadas ocasiones, había querido mantener una relación amorosa duradera. Precisamente porque amaba su independencia y privacidad, no le gustaba la idea de tener que compartir su vida con alguien. Las mujeres buscaban siempre poseerlo, dominarlo, terminar convirtiéndolo en alguien que no era. No había tenido buenas experiencias con ellas. Se encontraba bien solo, no tenía necesidad de una compañía que con el tiempo se encargara de joderle la vida. Ya lo había visto tantas veces entre sus conocidos que había renunciado a cualquier vida en común. Según él, no valía la pena.

Pero esto de Ana era diferente. Ella era una amiga que requería ayuda y estaba decidido a entregársela. No iba a dejarla desvalida. No importa que hubiese trastocado su ambiente y su rutina. Misteriosamente, incluso, se lo agradecía.

Además, las cosas casi siempre terminan por arreglarse —pensó—, y ella iba a partir de un momento a otro, era un asunto de días. Así que sonrió complaciente recordando aquel episodio del mediodía en que encontró su departamento cambiado, reluciente, y disfrutó en su mesa un delicioso arroz con carne.

Entonces ansió volver a su hogar aquella tarde. De algún modo Ana estaba haciendo su vida emocionante y cada vez le complacía más el hecho de haberse encontrado con ella.

Ana por su parte estaba enormemente agradecida

de Esteban por haberla acogido en su departamento. En momentos como estos no es fácil encontrar a alguien que te tienda la mano —reflexionó—, sentada en el living después de haber lavado la loza y dejado impecable la cocina. Había contraído una deuda con su amigo de juventud, una deuda impagable. No terminaría nunca de agradecerle su acogedora amistad. Sin embargo, aún así, no era capaz de confesarle la verdad, la terrible verdad que le ocultaba.

Cómo iba a decirle que ella no era la misma persona que él creía, que las cosas cambian y en su caso no había sido para mejor. No podía contarle que, sin saber cómo ni cuándo, cayó en las drogas y el camino se le volvió entonces cuesta arriba. Hizo lo impensable: robó, mintió, pero por sobre todo llevó una vida promiscua pasando de hombre en hombre, disfrutándolo —no podía mentirse a sí misma—, hasta el día aquel en que descubrió que estaba embarazada sin saber de quién, porque eso era casi imposible. Se había acostado con hombres desconocidos, con dos o tres el mismo día, hombres que no volvió a ver y que tampoco le interesaban. Vivía drogada, lejos de la realidad y fornicando, dejándose poseer por cualquiera en una orgía interminable.

Verdaderamente no sabía dónde iba a terminar. Lo cierto es que cuando sus padres se enteraron del embarazo, cansados ya de tanta impotencia y decepción debido a su comportamiento, se enfurecieron como nunca y la expulsaron de casa donde vivía junto a ellos desde pequeña.

—Esto es demasiado, así no te queremos —le dijeron— y ella partió dejándolo todo. Estaba también aquel día drogada y no se resistió, no apeló como siempre al amor maternal para salirse con la suya; el asunto del embarazo la tenía tan descompuesta que por una sola vez no discutió y se fue sin querer más guerra, con lo puesto. Desde entonces había vagado de residencial en residencial, de pieza en pieza, sin saber qué hacer hasta que gastó hasta el último centavo.

Cómo podía contarle todo eso a Esteban, quería,

necesitaba que él la viera con otros ojos, pues de algún modo él era un tipo especial, una especie de salvador providencial.

Había inventado la historia de abandono del padre de la criatura, haciéndose la víctima, y estaba decidida a abstenerse del consumo de drogas, mientras le fuera posible.

La noche anterior solo hablaron de recuerdos de un tiempo lejano. Ella tuvo especial cuidado en no ventilar ningún episodio de su pasado reciente y Esteban se portó a la altura, como todo un caballero, sin forzarla nunca.

Esa tarde podía ser diferente, era de esperarse, él le iba a preguntar y ella no quería, no podía confesarle, temerosa de un posible rechazo. Haría todo lo que fuese necesario para agradarle como suponía lo estaba haciendo, poniendo un poco de orden y belleza a su morada, preparándole ricas comidas, segura de que a algunos hombres se les conquista por el estómago.

Tenía la esperanza de permanecer allí por un tiempo, cambiar y dejar de lado aquella vida que ahora le parecía miserable.

## SEGUNDO CAPÍTULO

Cuando volví esa tarde a mi departamento la encontré sentada en el living leyendo uno de mis libros de poesía. Recién ahora le noté un poco el vientre inflado y calculé unos cuatro meses de embarazo, o quizás más —me dije—, porque las apariencias engañan y es sabido que hay mujeres a quienes no se les nota nada, hasta que nace la criatura.

No se levantó para saludarme, pero cerró el libro que estaba leyendo y me ofreció la mejilla para que la besara.

Aunque sonrió la vi preocupada; entonces me senté a su lado y tomando sus manos le pedí que se relajara, mostrándole la botella de vino tinto y el queso que había comprado para que compartiéramos.

En ese momento reparé en un jarrón lleno con bellas flores silvestres que Ana había puesto sobre una de las mesitas laterales y me sentí conmovido; no estoy acostumbrado a esos detalles.

Tuve ganas de abrazarla y agradecerle, pero me abstuve. Ella me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Espera —le dije—, voy a cambiarme de ropa y vuelvo para que conversemos.

Ana asintió acomodándose en el sillón.

Me puse unos jeans, una polera, unas zapatillas, y de paso aproveché para lavarme los dientes. El closet y la pieza estaban ordenados, sin embargo yo dejé mi ropa como siempre tirada sobre la cama.

Cuando regresé ella había descorchado la botella, puesto dos copas sobre la mesa y también picado en trozos

el queso que lucía apetitoso sobre una pequeña bandeja de madera.

—Y entonces —pregunté: —¿Cómo ha sido tu día?

—Tranquilo —respondió ella.

Me senté de nuevo a su lado, serví el vino y brindamos por los viejos tiempos.

Yo estaba ansioso, creo que se me notaba, comí algunos trozos de queso y decidí comenzar la conversación que teníamos pendiente.

—Espero que ya estés más calmada —le dije—, y que puedas contármelo todo con lujo de detalles, sabes que puedes confiar en mí. Estoy ansioso de saber cómo y por qué te ha ocurrido lo que te ha ocurrido.

—Está bien —dijo ella—, ya te he contado algo, qué más quieres que te diga.

—El nombre del padre, por ejemplo, y dónde vive —pensando, tal vez ingenuamente, que eso me ayudaría a ayudarla.

—Bernardo —me dijo.

—Pero Bernardo cuánto —insistí.

—Bernardo Oyanedel.

Me sentí un poco incómodo con lo que parecía un interrogatorio, pero era la única manera de enterarme de lo que le ocurría.

—Y ¿qué hace, dónde vive, cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Ana se demoró en responder, sus ojos me miraban fijos, atravesándome con la mirada.

—Pero para qué quieres saber eso —declaró—, no tiene ninguna importancia, de todos modos no quiero verlo nunca más. Es un desgraciado infeliz, ya te dije.

—Es que me interesa, volví a insistir, cuéntame.

—Bueno, es empresario, creo que tiene una empresa de artículos médicos.

—¿Dónde?

—Nosé, nunca me llevó a su oficina —me respondió—, siempre nos encontramos en casas de amigos, en mi casa

o en moteles. E intentando cambiar la conversación me aseguré que ya había dicho mucho, que era difícil para ella, que le tuviera paciencia, y que ahora era mi turno.

—¿Tú, qué haces? —preguntó.

Yo no respondí, haciendo caso omiso, y seguí preguntándole.

—¿Cuántos meses tienes?

—Cinco, dijo ella —tocándose la barriga en un gesto delicado.

—¿Todo va bien con el embarazo?

—No sé, supongo, no he ido nunca al ginecólogo.

Hicimos otro brindis, esta vez por nosotros, mientras yo quedé mirándola, sorprendido.

Entonces me acordé que también había comprado una cajetilla de cigarrillos.

No quise seguir presionándola y le conté algunas cosas más, que trabajaba como diseñador en una agencia de publicidad y me lo pasaba todos los días tratando de inventar campañas para los clientes que eran muchos; que jugaba fútbol los sábados por la mañana con los amigos; que mi afición era juntar cajitas de fósforos de todas clases, de todos portes y de diversos lugares del mundo, cajitas que guardo con llave, ellas son mi tesoro...

—¿Y no tienes pareja?, —me interrumpió de repente.

—No, no tengo, por eso vivo feliz y contento —le dije.

¿Pero te gustan las mujeres? —hizo la pregunta tímidamente, mirando hacia el suelo, bajando el tono de su voz.

—Por supuesto, no porque no viva con una mujer significa que no me gustan —dije, resintiendo la pregunta.

—Perdona —dijo ella—, no quise molestarte.

—No es nada —le aseguré.

Después de eso nos quedamos callados por unos segundos. En la calle se escuchó una sirena y unos bocinazos estridentes.

Estuvimos hasta como la medianoche y de pronto me acordé que al otro día tenía que trabajar, así que sugerí retirarnos para ir a dormir. Pero ella no tenía muchas ganas porque me pidió que nos quedáramos otro rato y fumamos hasta acabar la cajetilla.

—Mira, Esteban —dijo Ana de repente, a pito de nada—, no quiero molestarte, me iré lo más rápido posible, en cuanto pueda.

Su voz se quebró y presentí que estaba a punto de ponerse a llorar.

Entonces me levanté del sillón e hice que ella también lo hiciera, la abracé, lo que se estaba convirtiendo en una costumbre, y le dije:

—No comiences otra vez Ana, nada de llantos, sabes que puedes quedarte cuanto quieras conmigo. Ahora descansa. Me atreví a tocarle el vientre con la mano y ella puso su mano suavemente sobre la mía, relajada.

Cada uno partió luego a su habitación y cerró la puerta. Yo apenas alcancé a quitarme la ropa, me acosté en calzoncillos y me quedé dormido hasta el otro día cuando amaneció.

Ana, sin embargo, no pudo conciliar el sueño fácilmente. Había sido incapaz de hablarle a Esteban con la verdad y siguió con la farsa; porque Bernardo Oyanedel no existía, sino que fue el primer nombre que se le vino a la mente para engañarlo, para seguir engañándolo. No estaba bien, lo sabía, y eso no la dejaba dormir dándose vueltas en la cama de un lado para otro. Lamentó ir cayendo irremediablemente, según ella, en aquella red de mentiras que la obligaban, primero a estar siempre vigilante para no dar un paso en falso y ser descubierta, y segundo a torcer la realidad al punto de traicionar la amistad de su amigo de manera vergonzosa. Pero qué le iba hacer —se dijo—, ya estaba enredada y por el momento no veía la salida, tenía que seguir con el juego a como diera lugar.

Sintió que la criatura se movía en su vientre y no sabía si reír o llorar ante el futuro incierto que les esperaba. Pero sí sabía que el niño, o la niña, era inocente, y sería él o ella quien al final pagaría por sus pecados. Cómo se arrepentía, cómo hubiese querido volver el tiempo atrás y recomenzar.

Odió a cada uno de esos hombres que la tuvieron, que disfrutaron de su cuerpo sin otra cosa en mente que el placer de la carne. Odió también esa atracción que sentía por la vida licenciosa, plagada de fiestas y drogas en que se lo pasó el último tiempo. No le desagradaba el hecho de tener un hijo, pero al menos hubiese querido poder identificar a su padre, poder decirle después, éste es tu padre, aquel hombre te engendró. Pero no era posible, el destino lamentablemente había dicho otra cosa. No culpaba tampoco a sus padres por haberla expulsado de su casa, era comprensible, la situación no dio para más, se veía venir, a pesar de todo su cariño no pudieron soportarlo. Y ahora estaba allí en esa pieza, mirando el techo sin poder conciliar el sueño.

Volvió a lamentarse de su trágica vida y tomó la decisión de hacer cualquier cosa al día siguiente, menos confesar, eso era imposible. Pero tenía que hacer algo.

Cuando despertó Esteban ya no estaba. Permaneció por un rato en la cama, regaloneando con las sábanas, después se levantó a tomar el desayuno.

En la cocina se encontró con una nota de Esteban donde le decía que hoy era viernes y que llegaría un poco más temprano,

—Podemos ir al cine, por ejemplo —decía la nota.

A ella le pareció gracioso y le subió un poco el ánimo. El refrigerador estaba lleno con leche, yogurt, jamón, mantequilla, mermeladas. Desayunó en abundancia y antes de terminar el último sorbo de café ya estaba ordenando la cocina, lavando lo que había quedado sucio de la noche anterior. Después se puso a hacer las camas y estaba en eso cuando sintió un dolor a la espalda. Tuvo que detenerse por un rato y descansar. Supuso que era efecto del embarazo y no hizo mucho caso. Luego terminó el aseo completo y tomó una ducha durante la cual pensó en lo que haría ese día. En ella notó también que su vientre estaba creciendo, e imaginó que pronto no le permitía ver la punta de sus pies.

Se arregló lo más que pudo y salió a la calle sin saber qué hacer ni dónde ir. Era una sensación angustiante sentir la impotencia, verse desvalida, sin opciones. Pensó en buscar un poco de droga y mitigar así ese dolor, pero finalmente renunció pensando en la criatura, temiendo dañarla. Un poco de vino, está bien —se dijo—, porque el vino es algo natural; la cocaína, sin embargo, podría traerle consecuencias. Se asombró al verse tan responsable y tuvo la esperanza de que algo podría estar cambiando en ella, no solo su físico. Caminó hacia el poniente durante un buen rato y de pronto se encontró con que, mecánicamente, poco a poco, se iba acercando al lugar de donde había salido hace un tiempo, la casa de sus padres. Al principio rechazó volver a tomar contacto con ellos, pero el cuerpo comenzó a pasarle la cuenta y un agotamiento repentino la obligó a cambiar de idea. Al menos allí podría descansar. Sintió que se le hinchaban los tobillos.

Su madre abrió la puerta y al verla, Ana notó que los ojos de ésta se llenaban de lágrimas. Ninguna de las dos dijo una palabra y al cabo de un momento su madre la abrazó apretándola contra su pecho para luego hacerla pasar al interior de la casa.

—Muchacha tonta —le dijo, reprendiéndola—, no sabes cómo me has tenido preocupada. He pasado muchas noches en vela pensando en ti, temiendo lo peor.

Ana le recordó que habían sido ellos quienes la expulsaron de la casa.

—Tengo sed, podrías servirme algo para beber, por favor.

Mientras su madre iba a la cocina Ana se sentó en el living a descansar y reponerse como si fuera una invitada, tímidamente, sin saber muy bien a qué atenerse. Su padre ¿estaba? ¿La acogería él como su madre?

El era mucho más duro y podía ser frío como una estatua, inflexible cuando algo se le ponía entre ceja y ceja.

En ese momento además la poseía un sentimiento de culpabilidad que no la permitía sentirse cómoda. Algo le decía interiormente que no podía permanecer allí por mucho rato, que todavía no estaba preparada para retornar a esa casa.

Su madre volvió con un vaso de bebida y pasándoselo, le preguntó:

—¿Cómo has estado?

Ana movió la cabeza de un lado para otro, antes de beber el líquido sin detenerse.

—Si quieres saber si me he drogado, no lo he hecho —espetó, sin ningún tacto.

La madre se puso entonces a llorar y ella no pudo evitar sentir un escalofrío. Se sorprendió de cuánto había cambiado. Tal vez era su propia impotencia, su miseria —pensó—, su rabia que la tenía así, insensible y dura con su progenitora, quien le abría las puertas y se preocupaba generosamente por su destino.

—No te preocupes mamá, estoy bien, el bebé está bien, no hemos tenido problemas —declaró de repente, en

un afán de sobreponerse a los sentimientos negativos que la embargaban.

—¿Y papá? —preguntó.

No terminaba de hacer la pregunta cuando su padre apareció quedándose de pie en el umbral de la puerta con los brazos cruzados.

—Tú, ¿qué haces aquí? —dijo al verla, en un tono agresivo, con el rostro serio y un aire prepotente.

La madre intentó bajarle el tono, pero fue inútil. Después de decir esto su marido desapareció.

Ana se levantó y se negó a seguir escuchando lo que su madre iba a decirle, sabía muy bien lo que significaba aquel gesto de su padre. Así que le devolvió el vaso y le dio un beso en la mejilla, despidiéndose.

—No te preocupes —le dijo—, y se dispuso a salir por donde había entrado.

—Espera —suplicó su madre—, dime al menos dónde te alojas, qué estás haciendo.

—Estoy con un buen hombre, mamá, aunque sea difícil creerlo —acotó. Estoy bien, te lo aseguro.

Cuando ya salía de la casa su madre le dio otro abrazo y mientras lo hacía le entregó un sobre blanco, cerrado.

—Haz buen uso de esto —le dijo— es todo lo que tengo, cuídate. Y enseguida cerró la puerta, llorando.

Ana no alcanzó a agradecerle, abrió el sobre y vio varios billetes de veinte mil pesos apretados por un elástico.

Minutos más tarde, alejándose de la casa paternal, le sobrevino un antojo que en realidad venía teniendo hacía tiempo, tomar una copa de café helado, y como si este antojo más el regalo de su madre hicieran posible erradicar cualquier otra cosa de su mente, tomó un taxi y se fue al centro hasta el café Paula donde, por fin, podría saciar sus profundas ansias hasta ahora reprimidas.

Mientras esperaba a que el mesero le llevara el café helado pensó que con lo que había en ese sobre le alcanzaba para pagar una pieza por varias semanas, incluso meses. Su madre había sido generosa.

Ya no necesitaba la asistencia de Esteban; así que en un principio se visualizó diciéndole adiós, agradeciéndole su acogida, el cariño, la confianza. Pero después de un rato, pensándolo mejor, decidió no abandonar a su amigo y quedarse en el departamento, porque no se trataba solamente de dinero y de cosas materiales, sino que de estar y sentirse acompañada, querida, consentida, libre de la calle y de los vicios. No tenía importancia que tuviera que seguir un tiempo más con sus mentiras. Esteban le parecía la mejor compañía, lo mejor que le pudiera haber pasado. Un hombre íntegro, diferente a aquellos que había conocido hasta ahora. Por lo tanto él iba a seguir siendo su salvador, su superhéroe, es lo que más le convenía, a ella y a la criatura que crecía en su vientre. Entonces, iba a tomar su tiempo y luego volvería.

## TERCER CAPÍTULO

Volví al departamento como a las 20:30 y Esteban ya estaba allí. El pasillo entero olía a marihuana, el olor se percibía aplastante al salir del ascensor. Toqué el timbre y él me abrió haciéndome entrar, entre risitas. Tenía los ojos inyectados de sangre, parece que ya se había fumado más de un pito.

—Los viernes —me dijo—, son para celebrar. Chipe libre.

Sobre la mesa del comedor había varias botellas de vino y un paquete de papas fritas.

—Como no estabas y no llegabas nunca —me dijo—, comencé a celebrar solo. Además lo más bien podrías haberte ido sin decir nada —remató.

—No me habría ido sin despedirme —aseguré.

—Espero que esto no te sorprenda —dijo, de nuevo entre risitas—, me gustan los pitos y, como estoy en mi casa... En todo caso no creo que seas una ingenua mosquita muerta —continuó—, ¿quieres un poco?

Le dije que no, aunque ganas no me faltaron. Me senté en el sillón y me sirvió una copa de vino.

—¿No es un poco temprano? —Pregunté.

—Es viernes, pero como quieras —dijo—, y se sentó a mi lado para sacar de su bolsillo un papelillo de coca tirando una línea sobre la mesa.

No me lo hubiese imaginado nunca —pensé—, Esteban también le hacía a las drogas, y drogas fuertes como la coca y quizás qué otras. Eso era toda una revelación para mí, algo impensable.

—Solo los fines de semana —dijo él—, adivinando mis pensamientos. Qué le hace el agua al pescado —afirmó—, ¿Estás segura que no quieres un poco?

En todas partes se cuecen habas, dice el refrán. Sentí que me sudaron las palmas de las manos, pero no podía hacerlo, tuve miedo y acepté solo una copa de vino más un cigarrillo que el mismo Esteban se encargó de encender.

—Tengo que cuidar la guagua —me excusé.

—Ah sí, —acotó él— tienes toda la razón.

Puso un poco de música y escuchamos a los Rolling Stones. Sin decir nada Esteban se pegó varios toques y se sirvió de nuevo otra copa de vino cuando yo aún no terminaba la primera.

—Y qué me dices ahora del infame —me preguntó gritando— un poco eufórico. Si quieres —dijo—, vamos y le sacamos la cresta.

—No vale la pena —dije yo—, ensuciarse las manos con un tipo como ése es una tontera. Yo traté de razonar con él, pero fue inútil —agregué.

—Pero estoy averiguando —me dijo—, estoy preguntando por aquí y por allá, hasta que lo voy a encontrar, si tú solo me ayudaras un poco.

Sentí como un temblor al escuchar lo que hacía, creo que me puse roja y terminé de beber el vino que quedaba en mi copa.

—Mira —le dije—, mostrándole unas bolsas plásticas que había dejado en el suelo, —me conseguí unas prendas con unas amigas y voy a cambiarme para que me veas bonita —¿te parece?

Creo que a esa hora mi amigo Esteban estaba borracho, alzó la copa con una mano y con la otra pegó una piteada violenta a su cigarrillo.

—Como gustes —me dijo—, acuérdate que estás en tu casa; acto seguido se tiró sobre el sillón a esperarme, o a pegarse otro toque —supongo.

La cosa es que yo me fui a la pieza y me cambié de ropa mientras seguía escuchando a los Rolling Stones. Me



puse una falda y una blusa cómoda que había comprado en una tienda para embarazadas y aproveché de peinarme. Seguramente me iba a pedir que saliéramos así que también me puse un poco de rimel y lápiz labial.

Estaba sorprendida de encontrarlo en esa onda, pero no me incomodaba, tal vez era mejor; para mí seguía siendo un buen hombre. Después de todo tenía el derecho de querer reventarse luego de una agotadora semana de trabajo. Además, quién era yo para juzgarlo.

Lo que sí temía y me preocupaba es que para intentar ayudarme se pasara de la raya buscando al tal Bernardo Oyanedel, aunque no lo iba a poder encontrar nunca.

Volví al living y estaba fumándose un pito. Apenas me vio me ofreció y esta vez no pude negarme. También es natural —me justifiqué a mí misma.

—Conversemos —me dijo—, ofreciéndome ahora un cigarrillo, y con la voz pastosa.

—Me preguntaste si me gustaban las mujeres, no es cierto. Bueno, sí y no —prosiguió. A veces me gustan y a veces no me gustan. Es raro, pero paso por épocas.

Yo lo dejé hablar, embalado como estaba, poniéndole atención.

—He tenido algunas minas, pero valen hongo —aseguró—, todas me han dejado después de andar un tiempo, quebrando mi corazón. Son unas putas, —sentenció—, haciendo un alto para beber un poco de vino y fumar su cigarrillo. Se acuestan con uno y con otro, infieles de mierda, yo no le creo a ninguna —me dijo.

Ya no quedan señoritas, y a las que quedan las engañan, como a ti —me indicó con el dedo—, ¡qué mundo éste!

—Que paren el mundo que me quiero bajar —se paró y gritó por la ventana.

—Espera, qué van a decir los vecinos —le dije.

—Que se vayan a la mierda.

Ana creyó estar asistiendo al destape de su amigo Esteban, quien, acelerado, no terminaba un cigarrillo

cuando encendía otro. Por un momento le pareció que esa era la caricatura de su amigo, tan serio y convencional los días de semana, según se enteraba ahora, pero liberal a ultranza y reventado a partir de los viernes.

Ella misma comenzaba a sentir los efectos del alcohol mezclado con la marihuana y a pesar de su embarazo, que por lo demás apenas sentía en ese momento, de pronto se vio bailando al compás de la música, riendo en forma intermitente y sin ningún motivo, igual que su amigo Esteban.

Al terminar de sonar el disco ambos decidieron sentarse a descansar en el sillón. Esteban para pegarse otros toques que lo mantendrían —según él, vivo durante toda la noche—; ella para beber otro poco de vino y ejercer su voluntad para retenerse ante los innegables atractivos de la diosa blanca.

Ana se abrió un poco la blusa para respirar mejor ya que el calor comenzaba a sofocarla.

Nada ni nadie podría haber presagiado lo que ocurriría entonces cuando sus mentes, desinhibidas, emprendieron el vuelo alejándolos de la tierra. Esteban se acercó a Ana y empezó a besarla en el cuello. Ana se dejó, riendo, y sintió el deseo que corría por sus venas.

Instantes después se besaban apasionadamente. Ella, embarazada y ebria, él alucinado y acelerado debido a los efectos de las drogas.

Ana sintió la mano de Esteban acariciando sus senos y sintió mojarse su entrepierna, pero de pronto, sin explicación, súbitamente, se paró negándose a continuar con aquello que los arrastraba al sexo, la lujuria. Y mirando a su amigo que a la vez la miraba sorprendido, le dijo:

—Mejor dejémoslo hasta aquí, para, es un error, no sigamos.

Luego volvió a sentarse y a encender un cigarrillo poniendo distancia entre ambos.

Y allí quedó todo.

Esteban no insistió, pensando que ella era diferente a aquellas mujeres sueltas y fáciles que había conocido.

## CUARTO CAPITULO

Ana pensó en su criatura y en lo que pasaría si se entregaba a su amigo. Por primera vez fue capaz de refrenar sus impulsos y, volada, ebria como estaba, sintió orgullo de sí misma. Sabía que eso significaba un cambio en su vida.

La noche pareció entonces perder algo de su original encanto y Esteban decidió salir un rato, solo, a estirar las piernas y botar esa ansiedad irrefrenable que no lo dejaba tranquilo. Lo mejor en estos casos —lo sabía—, es caminar, fumar, disfrutar y apretar los dientes hasta que los efectos disminuyan.

Tomó la cajetilla de cigarrillos y se fue sin siquiera despedirse, incluso dejó la puerta abierta.

Ana lo sintió llegar después, casi de madrugada, cantando y poniendo un disco a esa hora sin ningún respeto por sus vecinos, aunque esto duró solo unos segundos y luego la música cesó de improvisado como había comenzado.

Esteban intentó abrir la puerta de la habitación de Ana, pero ella había tomado la precaución de cerrarla con llave. De nuevo no insistió y abandonó su propósito para ir a acostarse a su dormitorio.

El día comenzaba a aclarar, los pájaros aparecían con sus trinos y algunos rayos del sol se colaban por entre las cortinas.

Desperté después de haber dormido a intervalos irregulares, como a las tres de la tarde, con resaca, mal gusto en la boca y el cuerpo cortado. Recordaba perfectamente lo sucedido la noche anterior y cuando me miré al espejo saqué la lengua que tenía blanca y me agarré la cabeza con las dos manos.

—La cagué heavy —me dije.

No quería ni pensar cómo se encontraba Ana, esperando que no se hubiese enojado por mi erótica ofensiva y supiera comprender. Tomé una ducha larga, caliente, en la que aproveché de masturbarme pensando en ella, botando los últimos resabios de un cuerpo aún poseído por la droga.

Era extraño, ella jamás me había excitado, esa es la verdad, pero ayer la había deseado como a ninguna. No sé qué me ocurría. A lo mejor la distancia premeditada que había puesto entre yo y las mujeres ahora hacía agua. Mis hormonas funcionaban como una pila sobrecargada, con excesiva virilidad. Eso en todo caso me decía que yo era bien hombre, y descartaba cualquier duda que pudiese haber tenido al respecto; dudas que tuve. Porque debo confesar que me ahogué a veces en disyuntivas como esa, pasé noches enteras enredado conmigo mismo incapaz de asumir una postura para uno u otro lado.

Nunca le dije a nadie, pero las dudas me perseguían a veces cuando me daba cuenta que las mujeres me importaban poco, no me atraían ni las necesitaba.

Cuando acabé me sentí mucho más relajado, pero cansado. Después me lavé el pelo y seguí bajo la ducha

sintiendo como el agua caía sobre mi cuerpo que pedía a gritos recobrar su normal funcionamiento.

El baño se llenó de vapor y cuando salí de la ducha el espejo estaba totalmente empañado. Pensé en qué diría a Ana, en cómo la enfrentaría para evitar que nuestra amistad se evaporara como el vapor del baño. Ahora comprendía que ella, con su presencia, me había ayudado a definir de una vez por todas mi sexualidad estancada, llena de miedos.

No importa que la noche anterior no hubiese pasado nada y, gracias a Dios —reflexioné—, que mi amiga había tenido la fuerza necesaria para poner las cosas en su lugar.

Me sequé, vestí, peiné, lavé los dientes y estuve listo para enfrentar lo que me esperaba, si es que ella aún permanecía en el departamento y no había salido huyendo de un ávido, lujurioso ex-compañero de curso excitado por el vino y las drogas, estando ella embarazada.

Me sentía tan complicado, nervioso, avergonzado, que haciendo tiempo para retardar la salida de mi pieza me puse a ordenar mis prendas tiradas e hice la cama. Quedó todo reluciente, impecable. Hasta que sacando fuerzas de flaqueza abrí la puerta de mi dormitorio decidido a enfrentar lo que viniera.

Ella no estaba, el departamento había sido aseado, las ventanas abiertas para ventilarlo, las cosas de anoche lavadas y ordenadas, pero ella no estaba.

Me fui a la cocina para preparar y beber un café bien cargado y como alguien que asume sus errores y cagadas me conformé a su abandono, a su repudio. En cierto modo lo tenía merecido.

Así es la vida —sentenció, intentando resignarme—. Después de todo, tal como ha llegado se ha ido.

Aunque finalmente, lamenté el desastre provocado y el no ser capaz de ayudarla como pretendía.

## QUINTO CAPÍTULO

Después de beber el café se calentó unos tallarines con salsa que estaban hace días en el refrigerador, se sentó a la mesa y comió masticando lentamente. No quería pensar en nada, como si eso fuera posible, pero no lo es y mil cosas pasaron por su cabeza. Hace tiempo que estaba solo, por decisión propia, y esos pocos días con Ana le habían revolucionado todo. Miró los cuadros y decidió volver a ponerlos en su lugar. Le gustaba que la reproducción del Guernica de Picasso, comprado en el museo del Prado, estuviera frente a la mesa del comedor, no a un costado como lo había puesto Ana. Se paró y lo cambió de muro; luego vio un cenicero de cerámica con forma de búho regalado por una prima y se apresuró a ponerlo sobre la mesa de centro. Con esto, por un momento le pareció que las cosas volvían a la normalidad. Enseguida tomó el plato en que había comido y lo dejó tirado sobre el mesón de la cocina.

No encontró ni un solo cigarrillo en todo el lugar, por mucho que buscó abriendo las cajitas de madera pintadas por su madre o hurgando en los cajones. Resignado, puso un disco de Nirvana para pasar el tiempo escuchando música y se tiró un rato sobre el sillón pensando en Ana y su paradero.

Se llenó de sentimientos de culpa mientras la imaginaba desvalida, sin un peso, vagando por alguna calle solitaria, sin comer, ella y la criatura, todo por su imprudencia. Qué imbécil era. Y no tenía idea dónde buscarla, así que se encontraba con las manos atadas, no había nada que pudiera hacer.

Era un día negro, amaneció con resaca, no asistió a jugar fútbol con sus amigos, Ana desapareció sin dejar rastro y ahora esos pensamientos de mierda que no lo dejaban tranquilo.

Si al menos tuviera un poco de coca —se dijo. Pero no quedaba nada de nada, ni marihuana, ni cigarrillos, ni vino, ni coca, ni Ana.

La tarde le pareció insoportable y le dieron ganas de salir, no podía quedarse allí solo con toda esa culpa encima.

Definitivamente estaba preocupado. Le hubiese gustado que en ese momento tocaran a la puerta y fuera ella, pero no, nadie venía, nadie llamaba.

Buscó su billetera para salir, pero antes volvió a poner el cuadro del Guernica donde ella lo había dejado, también el cenicero.

Vagó por las calles y las plazas del barrio esperando encontrarla; le preguntó a la gente si habían visto pasar una mujer embarazada. Todos le respondieron que no. Entonces se sentó en un banco de la plaza a mirar las palomas que revoloteaban y encendió un cigarrillo que había comprado en un quiosco de la esquina. Estaba cansado, decepcionado de sí mismo, hasta que llegó la tarde, comenzó a ponerse oscuro y decidió volver a su departamento con el corazón apretado.

Esa noche, debido a la fatiga, durmió un poco mejor, pero tuvo sueños extraños, se vio como el padre de un niño muy parecido a Ana. Jugaba con él a la pelota y el niño reía pateando el balón una y otra vez. Después iba a tomarlo de la mano y era la mano de Ana la que tomaba, el niño desaparecía.

Despertó temprano y aún somnoliento fue hasta la cocina a preparar un desayuno para después volver a la cama. Hoy compraría el diario, el domingo era el único día que lo leía, el suplemento de deportes, porque las otras noticias no le interesaban. Por el momento iba a seguir acostado tapado con la sábana hasta la coronilla, intentando

olvidarse del mundo y volver al sueño en que el niño reía. No tenía nada que hacer, los días domingos por lo general son aburridos.

Estaba volviendo a quedarse dormido cuando sonó el teléfono. Alargó su brazo sin muchas ganas y levantó el aparato para llevarlo a su oído.

—Aló —dijo—, intentando aclarar la voz.

—¿Usted es Esteban Cornejo? —preguntaron.

—Sí, ¿por qué?

—Llamamos del Hospital Parroquial de San Bernardo, de parte de la señora Ana Zaldivar, ella nos pidió que lo llamáramos.

Al escuchar esto Esteban se despertó completamente y se sentó nervioso sobre la cama.

—¿Qué pasó? —preguntó— ¿Tuvo un accidente?

—Nada muy grave —comentó la voz—, pero es mejor que usted venga a buscarla.

Ana había sido llevada de urgencia al Hospital por el dueño de un salón de té donde ella se servía un café helado y un pastel de manzana. De pronto había sentido unos dolores horribles y comenzó a quejarse. Uno de los mozos dio aviso a su patrón y éste, sin perder tiempo llamó a la ambulancia, que no llegó nunca así que decidió llevarla él mismo en su auto, con ayuda del mozo que la atendía.

Ana llegó casi inconsciente y la subieron a una camilla. Estuvo a punto de abortar, pero lograron estabilizarla. La dejaron internada hasta el otro día en que pudo dar sus datos y el nombre de alguien cercano que se pudiera hacer cargo de ella.

Eran como las once de la mañana, Ana tomaba como desayuno un té con leche medio aguado y unas galletas con mermelada cuando Esteban hizo aparición en la sala común del Hospital.

Ambos estuvieron contentos de reencontrarse.

—¿Qué pasó? —quiso saber Esteban.

Ella solo se encogió de hombros, puso cara de ángel y le preguntó dulcemente:

— ¿Me aceptarías de nuevo por unos días contigo?

Ese mismo día volvieron al departamento.

## SEXTO CAPÍTULO

Yo no quería volver, esa era mi idea. Me fui del departamento pensando que era lo mejor. Después de todo, yo también había tenido participación en los hechos de esa noche. Me calenté con Esteban, como solía hacerlo antes con cuanto hombre me pusieran por delante, deseé que me poseyera y eso no estuvo bien. Era como caer de nuevo en el mismo hábito lujurioso y desquiciado que había convertido mi vida en una porquería.

Me levanté esa mañana y salí huyendo sin avisarle. Porque aunque esa noche no había pasado nada podía ocurrir cualquier otra noche si permanecíamos juntos. No era buena idea. Además que, desafortunadamente, la droga también rondaba por allí mostrando su fuerte presencia en mi vida.

En cuanto salí del departamento, como a las diez de la mañana, tomé un taxi y le pedí que me llevara a una cafetería donde pedí un café helado y un pedazo de pastel de manzana que encontré me miraba fijo desde un escaparate de vidrio. No había terminado de dar el primer mordisco cuando sentí un fuerte dolor en el abdomen y creí morir. Por un segundo fue como si mi vida entera pasara frente a mis ojos como una película.

Aparecieron ante mí aquellas piezas viejas, altas y oscuras de las residenciales en que pasé noches horribles; los baños comunes hediondos a orina, los gritos de otros residentes golpeando las puertas con violencia y haciendo escándalo a cualquier hora. Pasaron ante mí las innumerables discusiones que tuve con mi padre, y la forma

irrespetuosa y desgraciada en que lo mandaba a la mierda para salirme siempre con la mía, ignorándolo, volviendo siempre a mi miseria como el perro a su vómito. Me vi robando las joyas a mi madre para venderlas por unas migajas con tal de conseguir, como una enferma, las sustancias que quería.

Y vi también a todos aquellos hombres besando mi cuerpo, penetrándome mientras yo jadeaba pidiendo más y más, enloquecida por la droga.

Era espantoso. Me dio un asco terrible, sentí que estaba en el infierno, tuve ganas de vomitar y caí desvanecida.

Después desperté en una camilla del hospital llena de sondas y agujas que me clavaban. Tuve un mal presentimiento y un miedo atroz por mi criatura que no se movía. Llamé pidiendo auxilio y una enfermera que acudió a mi llamado me tranquilizó diciendo que tenía que quedarme quieta, que no debía preocuparme porque ya todo había pasado y que estábamos fuera de peligro.

—Tiene que descansar —me aseguró con firmeza—, mañana la verá de nuevo el médico.

Fue entonces que aprovechó de preguntar mis datos y los de algún familiar o conocido con quien contactarse para avisarle donde me encontraba.

Le dije mi nombre y cuando ella insistió en saber de algún pariente con quien comunicarse, me quedé callada.

—No importa —me aseguró la enfermera—, no se preocupe, descanse, eso lo veremos mañana.

De nuevo sentí un miedo enorme, pero esta vez al verme sola en este mundo. No podía llamar a mis padres ni a nadie que pudiera interesarle mi paradero. Solamente a Esteban. El era el único amigo generoso que podía acogerme. Así que di su nombre y su teléfono, consciente de no tener otra alternativa. Después de todo, por algo el destino nos había juntado en esta puta vida.

## SÉPTIMO CAPÍTULO

El lunes Esteban volvió al trabajo donde lo esperaba una reunión de coordinación que le puso todos los pelos de punta. Se trataba de crear una campaña solicitada por una federación de bancos y entidades financieras para convencer a la gente que el país iba mejor que nunca y aumentar el consumo.

Siempre había respetado y consentido cualquier iniciativa de la dirección de la Agencia, pero esta vez era diferente, le sería imposible mentir sobre algo como eso, porque él creía que era todo lo contrario. El país decaía bajo los abusos y la desigualdad de los más poderosos, así que se declaró, por primera vez en su vida profesional, incompetente, incapaz de cumplir con el trabajo. Estuvieron a punto de ponerlo de patitas en la calle y si no lo hicieron fue porque reconocían su innegable talento. Pero él salió de esa reunión destrozado por algo que consideraba inaceptable, con ganas de mandarlo todo a la mierda y cuando volvió a su oficina hizo un llamado para conseguir un poco de droga y poder enfrentar el mal día que sintió tenía por delante.

No le importó que la semana recién comenzara ni que eso significaba dejar a un lado el sano hábito que había logrado conservar en su vida profesional, relegando el carrito solo para los fines de semana.

Una hora después tenía en su escritorio dos gramos de cocaína y no esperó el final de la jornada para meterla en su cuerpo. Inmediatamente sintió los efectos y no aguantó permanecer encerrado en su oficina, por lo que decidió

salir sin decirle nada a nadie, y dejando su trabajo botado abandonó la Agencia.

Vagó por la ciudad sin rumbo fijo, fumando y bebiendo una petaca llena de pisco que compró en una botillería. Recorrió cuadras y cuadras sin detenerse, acelerado como estaba, maldiciendo a su agencia, su trabajo, y el poder del dinero.

Llegó al departamento tarde, pasado a alcohol y fumando como un carretonero. Puso la música a todo volumen y se paseó nervioso de un lado para otro.

Cuando Ana le preguntó qué le sucedía, no supo qué responderle.

—Nada —dijo.

—Pero cómo nada —insistió ella.

—Mi pega es una mierda —confesó él.

Ella quiso acogerlo, darle refugio, abrazándolo, pero Esteban estaba demasiado acelerado para permanecer quieto entre sus brazos. Ana le preparó entonces un café aunque no se lo sirvió cuando lo observó desde la cocina como ponía nervioso los papelillos de coca vacíos sobre la mesa.

Ella conocía muy bien esa ansiedad irrefrenable que producía una angustia profunda, que era capaz de llevarlo a uno a hacer cosas impensadas. El café no lo ayudaría. Se acercó a su amigo y se sentó junto a él sin decir una palabra, esperando que éste gastara toda su rabia confesándole lo que tenía atragantado en su garganta.

Esteban, sin embargo, no dijo nada y lentamente se fue apagando hasta que se quedó dormido en su falda mientras ella acariciaba su cabeza.

Al otro día Esteban se negó a ir a la oficina y llamó declarándose enfermo. Le pidió a Ana que lo acompañara al cine o a cualquier otra parte donde pudieran distraerse.

—Un café helado —propuso Ana—, tomemos un café helado en alguna cafetería del barrio alto.

Eso hicieron y después del café se dedicaron a recorrer librerías en el centro comercial. Entraron a la li-

brería Antártica y justo cuando comentaban una novela recién publicada de Claudio Gudmani, un escritor chileno casi desconocido pero talentoso, alguien se les acercó para saludar a Ana con un beso.

—Pero qué sorpresa —exclamó ella.

Y el hombre tocó el vientre abultado de Ana como si ya estuviera enterado de su embarazo,

—¿Cómo has estado? —preguntó él.

Esteban notó en su amiga cierta incomodidad, una sonrisa forzada al responderle que estaba perfectamente.

Ella lo presentó a él diciendo su nombre y catalogándolo como un buen amigo, pero cuando se trató de presentar al hombre recién aparecido no dijo su nombre.

¿Será éste el tal Bernardo —pensó inmediatamente Esteban— el desgraciado que la había dejado embarazada y después negado a responder de sus actos? ¿Estaría frente al padre de ese hijo que Ana llevaba en su vientre?

Pero el hombre se volvió hacia él y se presentó a sí mismo:

—Juan Carlos Mendoza, encantado —le dijo.

Aquel encuentro me perturbó un poco. Juan Carlos era uno de esos hombres con que había ido de fiesta y terminado despertando a su lado en un motel. Es simpático, atractivo y todo un caballero, pero cuando me acerqué para decirle de mi atraso y posible embarazo, me dijo enseguida que él no podía ser el causante de mi estado porque hacía tiempo se había practicado una vasectomía para no tener hijos.

—No quiero traer criaturas a este mundo malvado e injusto, así que es imposible que yo tenga algo que ver con eso —aseveró.

Yo no podía contradecirle, no tenía certeza, en ese tiempo estuve con muchos, demasiados. Esta conversación la tuvimos al principio del embarazo y no había vuelto a verlo desde entonces.

Menos mal que andaba apurado comprando un libro de regalo para un amigo —según comentó—, y se fue casi al tiro después de hablar con Esteban, mientras yo me hacía la lesa observando el mesón de novedades.

—Cuídate —me dijo—, cuando me dio un abrazo y luego desapareció.

Yo hice como si nada y seguí mirando los libros, esperando que Esteban hiciera lo mismo.

Menos mal que fue él con quien me encontré —pensé—, cuando pudiera haber sido cualquier otro no tan caballero. Ese es el riesgo que se corre al intimar con tantos, no se sabe nunca con quien te vas a encontrar y si el muy estúpido te va a apuntar con el dedo o sobrepasarse solo porque se acostó una o dos veces contigo.

—Hay huevones muy cara de raja —concluí en mis pensamientos—, y tomé la mano de Esteban para llevarlo a otro lado y olvidar el episodio. Ya todo estaba lo suficientemente difícil como para complicar más las cosas.

Esteban volvió a quejarse de su trabajo mientras caminaban vitrineando, al recordar la reunión aquella y asociarla a uno de los afiches de bancos que ofrecían el

paraíso en una playa del Caribe por una mínima cuota, en pesos.

—A esto me refiero —dijo—, indicándole a Ana que se fijara en el mensaje subliminal, en la imagen de la playa con que —según él—, las agencias y los bancos idealizaban el mundo.

—Tenemos los intereses más bajos —decía el aviso.

Ella estuvo de acuerdo y acotó que, si seguían así, muy pronto les venderían hasta el aire.

Desde entonces se dedicaron a analizar los anuncios que encontraban en su camino.

—A través de estos afiches nos bombardean, manipulándonos —sentenció Esteban malhumorado—, y pensar que yo he sido cómplice de esto, que tengo mi cuota de responsabilidad en el asunto inventando mentirosas ilusiones por unos sucios pesos.

Ana intuyó que la vida de su amigo se ponía cuesta arriba y le pareció que corría peligro de naufragar en un mar de depresión y conflictos existenciales, poniendo en cuestión su trabajo, su oficio. Intentó minimizar el asunto diciendo que todo esto era reversible y que él tal vez, en su calidad de comunicador, podría hacer algo.

Pero Esteban cambió bruscamente de tema y le comentó:

—Creí que tu amigo de la librería podía ser el padre de tu hijo.

—Estás loco —exclamó ella—, ¿Pero qué te pasa?

—Es que sigo preocupado por eso.

La verdad es que estaba hasta la coronilla con todo, con tanta presión acumulada y aquello le había quedado dando vueltas.

Ahora tenía ganas de consumir algo fuerte que le ayudara a aliviar su pesadumbre.

—Necesito un trago —le dijo.

Ella sintió que la criatura le daba de patadas en el vientre y llevó la mano de Esteban para que también lo sintiera, pretendiendo con esto calmarlo.



## OCTAVO CAPITULO

—Mejor volvamos al departamento —propuso él.

En el camino se detuvo a comprar vino, cigarrillos y llamó por celular intentando comunicarse con su proveedor, pero sin éxito.

Apenas llegaron al departamento Ana se sintió un poco indispuesta y tuvo que tenderse a reposar. Esteban pensó en llamar un médico, pero ella lo detuvo.

—Ni se te ocurra —le dijo.

El descorchó la primera botella de la tarde, encendió un cigarrillo y no insistió.

La oscuridad llegó cuando Esteban estaba de nuevo borracho y Ana, sintiéndose ahora bien, había comenzado a acompañarlo tomando una copa de vino. Esa era su forma de solidarizar con su amigo. Hizo el esfuerzo de no fumar intentando disminuir los posibles efectos negativos en su embarazo, pero al rato lo hacía mientras bebía otra copa, lloraban juntos y se consolaban el uno al otro.

—Si te contara —dijo ella, permitiéndose un poco estirar la lengua—, he cometido tantas tonterías de las cuales me arrepiento.

—Yo también, yo también, —la interrumpió Esteban, con la boca pastosa—, mañana mismo voy a abandonar ese trabajo y no seguir prestándome para engañar a la gente —aseguró.

—Siempre quise ser profesora, continuó ella—, pero el primer año de universidad se me abrieron los ojos al mundo, en los patios de la facultad alguien me ofreció un pito y...

Entonces se dio cuenta que comenzaba a hablar de más y no continuó haciéndolo. Aun estando un poco ebria tenía que tener cuidado de no ventilar ciertas cosas.

Esteban ni siquiera reparó en el repentino silencio de su amiga y siguió criticando al sistema:

—Quieren que seamos como robots —dijo—, yo lo sé muy bien, porque quién mejor que yo que ayudo a vender la pomada a la gente.

Pongamos un poco de música, dijo Ana, animándose. Y puso un disco de Metálica que encontró sobre el equipo de sonido.

Se sentía con el cuerpo un poco más pesado, pero necesitaba moverse, así que invitó a Esteban a que bailaran. Cuando sonó "Nothing else matter", se abrazaron al compás de la música y antes de que el tema terminara se estaban besando.

El alcohol y el deseo volvían a juntarlos y esta vez sucumbieron. Ana dejó que Esteban le tocara los senos y descendiera su mano para acariciar suavemente su vientre abultado, luego bajar hasta tocarle su sexo. Sintió que lo deseaba, extrañó ese contacto físico al que estaba acostumbrada, y que por un momento volvía a ser una mujer ávida de sexo y aventura.

Se fueron a la pieza de Esteban abrazados y allí comenzaron a quitarse la ropa. No hubo tiempo para cuestionamientos de ningún tipo, Esteban no pensó en su embarazo y que hacerlo entonces podía ser extraño, no lo había hecho nunca con alguien en ese estado. Ana se entregó y poco le importó su condición, porque no le incomodaba. Fue un encuentro feliz, que comenzó lleno de sutiles caricias, de besos inolvidables, del roce de los cuerpos llenos de deseo, acomodándose al acto que después consumaron. Ana se extrañó de sentir una sensación paradisíaca que nunca antes había sentido, tuvo varios orgasmos y por un momento, su vida se colmó de felicidad, quedando completamente saciada.

Por la mañana al despertar, cada uno tuvo para el otro una mirada de complacencia, sabían lo que habían hecho y no podían arrepentirse. Había sido magnífico, fuera de serie, para ambos. Y los dos pensaron entonces en qué les depararía el destino.

## NOVENO CAPÍTULO

Finalmente volví a mi trabajo, porque después de todo necesito las lucas. Por suerte nadie me reprochó nada, no se volvió tampoco a hablar del asunto, incluso después supe que el proyecto había sido abortado. Me sentí bien, contento de haber vuelto y confirmé que ése era mi lugar. Me prometí volver sin demora a mi anterior rutina de trabajo y dejar los carretes como antes, para los fines de semana. Ana estuvo de acuerdo y se ofreció a ayudarme.

Los días pasaron y comencé a pensar que nuestra relación había pasado a otro nivel, una relación extraña, que duda cabe, porque ella iba a tener el hijo de otro hombre, pero ahora después de haber intimado nuestra amistad se había consolidado. Me sentía feliz haciéndome cargo de ella, por lo menos mientras durara el embarazo, luego veríamos qué hacer. Ella necesitaba mi ayuda y yo seguí con la intención de ayudarla. Eso no había cambiado.

Yo cuidaría de ella y de las criaturas, porque eran dos, un niño y una niña, según supimos cuando fuimos juntos al médico y éste creyó que yo era el padre. No me negué, no sé porqué. Ana estaba radiante y me lo agradeció con la mirada, supongo que es mucho más gratificante enfrentar aquello acompañada.

Después de esa noticia ella comenzó a ponerse más responsable. A partir de los siete meses, con una fuerza de voluntad increíble que me recordó a mi compañera adolescente, Ana se negó a fumar y volver a tomar trago ni drogas.

Esto echó un poco por tierra mis afanes de fiesta porque ya no le encontré sentido a carretear o salir dejándola

a ella sola en el departamento. Más centrado entonces, más concentrado en mi trabajo y una vida más sana, comencé a interesarme en su pasado y en la forma en que podía ayudarla encontrando al padre de los mellizos y contarle lo que se estaba perdiendo. No era aceptable que éste se lavara las manos. Tampoco que ella tuviera que afrontar sola esta carga. Así que me acordé que su amigo en la librería me había dado su tarjeta de visita y por ahí comencé a seguirle la pista. El seguramente sabría algo al respecto.

No le dije nada, porque seguro que ella se hubiera opuesto, y llamé a su amigo quien accedió a reunirse conmigo en uno de los café del centro. Al menos tenía el nombre del responsable, eso ya era algo.

Un día jueves como al medio día nos encontramos en el café La Victoria de calle Huérfanos. El hombre vestía unos pantalones blancos y llevaba una camisa negra abierta dejando ver una cadena de oro colgando de su cuello brillando entre los pelos de su pecho. Me estaba esperando sentado en una mesa bebiendo una cerveza y cuando me vio se levantó y me saludó cortésmente.

Yo no sabía por dónde comenzar. Pedí también una cerveza y comencé por agradecerle que hubiese accedido a mi petición de juntarnos, que hubiera tenido la voluntad, y todo eso. El sonrió y me ofreció un cigarrillo que acepté.

—Y bueno —dijo—, de qué quieres que conversemos.

—De Ana —le respondí.

—Ah, pero que mujer más maravillosa, —exclamó haciendo un gesto un poco afemeninado que no había notado la vez anterior—, pero supongo que eso no será todo, yo pensé que habíamos hecho buenas migas en la librería, aunque fue tan poco rato —concluyó.

—Claro, pero quiero hacerte unas preguntas.

—Por supuesto —dijo él—, las que quieras, pero tal vez podríamos ir a otro lugar más íntimo.

—Cómo que más íntimo —pregunté un poco inquieto.

—Tú sabes —me dijo.

—No, no sé, aquí está bien —dije secamente—, ¿Conoces a un tal Bernardo Oyanedel?

—Para nada, ni siquiera había escuchado ese nombre.

—Pero cómo —exclamé sorprendido—, ¿conoces a Ana, cierto?

—Sí, pero eso qué tiene que ver con el tal Bernardo.

—Es el padre de sus hijos —dije yo.

Juan Carlos se echó a reír a carcajadas y me sentí como un tonto. Pidió otra cerveza y comenzó a decir: a ver, a ver, como si fuera a revelar algo importante.

—¿Ana te dijo eso? —preguntó.

—Yo asentí. moviendo mi cabeza.

—Desgraciadamente, perro —me dijo—, no puedo ayudarte, no lo conozco, y tengo que irme, advirtió de pronto, tengo cosas urgentes que hacer, tú comprendes.

Y se fue, dejándome allí con mis preguntas, sin siquiera pagar su consumo.

Pensé que sabía algo, pero por alguna razón no quiso decírmelo, así que pagué la cuenta y lo seguí, no por mucho tiempo porque al rato se me perdió entre la gente.

Volví a mi oficina decepcionado, esa era la única pista con que contaba. Aunque de repente se me ocurrió buscar en el guía telefónico para ver si tenía suerte. Y la tuve, había por lo menos tres Bernardo Oyanedel en el guía de teléfonos.

Al primer número que llamé me contestó una voz de mujer para decirme que Bernardo había fallecido en un accidente. Yo le dije que lo sentía mucho y que era un amigo que llamaba para saber de su estado.

—Usted sabe —me respondió ella—, después de tantos años, imagínese, ochenta y cinco —acotó—, ya estaba un poco enfermo y el accidente solamente adelantó un poco su partida. Pero, en fin; ¿su nombre?, preguntó ella. Entonces corté, definitivamente no era él a quien buscaba.

Al segundo número no contestó nunca nadie, a pesar de que insistí cada veinte o treinta minutos, durante toda esa tarde.

Solo quedaba el tercero, con el cual tampoco tuve suerte porque al llamar salía una grabación de la compañía de teléfonos que decía que ese número había dejado de estar operativo.

Así que estaba en las mismas.

Ojeando el guía sin embargo me encontré con el apellido de Ana, un tal Edgardo Zaldivar, con la dirección de Miguel Claro 233, quien seguramente sería alguien de su familia.

Me cuestioné de ser tan lento.

—Debería haber partido por eso —me dije.

Marqué el número y me contestó una mujer que dijo ser su madre.

## DÉCIMO CAPÍTULO

Cuando Esteban le contó a Ana que se había contactado con su madre ella se encerró en un mutismo inexplicable del cual no salió durante horas. Al hacerlo lo único que dijo fue que por favor no se metiera con ellos.

—Tengo mis razones —explicó

—Sean cuales fueren tus razones ellos tienen que saber de tus mellizos —observó él.

—Para qué —insistió ella—, echándose a llorar como hacía tiempo no lo hacía.

Esteban le pasó un vaso con agua y ella bebió un solo sorbo antes de rogarle que no lo hiciera.

Pero cómo —exclamó ahora Esteban—, ya es tiempo de que te sinceres conmigo. Primero no quieres que encuentre al padre de tus hijos y ahora tampoco quieres que me comunique con tus padres. ¿Qué escondes?

—Está bien, está bien —dijo ella, explotando, agarrando su cabello con las dos manos—, resulta que soy una puta bien puta, que me lo he pasado de verga en verga, por eso mis padres no me quieren y me echaron.

¿Esa es la verdad que querías escuchar? —remató.

Esteban estaba sorprendido, boquiabierto, sin poder creer lo que escuchaba y atribuyéndoselo a una crisis de nervios.

—Calma —le pidió—, si no es para tanto.

—Pero si es la verdad —insistió ella—, y se dejó caer sobre el sillón como un saco de papas.

—No jodas —dijo entonces Esteban—, ¿Y Bernardo Oyanedel?

—No existe —confesó Ana—, lo inventé, no sé quién creta es el padre de mis hijos, tal vez son varios ¿quién sabe?

Esteban la miró sintiendo que había sido traicionado, víctima de un engaño. Se quedó mudo.

—Pero estoy arrepentida —agregó Ana, llorando—, por lo que imploro misericordia, que Dios me perdone, que mis padres me perdonen, que tú me perdones. Desde que nos encontramos he cambiado, mi mundo ha cambiado, me juré no ser nunca la misma, tú eres mi superhéroe —le dijo—, mi salvador, Esteban, te lo juro.

El la vio sinceramente arrepentida, la vio sudar cuando suplicaba, y luego dio un grito terrible tendiéndose en el sillón, quejándose, mientras un líquido viscoso comenzaba a surgir de entre sus piernas.

Esteban no demoró y llamó enseguida a urgencias, nervioso, y se sentó junto a Ana para decirle que la amaba, también llorando, justo antes que ella perdiera la conciencia.

La ambulancia llegó después de una media hora, mientras yo me quedé con Ana inconsciente todo ese tiempo, rogando a Dios porque no le ocurriera algo malo. Todavía no terminaba de procesar sus confesiones porque no podía creer en ellas. Si eran ciertas ¿Por qué me había engañado? Traté de comprender, de ponerme en su lugar. Llevábamos varios meses unidos y pasado por muchas cosas, buenas y malas. Yo había llegado a amarla, a desear estar junto a ella, sanando de aquella verdadera fobia por las mujeres que había desarrollado sin darme cuenta. Ella era la salvadora, la única superhéroe de esta historia.

En el hospital tuve que esperar mientras los doctores los atendían. Aproveché para llamar a su madre a pesar de su petición de no hacerlo, pero pensé que tenían derecho a saber lo que ocurría con su hija.

Su madre llegó al poco rato y cuando nos saludamos me reconoció como uno de aquellos compañeros de Ana que iba a veces a estudiar a su casa.

—¿Cómo está Ana? —me preguntó con evidente ansiedad por saber de su hija.

—No lo sé —le respondí—, aún no me han dicho nada.

La señora se sentó a mi lado y ahí estuvimos, callados, supongo que los dos con el corazón en la mano.

—¿Y la criatura? —preguntó de repente.

—Las criaturas —rectifiqué—, porque son dos, un niño y una niña.

Ella sacó un pañuelo de su cartera y secó las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos.

El doctor vestido aún con su bata verde y mascarilla apareció entonces batiendo las puertas de la sala de cirugía y se acercó a mí, reconociéndome.

—Esteban —me dijo—, lo siento, hubo complicaciones con Ana, hicimos todo lo posible. Pero tus dos hijos están bien, sanos. Tienen que estar un tiempo en incubadora, eso es todo. Verdaderamente lo siento —volvió a decir.

La madre de Ana se quebró y se puso a llorar desconsolada, mientras la abracé temblando. Confieso que a mí también se me vino el mundo encima, las rodillas me flaquearon y no supe qué decir.

Ahora tendría que hacerme cargo, firmar los papeles y hacer los trámites, comprar una sepultura para enterrarla y luego lo más terrible, echarla de menos e ir a dejarle flores sobre su tumba.

A los ojos de todos yo era su pareja, y estaba destruido. Pero tenía que ser fuerte, porque Ana me había dejado dos hijos y mi deber era cuidarlos, protegerlos y enseñarles a vivir en esta puta vida. No podía fallarle.

Entonces cambié de vida, dejé atrás el vino y las drogas. Los niños viven conmigo, llevan mi apellido, somos una familia.

A menudo les hablo de su madre y del profundo amor que nos teníamos.

**El primo**

## PRIMER CAPÍTULO

A veces sucede, me siento angustiado. Es un sentimiento extraño que va creciendo dentro como un tumor. Despierto y, antes de levantarme, ya tengo ese sabor amargo en la sangre. Claro que intento sobreponerme, pero no lo consigo. El día parece destinado a comenzar con el pie izquierdo; mi estado de ánimo se encuentra irremediablemente comprometido.

Este era uno de esos días, nublado, y cuando tomaba el desayuno, sonó el teléfono. Primero no quise responder, aunque quien llamaba tuvo la paciencia suficiente para esperar, hasta que levanté el aparato.

No debí hacerlo, pero lo hice.

Una voz femenina al otro lado del auricular me preguntó si era yo, Germán, y cuando le respondí que sí, quiso hacer otras preguntas, que me negué a responder antes de identificarse y decir qué quería.

No lo hizo y cortó. Me quedé con el teléfono en la mano, desconfiado, augurando nada bueno. Mi imaginación echó a correr como una loca y a vaticinar el peor de los escenarios. Siempre es lo mismo, algo enciende la mecha y el fuego se riega por doquier. Así, este hecho que podía muy bien ser un hecho cualquiera, sin importancia, vino a fortalecer mi convicción de que algo negativo ocurriría.

Terminé el desayuno, me disponía a salir rumbo a mi trabajo cuando el teléfono volvió a campanillar. Esta vez no contesté. Lo dejé sonar por largo rato, hasta que cuando estuve seguro no sonaría más, tomé mi maletín, salí a la calle y cerré la puerta de mi casa con llave.



Quien haya sido, me dije, puede esperar.

El paradero de buses estaba lleno como siempre. Es necesario encontrarse preparado para subir al bus en medio de una masa humana que empuja. Era cosa de todos los días. Ponía el maletín contra mi pecho y empujaba también hasta lograr instalarme, casi siempre de pie.

No sé si fue porque iba nervioso, tal vez predispuesto, de pronto me pareció que dos hombres me miraban, vestían terno gris, tenían el pelo corto y lentes oscuros. Sentí sus ojos observándome e, inquieto, intenté poner entre ellos y yo la mayor distancia.

Seguramente era solo cosa mía porque, poco después, uno de los hombres se bajó a la cuadra siguiente y, el otro, dejó de prestarme atención.

Respiré aliviado mientras me fui acercando a la puerta trasera para bajar en la próxima estación del Metro.

Casi todos los pasajeros se bajaron conmigo para abalanzarse sobre la entrada; la marea humana volvió a cobrar vida y fuerza, a convertirse en un verdadero maremoto que invadió la estación.

Acostumbrado a los empujones y pisotones me dejé arrastrar hasta que me encontré viajando en uno de los carros, apretado, con poco aire, pero a tiempo para llegar puntual a mi oficina.

Durante el día no ocurrió nada especial. Hice mi pega como siempre, firmé papeles, escribí correos, revisé las cuentas; ni siquiera me acordé de la llamada ni de mis aprensiones en el bus.

El mantenerme ocupado entre cuatro paredes me salvó de seguir en la espiral de mala onda que traía dentro como un gusano. A las 17:00 horas abandoné la oficina, rumbo a mi casa.

Una vez en la esquina me llevé la sorpresa del día al ver sentados bebiendo café, en una mesita exterior de un bar, a los dos hombres del bus.

¿Me estarían esperando?

El corazón dentro de mi pecho latía fuerte, tic tac, tic

tac; tuve que hacer un esfuerzo para tomar el control de mi cuerpo y continuar caminando.

Cuando me vieron, uno de ellos dejó su silla y se acercó.

— ¿Don Germán Arias? — preguntó.

— Si, ¿cómo sabe mi nombre?, ¿qué pasa?

— No se preocupe, somos policías, dijo el tipo, al mismo tiempo que mostraba su placa — queremos hablar con usted, acompáñenos.

Sentí que no podía hacer nada y acepté. Pusieron una silla más en la mesa y pidieron otro café. Me ofrecieron también un cigarrillo.

— ¿De qué se trata?, — interrogué nervioso.

El sujeto se rascó con el dedo la nariz y después de carraspear precisó:

— Se trata de su primo Mauricio Arias, ¿Se acuerda usted de él?

— Cómo no voy a acordarme, es mi primo. Pero hace años que no lo veo, vive fuera de Chile. Hemos perdido el contacto.

— Exacto, afirmó el otro hombre, en Europa.

— ¿Qué hay con él? ¿Qué sucede? Volví a preguntar.

Intenté levantarme, pero uno de los hombres lo impidió poniendo una pesada mano sobre mi hombro.

— En fin, dije, no sé nada, ¿Qué puedo hacer por ustedes? Tengo prisa.

— Su primo está metido en un gran lío y ha desaparecido del mapa. Todas las diligencias realizadas hasta ahora han sido infructuosas. Se lo tragó la tierra.

— Pero, y yo qué, insistí.

— Podría contactarlo y, si lo hace, queremos saberlo.

— Está bien, si lo hace me comunicaré con ustedes, ¿Puedo irme?

Los dos hombres se miraron el uno al otro y sonrieron. El más viejo me pasó una tarjeta con un número e insistió:

— No lo olvide, estaremos esperando, ya sabemos donde trabaja, y también donde vive.

Imbéciles pensé, mientras me retiré dándoles la espalda, alejándome decorosamente, lo más rápido posible.

Estaba seguro que ese día traería algo inusual. A mi primo no lo veía hace más de quince años y tampoco tenía noticias de su suerte.

Cuando estuve lejos del café, antes de entrar al Metro, me acordé de la misteriosa llamada de esa mañana y, extrañamente, deseé que se repitiera.

Aquella noche no dormí bien. Estuve entrando y saliendo de sueños cortos y densos que no recuerdo, que me venían entremedio de pensamientos extraños, compulsivos, obligándome a acostar primero de un lado, después del otro, inquieto, fatigado.

Sabía que mi primo estaba viviendo en Amsterdam, o en alguna otra ciudad de Europa, pero nada más. No tenía idea en qué lío se podía haber metido.

De pequeños vivimos juntos en la casa de nuestros abuelos, hasta los catorce o quince años. Cuando nuestra familia se desbandó después de la muerte del abuelo y la venta de la casa familiar, seguimos viéndonos, pero solo en fiestas familiares, bautizos, cumpleaños, matrimonios. Luego crecimos separados y, cuando entramos a la universidad, nos vimos mucho menos, porque él se fue a Concepción y yo me quedé en Santiago.

Un día supe que había abandonado su carrera y viajado fuera de Chile buscando nuevas oportunidades. Desde entonces no sabía nada de él. No podía imaginar por qué esos hombres pensaban que me contactaría. ¿Para qué?

El misterio espantaba mi sueño y mi imaginación se desbordó.

¿Habrá cometido un crimen?, ¿Habrá asaltado un banco, o varios?, ¿Estará metido en la droga o será un terrorista inconsciente y sanguinario?

Ninguna de estas figuras encajaba, sin embargo, con la de mi primo Mauricio, a quien yo recordaba más bien

tímido y bonachón. Pero, claro, cabía la posibilidad que hubiese cambiado, como yo mismo lo había hecho al pasar de los años.

La gente siempre cambia decía el tío Mauricio, su padre, y mi primo podía perfectamente haberlo hecho.

Intenté durante toda esa noche conciliar el sueño, pero no pude. Al otro día amanecí agotado con el cuerpo pasándome la cuenta y la mente embotada.

Pensé en no ir a trabajar y llamar avisando que me encontraba enfermo, pero antes de hacerlo me levanté y traté de recuperarme preparando un café bien cargado, sin azúcar, fuerte como para resucitar un muerto. Eran las siete de la mañana, los primeros rayos del sol aparecían y se colaban por mi ventana.

Bebía a sorbos el café negro y caliente cuando sonó el teléfono. El ring ring me despabiló un poco, salté para tomar el aparato y responder. Podía ser la llamada que esperaba.

Me equivoqué, la comunicación se cortó en seguida; ni una palabra. Colgué decepcionado y sentí un dolor de cabeza como si despertara de una noche de juerga. Tomé otro sorbo de café y me senté apoyando mi cuerpo en la mesa, con las pilas totalmente agotadas.

Llamé a mi oficina y dejé el mensaje en una grabadora, porque a esa hora no había llegado nadie. Luego volví a acostarme, puse mi cabeza en la almohada y, no sé cómo, me quedé profundamente dormido.

A mediodía me despertó el teléfono que no paraba de sonar. Estiré mi brazo, no muy animado, y pude escuchar la misma voz femenina del llamado anterior. Desperté bruscamente y contesté.

— Aló.

— No diga nada, me advirtió la voz, seguramente su teléfono está intervenido. Mi nombre es Ana, juntemonos hoy a las 18:00 horas en el lugar donde su abuelo compraba los puros. Y cortó.

De nuevo me quedé con el teléfono en la mano, pensando quién podría ser Ana y cómo sabía ella de los

puros de mi abuelo. Efectivamente, mi abuelo fumaba mucho y compraba siempre sus puros en el mismo lugar. Mauricio y yo lo acompañábamos a veces, para después pasar a tomar un rico café helado con pasteles en un salón de té. Si ella conocía ese detalle, entonces era Mauricio quien se lo había contado, no podía ser de otra manera. Ana iba por fin a aclararme qué ocurría, develar un misterio que crecía con las horas y comenzaba a irrumpir en mi vida. Debo confesar que esto me era atractivo, pero por otra parte asustaba, porque no tenía idea dónde ni cómo iba a terminar y, sin saberlo, podía estar empezando a jugar con fuego.

Me levanté, tomé una ducha que me ayudó a recuperar el ánimo y espantar la modorra. Luego me puse a hojear unas revistas; vi también un poco de televisión, para hacer hora.

En todo ese tiempo de espera imaginé a Ana de todas las formas posibles, como una mujer flaca, gorda, joven, madura, vestida con minifalda o pantalones, rubia, morena. Su voz no me había dicho mucho, ésta era más bien clara y delgada, con un pequeño acento que no logré reconocer. Seguro es una amiga de mi primo, pensé. Sabía que la vería en unas pocas horas, no sabía más. Eso me excitaba, no podía evitarlo. Jamás antes fui protagonista de una historia como aquella y deduje que era normal aquel estado inusual de mi mente, lleno de preguntas y dudas.

## SEGUNDO CAPÍTULO

Calculando la distancia y el tiempo que me tomaría llegar al lugar acordado, salí una hora antes de lo convenido y llegué con mucha antelación, por lo que aproveché de comprar cigarrillos y fumar mientras esperaba.

El lugar me trajo recuerdos de infancia, fue increíble constatar que, aún a pesar de los años, las cosas parecían seguir como antaño. El negocio lo atendía ahora una joven pelirroja de mediana estatura, bien entallada, que sonreía a los clientes con gracia y por esas cosas de la vida, me pareció cara vagamente conocida.

Esperé a Ana mientras fumaba haciendo guardia frente a la puerta del local, creí verla llegar dos o tres veces, pero aquellas mujeres entraban a la tienda, hacían sus compras y después se iban, sin siquiera fijarse en mí que las seguía con la mirada.

Cuando dieron las seis y no aparecía comencé a ponerme nervioso. En todo caso, pensé, una mujer que llega a la hora y no se hace esperar es algo así como un bicho raro, sobre todo en un país como el nuestro donde se acostumbra llegar siempre un poco tarde. Era, hasta cierto punto, normal.

A las 18:10 horas el local cerró sus puertas y bajó las cortinas.

Yo miraba hacia todas partes y, nadie. Comencé entonces a sentirme decepcionado. Nunca he sido muy paciente, a mí al menos me gusta ser puntual, llegar a la hora.

De pronto vi venir la colorina que atendía la tienda; al llegar donde estaba se detuvo y me dijo:

—¿Usted es Germán Arias? Yo soy Ana, acompáñeme.

La seguí unos cien metros sin decir una palabra, hasta que entramos a una casa cuya puerta y muros lucían recién pintados. Encendió una lámpara, me pidió que me sentara en el salón y cerró las cortinas.

—Espere, traeré un café, anunció, antes de desaparecer por una puerta que daba, supuse yo, a la cocina.

Aproveché para observar el lugar y vi que las paredes no tenían un solo cuadro, estaban totalmente desnudas. Había pocos muebles, como si el lugar no estuviera realmente habitado. Sobre una pequeña mesita en un rincón, un cenicero y un portarretrato; en la foto pude ver a Ana junto a un hombre viejo que sonreía.

—Es mi padre, aclaró ella, cuando volvía de la cocina y comenzaba a servirme una taza de café. Enseguida puso un plato con galletas sobre la mesa.

—El era el dueño de la tabaquería, yo la heredé después de su muerte y me hice cargo.

—Lo recuerdo, dije, por sus largos bigotes y esos anteojos con cristal poto de botella.

No pude dejar de pensar en lo extraño que resultaba estar ahí hablando de cosas que no tenían nada que ver con mi primo, tomando café como si fuéramos viejos amigos. Recién entonces reparé en sus ojos verdes y labios sensuales. La mujer era hermosa, mucho más de lo que me pareciera al principio.

—Muy bien, exclamó ella de repente, terminando de beber su café, vamos al grano. Los dos hombres que lo interrogaron no son policías. Ellos buscan a Mauricio por razones totalmente diferentes a las que usted imagina.

—¿En serio?

—Son peligrosos y dispuestos a lo que sea. Desconfíe. Sígalos el juego si insisten, pero no haga nada que ellos le pidan, sobre todo no les crea. Haga como si fueran políticos.

—Pero, y Mauricio ¿Qué pasa con Mauricio? le pregunté inquieto.

—El está bien, escondido en un país africano.

La historia es larga. Comienza en un pequeño pueblo holandés, Den Huges, situado a unos treinta kilómetros de Amsterdam. Allí conviven unas 300 personas de todas las nacionalidades, dirigidas por un hombre que se autoproclama enviado de Dios, un profeta.

Mauricio entró en contacto con ellos a través de una amiga que lo presentó y convenció de unírseles. El grupo es una especie de secta religiosa cuyo sacramento principal es el amor libre, el sexo a toda hora y con todos. Tienen mucho dinero. Hay quienes dicen que gracias al tráfico de drogas; a la prostitución de sus miembros entre la clase más pudiente y libertina, que sobra en Amsterdam y sus alrededores, donde parece juntarse la escoria humana.

En resumen, Mauricio estuvo con ellos casi por un año y luego, un día cualquiera, desapareció. El profeta lo acusa desde entonces de haberle robado algo inestimable. Ha dicho que esto no se puede permitir por lo que inició una verdadera guerra santa en su contra. El recuperar lo robado se ha convertido en una obsesión inexplicable, considerando que nadie sabe bien de qué se trata. Supuestamente un documento muy valioso y sagrado.

Pero la verdad es otra, lo cierto es que Mauricio descubrió algo que no le gustó y encaró al profeta amenazando con denunciarlo. Craso error, porque desde ese día la pista se le hizo cuesta arriba, hasta que tuvo que desaparecer. Ahora lo buscan por el mundo entero.

—Y... ¿Cómo sabe usted esto?, la interrumpí, pensando que la historia tomaba ahora ribetes cinematográficos.

—Espere, deje que primero le cuente y después pregunta.

—Está bien, asentí, acomodándome en el sofá para seguir escuchando.

—Lo que Mauricio descubrió en realidad fue la verdadera fuente de recursos de la secta, una gigantesca red mundial de pedofilia que compromete a personalidades de todo el mundo, un gran número de degenerados alrededor del orbe unidos con el mismo fin de explotar y abusar de

menores. Toda esta información está en manos de Mauricio, nombres, fechas, fotografías, transacciones de dinero, por lo que se ha convertido, como usted comprenderá, en su enemigo número uno. Y créame, prosiguió, son muchos, y están nerviosos, conocen el peligro que corren.

—Pero, y la policía, ¿Por qué no acudió a ella?

—Porque también están implicados. No hay garantía. Por eso no le ha quedado más que huir y esconderse.

La verdad es que la historia me sorprendió, ahora sabía la clase de lío en que estaba metido mi primo, pero esa noticia dio lugar a nuevas preguntas: ¿Qué tenía que ver yo con todo esto? ¿Por qué Ana me buscó para contármelo? ¿Qué esperaba de mí?

No lograba, por ningún lado, establecer la relación. El cuento sucedía muy lejos, en otro continente. El parentesco con Mauricio no parecía ser motivo suficiente para involucrarme; definitivamente no podía entender de qué manera encajaba en este puzzle.

Entonces comencé de nuevo a sentir esa angustia terrible y deseé que esto no fuera verdad. Quise escapar, olvidar el asunto.

Ana debió sospechar lo que ocurría y, sin preguntar, me sirvió otro café mientras parecía darme tiempo para reaccionar a lo que venía de decir.

Miré el reloj, eran las siete treinta, pensé que la hora no avanzaba. Fuera oscurecía. Por mi mente pasaron mil cosas. De nuevo quise irme, salir al aire libre. Sin embargo permanecí allí indagando, involucrándome sin querer en este drama ajeno, aún indescifrable. El café estaba tibio, masqué una galleta, ambos permanecimos callados por un rato.

Me acomodé de nuevo en el sillón y, finalmente, hice la pregunta que rondaba desde un principio mis pensamientos.

—¿Por qué yo?

Ella sacó una cajetilla del bolsillo y me ofreció un cigarrillo. Acepté, lo encendí y aspiré, para después botar el humo con rapidez hacia el cielo.

—El asunto Germán, agregó ella, sin rodeos, es que su primo está muy enfermo y necesita un riñón sano, siendo usted, al parecer, la única persona en este mundo capaz de tener un órgano compatible.

Lo primero que hice fue ponerme a reír. No podía ser cierto. Ahora sí me sentía el protagonista de una película. Era tragicómico, mi primo me necesitaba pero él estaba allá, quizás dónde, y yo aquí, lejos. La verdad es que en ese momento todo parecía irreal. Seguí fumando frente a esa mujer que estaba allí para involucrarme en algo tan misterioso; para cumplir seguramente con una petición de Mauricio; para darme esa noticia, así, de sopetón y sin anestesia, esperando convencerme en caso de que me negara. Mi primo la había elegido bien porque su mirada, su voz, entraban en la sangre, su forma de decir las cosas era elocuente y precisa.

—Entonces necesitamos que haga un viaje, es decir, continuó, si usted está dispuesto a ayudar a su primo. El pagará los gastos, por eso no se preocupe.

—Pero, ¿dónde está él ahora?

—En Marruecos, esperándolo, claro que esto no debe saberlo nadie, usted entiende.

—Claro, respondí, mintiendo, porque no estaba seguro de haberlo hecho completamente. Mi primo, la secta, los degenerados, el escape, la enfermedad, el riñón y ahora un viaje. Tal vez era demasiado en tan poco tiempo para un simple personaje como yo. Apagué el cigarrillo, me paré y estiré mi mano despidiéndome.

—Déjeme pensarlo, le dije, y me retiré de su casa dejándola sentada en su silla sin decir una palabra.

Abrí la puerta de calle y encontré la oscuridad, sombras que me persiguieron hasta llegar a mi casa. Esa noche tampoco pude dormir y, al otro día, de nuevo falté al trabajo.

## TERCER CAPÍTULO

No había salido nunca del país, ni siquiera a Mendoza, al otro lado de la cordillera. Antes soñaba con hacerlo, reunía folletos de viajes e inventaba recorridos por ciudades importantes. Admiré a quienes han viajado por el mundo, conocido otras culturas, percibido otros olores, escuchado sonidos y lenguas diferentes. Pero desde que empecé a trabajar abandoné ese sueño, lo cambié por el de ser un profesional competente y exitoso. Ahora, la sola idea de un viaje, hacía que mi corazón latiera más fuerte.

Lo del riñón, sin embargo, me aterraba. No quería tener nada que ver con bisturís ni quirófanos, además detesto a los médicos a quienes siempre consideré unos vulgares comerciantes. No creía posible dar un paso como ése, por mucho que un familiar estuviese en peligro. Soy un cobarde espantoso y si de mí depende quiero conservar el cuerpo completo. Lo sentía mucho por mi primo, pero mi respuesta sería negativa. No por el viaje que me encantaría realizar, sino por ese riñón que funcionaba de las mil maravillas en mi organismo. Definitivamente era incapaz de tal generosidad.

Yo vivía bien, sin altibajos, tenía una vida sin problemas, un buen empleo y un buen sueldo, me gustaba ir al cine, comprar ropa, conquistar mujeres y comer pizza. Realmente no necesitaba ningún cambio drástico en mi existencia, nada que trastocara mi burguesa y arreglada vida, hasta entonces.

Mauricio tendrá que perdonarme, me dije, decidido a apartarme y olvidar el asunto. La vida continuaría, muy pronto aquello no sería sino un recuerdo.

Pero nada sucedió de aquel modo, porque los acontecimientos fueron tejiendo una red inesperada a mi alrededor. Ese mismo día golpearon a mi puerta los dos matones del café, más un tercero, flaco, moreno, vestido de blanco. No me preguntaron si podían entrar y casi echaron abajo la puerta.

Mientras los dos que ya conocía se dedicaban a maniatarme, el otro aprovechaba para desarreglar mis cosas buscando algo. Pregunté qué buscaban, pero uno de los matones se encargó de hacerme callar, golpeándome fuerte con su mano en la cabeza. No opuse resistencia; no hubiese sacado nada con hacerlo, estaba en notoria desventaja.

—¿Qué noticias nos tiene?, preguntó de pronto uno de los que me sostenía, apretando mi brazo.

—¿Noticias de qué?

—No se haga el idiota, ya sabe, su primito. No queremos hacerle daño, es mejor que colabore, no tiene alternativa, tarde o temprano descubriremos lo que buscamos y haremos nuestro trabajo.

—De policía, repliqué yo, irónicamente.

De nuevo sentí la mano grande y pesada golpeándome, esta vez en el rostro.

—No he sabido nada, lo juro, me atreví a decir.

El hombre de blanco que desordenó y registró toda mi casa se acercó, sacó un revólver, lo puso en mi nuca por unos segundos y luego volvió a guardarlo. Yo transpiraba. Dijo algo en otro idioma a sus compinches y me registró tocando cada parte de mi cuerpo. Después se marcharon dejándome tirado en el piso.

¿Qué buscaban? Ninguna idea. Lo que sí quedó claro era que sustraerme de aquel folletín novelesco, que empezaba a ponerse peligroso, no sería nada de fácil.

Lo primero que pensé, cuando logré pensar en algo, fue llamar a la policía, pero enseguida recordé que Ana me había advertido que podrían estar involucrados, así que no lo hice. Me puse a ordenar mis cosas desparramadas,

a poner los cojines y cajones en su lugar, a enderezar los cuadros, guardar los papeles y objetos tirados en el suelo. Había sucedido tan rápido y, sin embargo, ese corto tiempo bastó para que pusieran mi casa patas arriba.

Sentí que el asunto se complicaba y podía empeorar. No tenía a nadie a quien recurrir, salvo Ana que tal vez podría ayudarme; aunque no sé por qué pensé, hacer eso era como irme a meter en la misma boca del lobo.

Salí de mi casa temiendo me siguieran, por lo que fui a un *mall* a tratar de perderme en medio de la gente. Entré por un lado y salí por otro. De ahí tomé un taxi y me dirigí a la casa de Humberto, un amigo, o conocido, que no estaba y toqué el timbre de su departamento sin resultado.

En cada persona veía un espía, alguien vigilándome; sentía que me miraban, me seguían. Hice lo que pude para desmarcarme de quienes creía iban detrás de mí y solo cuando estuve más o menos seguro que lo había logrado, me dirigí a la tienda de Ana a quien encontré sonriendo a sus clientes detrás del mostrador. Cuando me vio debí tener una cara espantosa, porque enseguida llamó a otra persona para que siguiera atendiendo e hizo una seña indicándome nos juntáramos en su casa.

Le conté lo sucedido y no se extrañó. Dijo que actué correcto al no llamar a la policía. Me preguntó si había pensado en lo que hablamos el día anterior y yo le respondí que aún necesitaba un poco más de tiempo e información, no podía dejar todo botado de un día para otro, pero que después de lo sucedido estaba a punto de aceptarlo.

Ella sonrió y, súbitamente, me dio un abrazo que casi logró olvidara todos los malos ratos.

—Y... ¿Cómo haríamos?, pregunté.

—Primero, saque pasaporte si no lo tiene, yo me encargo de los pasajes. Iremos a Francia donde tendrá que hacerse exámenes médicos. Ese es el primer paso. Por ahora siga con su vida normal, no le diga nada a nadie, es más seguro.

Volví a mi casa temeroso e intranquilo, sintiéndome incómodo por haber accedido a hacer algo de lo cual no estaba totalmente convencido. Seguía pensando en mi riñón y en las pocas ganas que tenía de involucrarme en esa historia, pero por otro lado los acontecimientos me obligaban, estaba muy nervioso. Cerré la puerta de mi casa con doble llave y le arrimé una cómoda por si recibía otra visita. Ya he dicho que soy cobarde, no tengo pasta de héroe. Me tendí en la cama tratando de relajarme y sentí que estaba en medio de una tormenta, en la que el viento me sacudía y grandes olas amenazaban con ahogarme. De pronto abrí los ojos sobresaltado cuando escuché de nuevo tocar a la puerta, aunque esta vez suave, tres golpes, luego una pausa, y de nuevo otros tres golpes, sin violencia. Pregunté quién era y miré por la ventana, oculto detrás de las cortinas.

—Soy el padre Valentín Carrillo, dijo una voz calma, de la parroquia Santa Julieta. Quisiera conversar con usted algunas palabras, continuó, ¿Es posible?

Nunca me han gustado los curas, gracias a Dios no soy católico, pero reconozco en ellos un afán de servicio. Pensé que tal vez no sería ésta una mala idea, podría ayudarme de algún modo, al menos distraer; así que anteponiéndome a mi desconfianza y temor, hice a un lado la cómoda y abrí la puerta.

—Asiento, ¿qué lo trae por estos lados?

El cura echó una mirada a mi casa todavía bastante desordenada y esbozó una sonrisa mientras se instalaba en un sillón a medias desocupado.

—Un asunto importante, pronunció pausadamente, algo que creo necesita reflexión y consejo.

—Pero ¿qué podría ser eso, padre?, pregunté curioso.

—Su primo, precisó, sin vacilar.

Me quedé mirándolo fijo, aterrado, por un momento pensé que podía no ser un cura verdadero, sino otro de esos matones encubiertos, disfrazados.

Di un paso atrás y, por unos instantes, quedé mudo.

—No se preocupe usted, dijo enseguida, no tema, sé que ha recibido visitas intempestivas y tiene razón para desconfiar. Pero soy un hombre de paz, estoy aquí con un espíritu pacífico, conciliatorio. Usted no debe temer nada, repitió. Solo quiero ayudar a que mire el asunto desde otra perspectiva.

Cada vez entendía menos. Me calmé un poco y estuve dispuesto a escucharlo, a ver qué tenía que decir.

—Su primo tiene en su poder documentos que incriminan y harían mucho daño a personas importantes, buenas personas que, es cierto, han pecado sucumbiendo a debilidades de la carne, pero no merecen por este motivo ver destruidas sus vidas. Revelar estos documentos sería una catástrofe que nadie desea. Vengo a pedirle que si tiene usted contacto con su primo interceda por ellos, como la santa iglesia intercede por los más necesitados. Por mucho mal que ellos hayan hecho el perdón siempre es el mejor camino, no lo olvide.

No podía creer lo que escuchaba, si se refería a los documentos contra la organización de pedófilos de la que Ana me había hablado, no veía cómo un representante de la Iglesia, si éste era verdaderamente uno de ellos, podía defenderla; salvo que estuvieran algunos de sus filas también involucrados. Era increíble estar escuchando aquello de sus labios y sentí un asco profundo, una rebeldía gigante. Pero la voz continuaba sin salirme, así que seguí prestándole atención.

—Su primo ha hecho mal, no tiene derecho a poner en peligro a respetables ciudadanos. Ese material debe permanecer secreto y ser devuelto a su propietario. Contribuya usted a hacer una buena obra, mire que creyendo hacer el bien a veces se termina haciendo el mal, como en este caso. No desatemos el infierno, hijo, concluyó. Hay cosas que deben guardarse en secreto por el bien de todos.

Me dio una rabia...

—Mire, señor, le respondí, primero que todo yo no soy su hijo, y ya he dicho que no tengo idea donde puede encontrarse mi primo Mauricio. Repito que hace muchos, pero muchos años perdimos el contacto. Además, no comprendo de qué está usted hablando, así que por favor, retírese; no entiendo tampoco qué rol juega la Iglesia en este misterioso asunto.

—Ah no, se apresuró a contradecirme, la Iglesia no tiene nada que ver con esto, he venido por mi cuenta.

Acto seguido, se levantó tranquilamente, sin perder nunca la compostura, y se dirigió hacia la puerta.

—Piénselo, me dijo, antes de retirarse.

Supongo que su visita fue de gran ayuda, porque disipó todas mis aprensiones e hizo nacer en mí una convicción extraordinaria.

De ahí en adelante tenía que ayudar a mi primo, no solo a salvar su vida, sino a dismantelar ese nido de degenerados que abusan de menores. No importa quien caiga, me dije, obispos, gerentes, políticos, generales, que paguen sus atrocidades como se debe.

Al fin me sentí fuerte, decidido, listo para sumarme a la cruzada y hacer lo que fuera necesario. Todo esto no podía ser casualidad, yo estaba, sin duda, predestinado. Por primera vez en mi vida dejé que mis temores se esfumaran. Mi primo Mauricio, podía contar conmigo.



## CUARTO CAPÍTULO

Siete días después despegamos, vía Air France, hacia París. Como era de esperarse yo iba nervioso, atento a cualquier ruido del avión; temía enormemente cada vez que éste atravesaba alguna turbulencia. El estómago subía hasta juntarse con mi garganta y casi entraba en pánico. Ana, sin embargo, lo tomó con calma como si estuviese acostumbrada.

El viaje duró una eternidad, intenté dormir, pero no pude, y luego de diecisiete horas de vuelo llegamos al aeropuerto Charles de Gaulle, en la capital francesa.

El aeropuerto, imponente, gigante, estaba lleno de policías, lo que me hizo temer lo peor. Hombres vestidos de azul y pistolas al cinto se paseaban por todo el lugar con sus perros, de un lado para otro. Después nos enteramos de que un grupo islámico había amenazado con un acto terrorista y la presencia policial pretendía tranquilizar a la población e impedir el atentado. Pero yo no lo sabía.

Así que pasé por la aduana con el corazón en la mano, mientras en mi cabeza daba vueltas la idea de que nos buscaban. Nada más infundado, nadie tenía interés en turistas como nosotros. El oficial de aduana miró la foto en mi pasaporte, la comparó conmigo y, sin decir nada, puso un timbre al documento e indicó continuar. Con Ana, quien pasó después, ocurrió lo mismo.

Enseguida me di cuenta que en aquellas circunstancias dependía de ella. El francés no ha sido nunca mi idioma favorito.

Ana había estado allí, no tuvo problema alguno para encontrar la salida indicada en ese laberinto de pasillos y

puertas; salimos justo donde tomar el bus que nos llevaría a la ciudad.

Unos treinta minutos después, luego de atravesar gran parte de una ciudad enorme, llegamos a la estación de trenes Montparnasse. Todo iba muy rápido, era increíble. Ayer, no más, estábamos en Santiago, y hoy en París, en medio de pequeños edificios elegantes, calles repletas de restaurantes con vistosos toldos color rojo, afiches de cigarrillos Gitane en las paredes y con muchas, pero muchas mesitas llenas de gente conversando, igual que una postal.

Entonces la seguí, dejándome llevar. Nos dirigimos al Metro que era una red de túneles subterráneos, malolientes, descuidados, con subidas y bajadas interminables por donde la gente se desplazaba como loca. Era evidente que ella conocía; bajamos por una escalera mecánica unos veinte metros, luego seguimos un largo túnel, hasta que nos vimos en un andén, junto a un mar de personas, esperando el tren.

El tren arribó repleto y, como en Chile, tuvimos que empujar para subirnos. Venía lleno de una fauna curiosa, asiáticos, gente de color, vestidos de manera estrafalaria, hablando lenguas desconocidas, francés, inglés, ruso, chino... qué sé yo. Una verdadera Torre de Babel que, además, olía espantoso.

Nos bajamos en una estación cuyo nombre no retuve, caminamos dos cuadras y ella me indicó con el dedo un letrero con el nombre de la calle: Rue Violet.

—Llegamos, me dijo.

En el número 23 de la Rue Violet tocó el citófono del departamento catorce y la puerta de entrada al edificio se abrió.

En el tercer piso, Teresa y Marcos, un matrimonio argentino, nos recibieron con un abrazo caluroso. El departamento era claro, con mucha luz, los muros estaban llenos de afiches y fotos, pequeñas estatuillas y libros reposaban en el suelo, sobre diminutas alfombras persas y, al final del

salón, cerca del ventanal, se encontraba un hermoso piano de cola blanco.

Nos preguntaron cómo había sido el vuelo.

Miré por el ventanal y me asombré al ver tan cerca, a unas cuantas cuadras, la famosa Torre Eiffel.

Creí estar viviendo un sueño. Aquello hizo que olvidara, por un momento, la verdadera razón de mi viaje.

Ana no terminaba de sorprenderme. Me había llevado hasta allí sin ningún tropiezo. Lo tenía todo planeado; me excitaba el pensar qué seguiría.

Teresa y Marcos eran encantadores. Nos instalaron a cada uno en una pieza.

Estaba cansado, me tendí sobre la cama después de sacar mis cosas de la maleta y ponerlas en un cajón, para que no se arrugaran. Dormí un poco, luego tomé una ducha y me dirigí al living donde se escuchaba música y voces. Cuando iba por el pasillo me detuve por un momento para atar el cordón de uno de mis zapatos y los escuché hablando.

—Tenemos que actuar con cuidado, decía Ana, no sabemos cómo va a reaccionar.

—Pero hay que seguir adelante, siguió una voz masculina; de que hay riesgos, los hay. Ya llegamos hasta aquí, tomemos las cosas con calma y sigamos con el plan.

No sé por qué no me quedé escuchando, debí hacerlo. Pero supuse que comentaban el mismo plan que nos había llevado hasta allí. Cuando llegué al salón me recibieron con muestras de alegría e invitaron a unirme a la conversación, aunque cambiaron de tema.

Así pasamos una grata velada, entre música, quesos y vinos, hablamos de casi todo, menos de mi primo Mauricio. Supuse que había entre ellos una especie de acuerdo para no hablar sobre el tema esa noche. No pregunté tampoco, no me atreví. No fuera a decir algo inapropiado, apenas los conocía.

Como a medianoche nos fuimos a dormir.

## QUINTO CAPÍTULO

Al otro día cuando me levanté, las calles de París estaban llenas de gente. Para mí era un verdadero espectáculo, con el sol alumbrando la ciudad. El matrimonio de argentinos había salido y Ana preparó un rico desayuno: café, panqueques y pan con chocolate.

Luego salimos, caminando, recorriendo esas calles inolvidables, hasta que llegamos a los pies de la Torre Eiffel, a orillas del río Sena.

Subimos en el ascensor y del segundo piso de la torre metálica pudimos observar una panorámica increíble. Allí, a la derecha, me indicó Ana, está el Sagrado Corazón, allá el Arco de triunfo, los Campos Elíseos. Estaba deslumbrado, contento. Aun así no pude dejar de preguntarle acerca de aquello por lo que habíamos viajado a París.

—¿Y los exámenes?, pregunté. Todo está muy bien, maravilloso, pero estamos aquí para algo más importante, no lo olvides.

—Germán, no lo olvido, aclaró ella, tardará solo unos días, no te preocupes.

Me consolé pensando en que venía el fin de semana y eso, a lo mejor, complicaba un poco las cosas. Nos entrevistamos un rato mirando las tiendas de *souvenirs* donde compré una Torre Eiffel en miniatura, como recuerdo.

Se nos antojó bajar por la escalera y lo hicimos; lo estábamos pasando bien, muy bien. Ana me tomó de la mano. Pasamos a probar unos *crêpes* a un local de la esquina infestado de turistas. Dieron las dos de la tarde y decidimos regresar.

En el departamento nos esperaban Teresa y Marcos junto a Marcel y Leticia, unos amigos franceses que no hablaban una pizca de castellano.

Nos comunicamos por medio de Teresa que hacía de traductora. Marcel dijo que era profesor de primaria y Leticia trabajaba en un banco.

Marcos sirvió unas copas de vino e hizo un brindis.

—*A votre santé*, dijo.

Me tomé todo el vino de un solo trago y después exclamé que estaba delicioso.

Como a las tres y media recién almorzamos. Teresa se lució con unos espagueti a la boloñesa y después sirvió ensaladas, mucha lechuga con salsa avinagrada y un surtido de quesos franceses para terminar. Luego sirvieron el café y continuaron con su charla.

Yo tenía el estómago pesado, mi organismo siempre ha funcionado de la misma manera, comer e ir inmediatamente al baño. Nada nuevo, siempre el mismo ritual. Así que pedí permiso, me levanté y los dejé conversando.

Al pasar por mi pieza vi la puerta medio abierta. La cama estaba hecha y la habitación ordenada. Encima del velador se encontraba una carpeta que no era mía. La cogí y la llevé al baño.

La carpeta poseía recortes de periódicos en español, todos referentes a casos de pedofilia en varios países, Chile, Argentina, Brasil, Francia, España, Holanda, Bélgica y Alemania. Tenía también hojas que parecían fichas de acusados. Sacerdotes sobre todo, pero también políticos, artistas y hombres de negocio. Estaban allí completamente identificados, con nombre y apellido, fotografías, junto a otros datos de sus crímenes. Seguí leyendo y me encontré con sus víctimas, todos menores inocentes, condenados a una vida horrible. Niños de cinco, siete años. Presas del maltrato

Debo haberme quedado mucho tiempo leyendo

porque de repente, escuché a Ana preguntando si me encontraba bien. Le respondí que sí, aunque estaba descompuesto, tuve que lavar mi cara varias veces hasta sentirme mejor. No sabía quién había dejado esa carpeta, seguramente ella, pero ¿por qué?

Ordené los papeles como pude dentro de la carpeta y cuando lo hacía me encontré con la fotografía de Marcel, uno de los dos franceses que nos acompañaban esa tarde. Quedé helado. El papel decía que le acusaban de violar y maltratar a dos menores de ocho y doce años, cuando era profesor de escuela en Lille, una ciudad al norte de París; que no se había podido probar nada, pero el juicio en su contra seguía. Fue depuesto de su cargo y prohibido de ejercer la profesión, hasta que las cosas se aclararan.

Salí del baño; afuera Ana debió sospechar lo que ocurría porque me dijo:

—Tienes que enterarte de algunas cosas.

No dije nada y la seguí hasta el salón, donde los otros conversaban.

—¿Qué significa esto?, pregunté entonces, medio alterado, mostrando la hoja con los datos de Marcel. ¿En qué clase de enredo me has metido? ¿Quién eres tú realmente, Ana?

En ese momento me alegré de guardar siempre en el bolsillo mi pasaporte y boleto de regreso. Eran mi garantía de escape, por si era necesario.

No imaginé nunca algo parecido y me puse tenso, a punto de volverme agresivo.

Ana tomó mi mano pero la rechazé. Decidí alejarme de lo que me pareció más cercano a un nido de ratas y cuando intenté abrir la puerta para marcharme, estaba cerrada con llave.

—¿Acaso soy prisionero?, grité.

—Cálmate, escúchanos primero y, después, si quieres, te marchas donde desees, aseguró Ana, te lo prometo.

Ya estaba cansado de escuchar y me sentía confundido, pero no me quedaba otra, tuve que calmarme. Antes,

tiré con violencia la carpeta al suelo y las hojas quedaron desparramadas.

—Supongo que ha llegado la hora de la verdad, dijo Ana, te lo contaremos todo.

## SEXTO CAPÍTULO

La verdad es algo relativo, lo sabía. Sabía también que la verdad se acomoda y puede maquillarse. En ese momento me era muy difícil creer en algo o en alguien.

Ana comenzó su explicación.

—Todos nosotros pertenecemos a la comunidad del profeta, en Holanda. Yo fui quien presenté a tu primo Mauricio y lo convencí de quedarse. De eso no tengo remordimiento alguno. La comunidad nos parecía divina, nadábamos en ella como peces en el agua, amándonos unos a otros sin pertenecer a nadie y a todos, libres, generosos, entusiastas. Hasta que Mauricio descubrió lo que descubrió y antes de partir me lo contó. No le creí, pero guardé silencio. Luego me fui enterando de ciertas cosas. Otros, antes que Mauricio, habían descubierto lo mismo, pero el profeta se había encargado de neutralizarlos. Marcel es uno de ellos. El también dejó el lugar horrorizado por la verdad de los hechos. Pero fue menos astuto que Mauricio, se fue sin evidencias. Y volvió con su familia, a su antiguo trabajo. Hasta allí lo siguieron e involucraron en terribles sucesos, inculpándolo de delitos que jamás cometió. Marcel es incapaz de hacer algo tan horrible como violar a niños de los cuales era responsable siendo profesor. La prueba es que aún no se demuestra su culpabilidad. Esos que tú viste, no son sino recortes de periódicos. Aunque, claro, continuó ella, aquello bastó para hacerle la vida imposible y silenciarlo, para quitarle el peso a una posible denuncia, porque, ¿Cómo podría él entonces, un degenerado, un pedófilo, denunciarlos? Nadie le creería.

Conocemos otros casos que corrieron la misma suerte. El profeta verdaderamente es ingenioso, sabe como neutralizar a quienes podrían convertirse en sus enemigos. Tiene la fuerza, el poder que dan el dinero, las influencias.

— Bueno, inquirí yo, y para qué, por qué me cuentan esto.

— Porque es la verdad

— ¿La verdad?, pregunté escéptico.

— Sí, la verdad, y pensamos que era muy importante que la supieras antes de dar el siguiente paso.

Por un momento pensé que estaba loca, que estaban todos locos.

¿No suponían acaso que con aquella revelación habían terminado por convencerme de arrancar lo más lejos posible?

— Si nosotros pertenecemos a la comunidad, también la abandonamos, continuó hablando Ana. No estamos de acuerdo, porque una cosa es la práctica del amor libre y otra, muy diferente, el abuso de menores. Por eso queremos sinceramente, que tu primo Mauricio tenga éxito denunciándolos, y convenimos en ayudarlo.

Eso sí, enfatizó, le hemos pedido no permita paguen justos por pecadores y elimine aquellos documentos que incriminan a algunos inocentes, quienes sufrirían también con el escándalo. Mauricio nos ha prometido hacerlo si lo ayudábamos a esconder y contactarse contigo por lo de su enfermedad.

Ana se detuvo, un silencio enorme se instaló en el departamento. Me pareció esperaban dijera algo y yo no sabía qué decir. La historia, después de todo, podía ser cierta.

— Hay un modo de aclararlo, manifesté de repente, quiero comunicarme con Mauricio.

— Desgraciadamente es imposible, respondió Ana. Está incomunicado, oculto en las montañas Atlas, en medio de la nada.

— ¿Dónde?

— En Marruecos, África, en un lugar seguro. Pero iremos, esa es la idea, remató.

Reflexioné. Ya estaba allí, a miles de kilómetros de mi casa en Santiago. Había aceptado el riesgo, por el momento no tenía nada que temer y la curiosidad me consumía. Guardaba siempre mi pasaporte y billete de vuelta conmigo, así que cualquier otra cosa que pase, me dije, tomo el avión y regreso.

La miré entonces directo a los ojos, que eran verdes como el mar, y le anuncié:

— Me quedo.

Hubo un relajo general. Marcel me dio la mano y las gracias. Ana se me acercó y abrazó dando un beso en la mejilla.

Ella, cada día, me gustaba más.

## SÉPTIMO CAPÍTULO

Esa noche la escuché entrando en mi habitación. Vi su sombra desnuda reflejada en la pared, la sentí tibia y perfumada cuando se metió en mi cama. Creo que solo eso faltaba. No nos dijimos nada y ella comenzó a besarme detrás de la oreja. Yo tanteé su cuerpo hasta tocar uno de sus senos con mi mano. Nos besamos. Yo besé sus muslos, su pubis, ella se dejó mientras acariciaba mi cabeza. Después cambiamos de posición y fue ella quien comenzó a besarme en el pecho, el ombligo, hasta llegar a mi pene y llevárselo a la boca, haciéndome sentir que estaba en el paraíso. Tuve que detenerla; entonces ella subió por mi cuerpo pasando su lengua por mi pecho. Nos besamos de nuevo, yo la agarré de las nalgas y cuando por fin nos dimos vuelta y me puse sobre ella, la penetré, escuché sus jadeos y nos entregamos al placer. Duró lo que duró; después del clímax descansamos saciados, tendidos boca arriba.

Repetimos algo parecido tres o cuatro veces esa noche y entremedio no nos dijimos ni una palabra ¿Para qué?

Jamás había estado con una mujer como ella, quien en ese momento, me pareció perfecta. Si eso es lo que había aprendido en la comunidad, no podía sino aplaudir y agradecer.

Allí, sobre esa cama en París, cayeron muchos de mis tabúes. Me sentí completo, saciado, agradecido y... enamorado. No quería que la noche terminara, no tenía interés en dormir, pero el relajo y el esfuerzo me vencieron.

Al otro día amanecimos los dos abrazados, cubiertos por una sábana.

La mañana tibia, soleada, la aprovechamos para visitar la catedral de Notre Dame y caminar por los jardines y terrazas a las orillas del Sena. Parecíamos dos enamorados en su luna de miel. Yo mismo no me reconocía, el Germán aprensivo y celoso que siempre intentó hurgar con recelo en el pasado de sus parejas, había desaparecido. El pasado de Ana no me importaba lo más mínimo, su sola presencia era suficiente. Ese día viví horas extraordinarias.

Durante la tarde paseamos por el Sena en los famosos botes Bateaux mouche; caminamos por los Campos Elíseos y regresamos al barrio latino donde comimos un kebab turco que superó cualquier lomito chileno. Luego regresamos al departamento.

De Mauricio, confieso, ni siquiera me acordé.

Por la noche nos retiramos cada uno a su pieza. Tomé una ducha y me acosté desnudo, esperándola, ansioso de tenerla nuevamente entre mis brazos.

No tardó mucho y, como la noche anterior, la escuché entrando en mi pieza en completa oscuridad. Se metió en mi cama y solo entonces me di cuenta que no era ella, sino la dueña de casa, Teresa.

No pensé en nada. No dije nada. La sorpresa me dejó mudo y cuando Teresa comenzó a rozar con su muslo mis piernas, supe que las preguntas sobraban. Me puse a besar sus senos y acariciar su sexo con la mano. Después hicimos el amor como dos gatos salvajes, carne contra carne, boca contra boca, sexo contra sexo. Lo hicimos una y otra vez hasta que, como la noche anterior con Ana, el agotamiento nos venció.

Ni siquiera tuve tiempo para preguntar qué estaba sucediendo, y habría sido tiempo perdido, yo sabía muy bien lo que ocurría, no hacían más que practicar en París lo que aprendieron en Holanda. El amor libre, era su forma de vida.

Confieso que durante el desayuno me sentí bastante

incómodo, pero ellas mismas se encargaron de hacer como si nada, como si lo que había sucedido fuera lo más normal de la existencia. También Marcos que interactuaba con su esposa sin ningún problema.

Intenté no sentirme mal pensando en que mi romance con Ana se había ido a la mierda. Lo que me consoló en medio de todo aquello fue el darme cuenta que estaba viviendo una experiencia fuera de serie.

## OCTAVO CAPÍTULO

El lunes por fin fuimos a la clínica donde me harían los exámenes e hicimos los arreglos necesarios.

La angustia volvió hacerme suyo, el solo hecho de entrar a la clínica me puso los pelos de punta. Ana intentaba darme aliento, pero lo cierto es que la idea de entregar un riñón me daba escalofríos y no iba a ser fácil tranquilizarme. El doctor dijo que volviera al otro día en ayunas e hizo varias preguntas para saber de mi historia clínica.

Creo que eso fue lo peor, porque recordé mis enfermedades y la única operación que había sufrido, una intervención al ano donde vi burros verdes durante una semana.

Deseé con toda mi alma que mi riñón no fuera compatible con el de mi primo Mauricio. Tal vez podría ayudarlo de otra forma, consiguiéndole otro donante.

Salí de la clínica pensando que no quería prestarme para una intervención quirúrgica tan delicada, pero no podía retractarme, era demasiado tarde, debía resignarme, asumir a como diera lugar.

Tomamos un taxi y París ya no era el mismo. Tenía tantos pensamientos en mi cabeza que no lograba apreciar lo que veían mis ojos. Iba cabizbajo, deprimido, sin poder sacarme de encima el riesgo que había aceptado de correr.

Cuando nos bajamos del taxi, Ana vio a alguien que la puso nerviosa y me pidió que apurara el paso. Lo hice. Me tomó de la mano y llevó hasta la entrada de una

gran tienda. Allí me dijo que había visto al profeta y que éste, por ningún motivo, debía saber qué hacíamos ni dónde nos alojábamos. Por primera vez la vi intranquila, dubitativa, temerosa. En realidad hasta ahora todo había sido casi perfecto. La tranquilidad duraba demasiado y no me extrañó lo que sucedía.

Le pedí que me mostrara el personaje, quería conocerlo aunque fuese de lejos. Era mi oportunidad de conocer a quien estaba en la génesis de toda esa locura.

—Estás loco, repuso, y me tironé hacia el interior de la tienda. —Más te vale ni siquiera verlo de lejos, y siguió escapando como si lo hiciera del mismo diablo.

Corrimos por unas callejuelas estrechas y nos detuvimos en una pequeña plaza repleta de palomas. Allí descansamos por unos segundos y enseguida continuamos. Un poco más allá estaba la Rue Violet y el departamento, pero no nos dirigimos hacia éste sino que entramos a una estación del Metro y tomamos un tren hacia cualquier parte.

—Así nos aseguramos de despistarlo, me dijo.

Decidimos quedarnos en un pequeño hotel de la calle Tour du pont.

Llamamos varias veces al departamento pero no respondió nadie. Eso la puso aún más nerviosa.

De nuevo me alegré no haberme separado de mi pasaporte y billete de avión.

Encendí el televisor y en la televisión española vi al Papa anunciando medidas extraordinarias para intentar detener los escándalos de sus sacerdotes pedófilos que aparecían como callampas por todo el mundo. El pontífice se veía abrumado, avergonzado.

En ese hotel pasamos la noche. Hicimos el amor una sola vez y fumamos mucho.

Por la mañana fuimos a la clínica para tomar los exámenes, y al llegar nos encontramos con Marcos y Teresa.

—El profeta está en París, afirmó Teresa, acelerada.

—Ya lo sabemos, respondí.

—Es que no entiendes, ayer estuvo en el departamento.

—¿Qué le dijeron?, preguntó enseguida Ana.

—Nada, por supuesto, aclaró Marcos, pero no es tonto. Le dijimos que eras tú y un nuevo amigo que pasaban unos días con nosotros. Estuvo esperándolos y como a las nueve se fue. Le pregunté por qué estaba lejos de la comunidad y me explicó que aún buscaban al ladrón de Mauricio, que no pararían hasta encontrarlo.

—Como verán, dijo ahora Teresa, no pueden volver al departamento sin exponerse.

—Nos quedamos en un hotel, declaró Ana, vamos a esperar ahí los resultados y emprenderemos el vuelo.

Yo, que estaba en ayunas, sentí retorcijones en el estómago.

El doctor tenía todo listo. Me pasaría el día haciendo examen tras examen, mientras Ana esperaba fuera en una sala, pacientemente.

Un día después recibimos la “buena noticia”, así entre comillas, de que mi riñón era compatible.

Compramos por Internet dos boletos de avión para Marruecos y esa noche no dormí. Aunque Ana quiso ponerse cariñosa, no pude. Pasé las horas en vela, pegado al techo, pensando en el futuro que tenía por delante.



## NOVENO CAPÍTULO

No volvimos al departamento ni nos despedimos de los argentinos. Tomamos un bus directo al aeropuerto y encontramos que los vuelos habían sido suspendidos, porque el personal del recinto estaba en huelga.

Comencé de nuevo a sentir esa angustia que me viene cuando intuyo algo malo.

La línea aérea propuso llevarnos a otro aeropuerto de París donde el avión despegaría.

Cuando llegamos al otro aeropuerto estaba repleto, las colas de pasajeros eran enormes, había una terrible congestión y un ambiente denso.

Tuvimos que esperar nuestro turno en la fila de la compañía y, luego, de nuevo en policía internacional.

Mientras desesperábamos de tanto trámite apareció ante nosotros un tipo alto y flaco, pelo negro largo, barbudo, piel morena, ojos café, vestido de blanco con collares en el cuello y anillos en los dedos. Ana me apretó el brazo con fuerza y se puso pálida. Supe de inmediato que teníamos frente al mismísimo profeta, en persona.

—¿De viaje?, preguntó en inglés.

A Ana no le salía la voz.

Entonces el profeta dijo, esta vez en español.

—Tu nuevo amigo, supongo, indicándome a mí.

Yo le sonreí ofreciendo mi mano, pero debí quedarme con la ella estirada.

Su mirada era penetrante, parecía que una fuerza extraña lo poseía. Hablaba lento, pausado, modulando el español a la perfección.

—Te hemos echado de menos, Ana. ¿Dónde has estado?

Ana, un poco más repuesta, juntó las palmas de sus manos llevándolas a la altura del pecho e, inclinando un poco la cabeza hacia adelante, hizo un saludo.

—Maestro, pronunció, reverenciándolo.

—¿Qué has sabido de Mauricio?, interrogó el profeta. Ya sabes que me ha robado algo muy valioso y quiero me lo devuelva.

—Nada maestro, absolutamente nada. Voy de vacaciones con mi nuevo amigo. Yo condeno tanto como usted que Mauricio sea un ladrón y me siento muy mal por haber sido yo quien lo presenté a la comunidad.

La fila avanzaba poco, me sentí un poco más seguro cuando divisé a unos policías apostados cerca. Ahora era yo quien no sabía qué decir; cualquier cosa para ir en ayuda de Ana que intentaba parecer calmada.

—Este es mi amigo, dijo Ana.

—¿Chileno?, preguntó él

—Si, pero vivo hace años en Madrid, mentí; no sé porqué.

De pronto el tipo metió la mano en su chaqueta y creí que sacaría un arma, pero sacó un sobre que entregó a Ana, diciendo:

—Esto sucede a quienes me traicionan, recuérdalo, tengo ojos en todas partes.

Y se fue, nos dejó allí haciendo una cola interminable, con el corazón en la mano.

Ana abrió el sobre y sacó la fotografía de un hombre con su rostro destrozado, pero que ella aún así reconoció; no pudo evitar que le brotaran lágrimas.

El autoproclamado profeta era en verdad un demonio y ahora sabía donde nos dirigíamos.

## DÉCIMO CAPÍTULO

Cuando aterrizamos en Marrakech, a las 17:25 horas, según el piloto, llovía torrencialmente y casi estaba oscuro. Tuvimos que correr desde el avión en la mitad de la pista hasta el *hall* del pequeño aeropuerto para no mojarnos. Allí de nuevo tuvimos que hacer una fila, pero a diferencia de París ésta avanzó rápido, muy rápido. En unos cuantos minutos salíamos del recinto para tomar un taxi hacia uno de los tantos hoteles de lujo que abundan en la ciudad. Pedimos una habitación y nos instalamos esperando que dejara de llover, pero continuó haciéndolo toda esa noche. Comimos en el hotel y descansamos, preparando un largo viaje hacia las montañas.

Desde el inicio temimos por nuestra seguridad y desconfiamos, en ese país donde los hombres se pegan como cola y te siguen por cuadras queriendo venderte algo. No existen personas más cargantes que los marroquíes cuando se trata de vender y nosotros, nerviosos, desconfiábamos de todos.

Al día siguiente dejó de llover y visitamos la Medina, una ciudad amurallada, construida durante la Edad Media, en el centro de Marrakech, donde debíamos contactar a la única persona que, según Ana, sabía donde encontrar a Mauricio.

Pero no pudimos hallarlo. Se suponía que el tipo pasaba todos los días por el restaurante Les Bons Repas, un local situado al costado de la famosa plaza Jemma El Fna, y cuya propietaria es una francesa. Preguntamos, pero nada, hace un par de semanas que no aparecía. Nadie lo había visto.

Sin él estábamos ciegos, desorientados, y nos sería imposible dar con mi primo. No podíamos sino esperar.

Mientras tanto no perdimos el tiempo. Ana y yo hacíamos una buena pareja y aprovechamos para conocernos mejor. Comenzamos a contarnos aspectos de nuestras vidas que no habíamos contado a nadie. Yo le confesé un pasado lujurioso, ávido de conquistas amorosas e infidelidades. Hice mucho mal, le dije.

Ella me contó que en el pasado había sido hombre.

Yo le acoté que seguramente se refería a alguna vida anterior, pero ella me corrigió diciendo que se trataba de esta misma vida, cuando joven, había cambiado de sexo.

Me costó tragar la saliva y debí ponerme muy serio.

Estoy bromeando, dijo, y se lanzó a reír. Tú lo creerías, preguntó, ¿con este cuerpecito?

Visitamos cada día el restaurante esperando al hombre que sería nuestro guía, pero sin suerte. En cambio vimos otros turistas como nosotros y a gente que lo más bien podía estar vigilándonos. Comenzábamos a hacernos notar con nuestras visitas y frecuentes preguntas, lo que no era bueno. Así que decidimos buscar alguna otra forma de encontrar a mi primo.

Arrendamos un jeep y partimos hacia las montañas Atlas por nuestra propia cuenta. Ana tenía el nombre de un pequeño pueblo perdido en los cerros y hacia allá nos dirigimos.

Compramos un mapa y el pueblo no figuraba pero, preguntando, una mujer de la etnia bereber, cubierta casi completamente con su atuendo tradicional, nos indicó que el pueblo existía y nos mostró su posición aproximada.

Viajamos durante horas internándonos poco a poco por caminos apenas transitables, dejando atrás campamentos beduinos y levantando una nube gigante de polvo a nuestro paso.

Marruecos es un país desértico, pobre, a pesar de las mansiones imponentes de algunos, construidas curiosamente en medio de ninguna parte. Durante kiló-

metros no vimos a nadie, a veces un destartalado camión se nos cruzaba viajando en sentido contrario. Comenzamos a subir por terrenos más escarpados y encontramos pequeños pueblos miserables, con pocas casas, construidas de barro o en la roca. Algunos animales, burros, perros, deambulaban solitarios por las calles, sin sus dueños.

Cuando a veces nos deteníamos en alguno de ellos nos sorprendía que aparecieran de inmediato personas ofreciéndonos collares y otras baratijas. Esto prueba que el comercio lo llevan en la sangre, nos dijimos.

El tiempo avanzaba y casi al oscurecer, en medio de esas montañas desérticas y solitarias, llegamos a Aramdetfa, un lugar hacia donde todos los años peregrinan mujeres del país, para pedirle a Dios que las bendiga y regale fertilidad. Allí alojamos en una humilde posada junto a personas y animales que compartían el reducido espacio interior. El techo estaba hecho de cañas y podían verse, entremedio, las estrellas. Al otro día nos sirvieron un té verde con menta e indicaron el camino.

El pueblo que buscábamos quedaba a más de seis horas hacia el este, siguiendo un sendero por donde era difícil que el jeep transitara. Había que ir a pie bajo un sol omnipresente, o no llegaríamos.

Tomamos nuestros bolsos y nos pusimos a caminar, transpirando, acalorados.

—No contaba con esta parte de la aventura, dije.

—Yo tampoco, suspiró ella, mientras limpió el sudor de su frente con un pañuelo.

Nos quedaba poca agua y el calor era sofocante. A veces descansamos a la sombra de una gran roca, pero no queríamos demorarnos. Fueron más de siete horas de camino hasta que llegamos a un campamento bereber, gente de la montaña. Ese lugar era el que buscábamos. De ahí en adelante no sabíamos nada. Preguntar, es lo único que se nos ocurría.

El asunto se ponía difícil, porque ninguno de los presentes hablaba español, francés o inglés, solo un dia-

lecto incomprensible. Pero nos ofrecieron té verde con menta y para eso no necesitaron palabras.

Como a las siete de la tarde comenzó a hacer un frío terrible. No sabíamos qué hacer y nos miramos el uno al otro, impotentes. Estábamos muy lejos de la civilización y la noche llegaba.

De pronto el destino jugaría a nuestro favor cuando Juseff, nuestro desaparecido guía, apareció de la nada haciéndonos señas con sus manos.

Enseguida nos dimos cuenta que venía a todas luces saliendo de una borrachera.

—Habibi, nos dijo, en un español muy enredado, con un tufo a alcohol insoportable, tú debes ser Germán Arias, el primo de Mauricio, y tú Ana, dirigiéndose a ella.

Esa noche dormimos en una carpa con olor a mierda de camello, pero felices de haber encontrado a nuestro guía. Al otro día Juseff se veía repuesto y nos sirvió muy temprano el infaltable té verde con menta.

—Mauricio te espera, me indicó, está de aquí a unas pocas horas de camino. Tú debes quedarte, le dijo a Ana, con lo que Ana por supuesto no estuvo de acuerdo, pero no pudo hacerlo cambiar de opinión y debió resignarse.

—Ten presente lo que hemos hablado, me recordó entonces Ana; que no paguen justos por pecadores, ése fue el compromiso. Tu primo debe cumplir con lo prometido. Dile que estoy aquí, esperando.

## CAPÍTULO ONCE

Juseff iba armado con un fusil, vestido con una túnica blanca muy sucia, sandalias y un sombrero de paja. Era un hombre extraño, su tez había sido curtida por el sol de esos lugares. Caminó casi sin detenerse y no dijo una palabra. A ratos miraba hacia atrás para ver si todavía lo seguía. Caminamos por un sendero árido, escarpado, subiendo siempre, donde no había un solo árbol y reinaba únicamente el silencio de las piedras. No corría viento y yo transpiraba como nunca. En uno de los bolsillos de mi pantalón iban mi pasaporte, un boleto de regreso a París, otro a Santiago y las pruebas médicas de la compatibilidad de mi riñón, pero estaba seguro que esto último no serviría de nada, al menos allí donde estábamos, o donde mi primo Mauricio se encontrara. Un trasplante de riñón necesita de equipos sofisticados, pensé, y dudaba que en ese país existieran. Mauricio tendrá un plan al respecto, me dije.

Por la tarde llegamos a la cumbre de un cerro desde donde se divisaba un pequeño valle con árboles y animales. Era un cambio asombroso de paisaje, una aparición en medio de la nada y, a medida que descendíamos siguiendo un estrecho sendero, pude ver una casa en medio de un verdadero oasis.

Juseff la indicó con el dedo y me dijo:

—Allá, en esa casa, tu primo te espera.

## CAPÍTULO DOCE

Mauricio, físicamente, no había cambiado mucho, tenía la misma calvicie y piel clara, ojos verdes, cara delgada, nariz prominente, pestañas grandes, mentón pequeño. Estaba solo un poco más flaco y, por supuesto, más viejo. Parecía un poco cansado.

Al verme llegar me reconoció de inmediato y brillaron sus ojos. Me abrazó con efusividad, contento.

—Germán, siempre supe que vendrías.

La casa era de una habitación, clara y limpia, donde había una cama, una mesa, dos sillas y una caja llena de libros en el suelo. En una pared estaba colgada la imagen de Jesucristo y en otra la de Britney Spears, con poca ropa, casi desnuda. Entre medio una gran ventana daba hacia los cerros y no tenía cortinas.

—Aquí estoy, le dije, también contento, emocionado.

—Te lo agradezco, te lo agradezco, no sabes cómo te lo agradezco, repitió.

Para variar me ofreció una taza de té verde con menta e invitó a sentarme.

—¿Tienes hambre?, preguntó, y acto seguido, sin esperar respuesta, puso sobre la mesa una canasta con dátiles que sabían deliciosos.

—Al final Ana cumplió con su parte del trato, comentó.

—Si, aquí está el informe médico que dice que nuestros riñones son compatibles, y le entregué el sobre con los exámenes.

—Ah, si, eso, dijo él.

Me extrañó su actitud indolente y pregunté:

—¿Pero, qué hay con tus problemas de salud?

—Es una larga historia. Bebamos, tenemos tiempo. Este es el whyski marroquí, té verde con menta, rió, mientras levantó su taza. —Ana te debe haber seducido, qué mujer esa, desde un principio me sentí enamorado.

—Efectivamente, es maravillosa.

Mauricio se paró y por un momento salió de la casa, luego regresó con una caja llena de papeles, sobres y discos compactos.

—Esto nos separó, dijo, poniendo la caja sobre la mesa. Pero ahora los tengo comiendo de mi mano. Pagan caro lo que hacen.

Entendí que hablaba de los pedófilos y así era. Me mostró fotos increíbles donde celebridades tenían sexo con menores. Cantantes, altos dignatarios de la Iglesia, escritores famasos, gente importante.

—Esta es una verdadera bomba, aseguró, mostrándome la foto del primer ministro togolés, desnudo haciendo acariciar su negro cuerpo por una niña blanca que no debía tener más de diez años, también desnuda.

—Y ¿Cuándo la harás explotar?, pregunté.

Mauricio no respondió.

—Cuando lo hagas, recuerda tu compromiso con Ana, no puedes denunciarlos poniendo a todos en la misma bandeja.

—¿Denunciarlos? —Preguntó extrañado mi primo— Nunca. Mientras tenga esto en mis manos, dijo, pasándome copias de cheques a nombre de la Comunidad de los benditos hijos de Dios, estarán en mi poder y no harán más que enriquecerme. Ya tengo millones de dólares en una cuenta en Suiza. Tendría que ser tonto para matar la gallina de los huevos de oro, ¿no crees? —concluyó.

Quedé atónito, sin entender; no era lo que Ana me había dicho. Mauricio no tenía intención de denunciarlos y, lo más sorprendente, no parecía necesitar mi riñón.

—No hablemos más de esto, dijo de pronto Mauricio, hace tanto que no nos vemos, ¿Qué ha sido de tu vida?, me

preguntó. —Supe que los tíos habían muerto, lo lamento.

En realidad podía contarle tanto. En quince años ocurren muchas cosas. Yo me había casado y divorciado, comprado una casa, operado, enamorado de una y otra, ascendido en mi trabajo, pero no tenía el ánimo para hablar de eso. Aunque mi primo buscaba desviar el tema de conversación yo quería saber de su enfermedad, la que me había llevado hasta allí en un confín del universo, después de pasar por lo pasado.

—Tu enfermedad, por eso estoy aquí, ¿verdad? Tomé un sorbo de té y esperé a que me contestara.

—No hay tal enfermedad, Germán, mis riñones están sanos. Sufro de algo muchísimo más grave todavía y, desgraciadamente, es terminal. Me muero. Pero eso no tiene importancia, continuó, porque del momento en que descubrí esta red de degenerados y escapé con la evidencia que puede hundirlos, ya estaba muerto. ¿Por qué crees vivo aquí, oculto, lejos de todo?

La verdadera razón por la que estás acá es otra. ¿Habrías venido si te la hubiese comunicado? No me hubieras creído.

Lo escuché con atención, mientras me debatía entre la curiosidad por conocer el verdadero motivo, y mi indignación al sentirme engañado.

Mauricio alargó su brazo y me entregó un pequeño sobre, pidiéndome que lo abriera.

Dentro de éste había una llave y un número de siete cifras.

—Te he escogido para que disfrutes lo que para mí es imposible. Esa es la llave y el código de una caja de seguridad del banco Swiss Bank, en Zurich. Lo que hay dentro es tuyo, por tu generosidad al aceptar venir tan lejos dispuesto a desprenderte de una parte de tu cuerpo para ayudarme. Lo considero un acto fraternal y extraordinario. Tómallo como un premio a tu solidaridad.

Estos son los documentos que quiere Ana, me dijo después, pasándome varios sobres. Ellos no son culpables,

más bien son víctimas del desgraciado profeta y sus secuaces.

Y aquí va la yapa —espetó—, entregándome otro sobre que pidió abriera enseguida.

Lo primero que saqué del sobre fue la fotografía de un hombre con unos grandes bigotes y anteojos poto de botella, a quien enseguida asocié al personaje de la foto que había visto junto a Ana, en su casa de Santiago.

Abrí la boca y los ojos, sorprendido.

— Así es, comentó Mauricio, la vida está llena de sorpresas.

Seguíamos allí cuando subitamente se escuchó un disparo que, atravesando la ventana, impactó directo en el pecho de mi primo. No sabía cómo, pero me habían seguido, los malditos truhanes estaban allí para recobrar lo suyo y, muy pronto, llegarían hasta la casa.

Mauricio agonizaba en el suelo.

— Arranca, me dijo, apenas, con dificultad, llévate los sobres con los documentos que te he dado y deja todo lo demás. Ellos no te seguirán, porque tendrán lo que buscan. Huye.

— Mauricio, exclamé. Pero Mauricio había cerrado los ojos y perdido la vida.

## EPÍLOGO

Salí de la casa y vi a Juseff haciéndome señas detrás de una roca. Corrí hacia él y después lo seguí por entre las piedras. Mauricio tenía razón, sus asesinos no nos persiguieron y luego de unas horas llegamos de vuelta por otro camino al campamento Bereber, donde Ana nos esperaba.

Al llegar no la encontré, había desaparecido. No tuve tiempo para buscarla y, gracias a Yuseff que me obligó hacerlo, abandoné las montañas a salvo.

El mismo me alojó donde unos amigos en Marrakech y llevó al aeropuerto apenas amaneció al día siguiente.

Llegué a París y me escondí en un hotel de mala muerte en la Place de la Bastille, hasta que compré un pasaje en tren hacia Zurich.

Hice el viaje espirituado, lleno de miedo. Supuse que en cualquier momento me encontrarían. Pero llegué hasta el Suiss Bank sin problemas. Pedí la caja de seguridad y, al abrirla, encontré en ella una cantidad enorme de fajos con billetes de cien dólares, bonos del tesoro americano y una muy breve carta escrita de puño y letra por mi primo.

*“Querido Germán, si estás leyendo esta carta es porque todo ha resultado como lo pensé; nos hemos vuelto a ver, te conté del próximo fin de mis días debido a esta maldita enfermedad que me consume, y te entregué la llave de este verdadero tesoro.*

*El dinero ahora es tuyo, gástalo como quieras. Siempre extrañé a mi familia y con esto puedo devolver algo de lo que durante mi infancia y juventud generosamente me dieron. Disfrútalo, primo”.*

*Mauricio.*

Guardé la carta en mi bolsillo junto con un fajo de billetes, cerré la caja, me dirigí donde un ejecutivo del banco para poner su contenido a mi nombre y también abrir una cuenta internacional que pudiera manejar a mi antojo desde cualquier parte del mundo.

Luego volví a Chile a radicarme en el Sur, en un campo que compré cerca de Puerto Varas.

Ahora tengo una vida de rico, pero algo solitaria. Me acompañan siempre dos guardaespaldas.

Ya no sufro angustias ni tampoco imagino cosas terribles.

Destruí los documentos entregados por mi primo; incluído aquel que contenía los datos del padre de Ana.

Nunca supe qué sería de ella, pero siempre me acuerdo de lo que pasamos juntos e imagino que algún día nos veremos de nuevo, en cualquier momento y de la forma más insólita.

Su imagen permanece en mi memoria, junto a la de Mauricio, mi primo.

## Hasta que la muerte

### nos separe

Historia a tres voces

## PRIMER CAPITULO

Nunca creí que pudiera llegar a pasarme algo por el estilo. Cuando comencé a sospechar lo que ocurría ya era demasiado tarde para volver atrás.

Uno ignora como las cosas se van enlazando, creciendo en forma soterrada, silenciosas, hasta aparecer de repente con tanta fuerza que no se las puede evitar. Entonces dan un golpe tan duro que son capaces de desestabilizar tu vida.

Nunca estuvo en mis planes el poner en tela de juicio la relación con Teresa, mi mujer desde hace veinticinco años, la madre de mi hijo y mi compañera. Pero una desgracia como aquella comenzaba a moverme el piso.

De pronto sentía un vacío que no conseguía llenar con su presencia: algo me faltaba. No sé qué; tenía deseos de cambiar, de hacer otras cosas que no la consideraban; moverme solo, decidir solo, cambiar de temas, acabar con la rutina, ser libre otra vez, a pesar que ni siquiera recordaba lo que eso significa.

Como no quería perjudicarla, guardé silencio; aunque empecé a alejarme, tomando distancia poco a poco, tratando de no hacerlo evidente para no herirla.

Ella seguía cariñosa como siempre, ignorante de la transformación que me afectaba. Yo recibía sus caricias y besos sin poder disfrutarlos como antes, temiendo que ella lo descubriera en mi mirada o en algún acto inconsciente.

En tantos años de matrimonio se forman lazos difíciles de desatar. Son tantas las experiencias compartidas, alegrías, penas, fracasos, sueños, que se alcanzan o pierden en el camino.

Pasamos por muchos altibajos: construido un pa-



trimonio, educado a nuestro hijo, y hemos logrado mantenernos unidos durante tanto tiempo. Le debía lealtad y respeto. Pero aun así, consciente de aquello, enredado conmigo mismo, un día la situación se hizo insostenible. Sin saber cómo encararla y confesarle lo que ocurría, hice mi maleta y me fui sin decir nada, lleno de remordimientos pero con la certeza de que eso era lo que debía hacer.

Me fui donde mi hermano que me recibió en su departamento y los primeros días fueron duros, porque confieso que la eché de menos; la imaginaba sola, desconsolada sufriendo por mi culpa, preguntándose qué es lo que podía haber pasado. La extrañé, es cierto, pero pensé que ella era algo que me ataba y no me permitía ir a donde quería.

La batalla fue terrible, me sentí culpable muchas veces y no solamente culpable, también vil, traidor. A mí no me hubiese gustado que fuera ella la que me dejara abandonado, como si lo nuestro no importara. Estoy seguro que para cualquiera es una experiencia traumática, difícil de digerir.

Muchas veces tuve que resistir a la tentación de llamar y volver; tal vez debido a la costumbre, por apego.

Solo después de algunos días me fui calmando, viendo las cosas con otros ojos, acostumbrándome a la idea de no verla y cambiar de paisaje, como quería.

El quiebre era un hecho, no quedaba otra que ser consecuente, esperando que aquello algún día rindiera su fruto.

Necesitaba ese cambio, replantearme, hacer cosas distintas.

## SEGUNDO CAPITULO

Siempre había querido hacer un viaje por el mundo y ésta era, tal vez, una buena ocasión para cumplir con ese sueño y cambiar de aire. Pero ¿adónde ir?

Miles de ideas se cruzaron por mi cabeza. El mundo es grande y los recursos escasos. Debía financiarlo todo con mi pequeña pensión y los magros ahorros de una vida.

Sin embargo, estaba decidido a hacerlo; además, en ese momento, cualquier lugar era bueno para tomar distancia y renovarme. Puse un pequeño planisferio sobre la mesa, cerré los ojos e indiqué con el dedo justo arriba de un país africano: Costa de Marfil.

Después de pensarlo un poco, decidí viajar primero a Mendoza, más cerca y más barato, sobre todo porque me daba un poco de miedo estar solo en un país tan lejano y desconocido. Allí, al otro lado de la cordillera, tomaría un tiempo para planificar mi siguiente paso.

Inmediatamente pensé en lo que habría dicho Teresa pero, haciendo una mueca, recordé que eso ahora no importaba, pues era libre de ir donde quisiera.

Tomé entonces mi maleta y me dispuse a la aventura. Llegué a la estación de buses y me embarqué hacia la Argentina.

Cuando me disponía a subir al bus sonó el celular. Lo primero que pensé es que ella se había enterado de mi viaje y me llamaba. Pero no, era nuestro hijo Gonzalo, quien insistió varias veces hasta que le respondí.

—Papá —me dijo—, acabo de llegar del sur y me encuentro con la sorpresa.

Seguramente esperaba que le dijera algo, pero no dije nada, así que continuó.

—¿Qué pasó? El tío Alejandro me dijo que salías del país. ¿En qué pasos andas? La mamá debe estar muy preocupada.

—Es inútil, hijo, —le aclaré—, he decidido tomar otro camino y cambiar de vida.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, papá, —escuché que decía, mientras el auxiliar del bus me hacía señas para que abordara.

—No te preocupes, hijo, ahora debo cortar, ya hablaremos, cuida a tu madre, te quiero... Y corté. Me subí al bus para sentarme al lado de una joven que se despedía, con lágrimas en los ojos, de un hombre delgado, vestido con polera y zapatillas, que le decía adiós con la mano y nos seguía mientras el bus se ponía en marcha.

Durante la primera hora de viaje no cruzamos palabra. Cada uno hizo lo suyo. Yo leí una novela de Ramón Díaz Etérovic y ella escuchó música con audífonos. Hasta que de pronto quiso saber si me molestaba que corriera las cortinas de la ventana.

—De ningún modo —respondí.

Ella sonrió por cortesía y, siguiendo un impulso, me atreví a comentarle que se veía un poco triste, que tal vez le haría bien conversar pues el viaje era largo.

Todo esto sucedía a la altura de San Felipe, antes de comenzar a subir la cordillera.

Entonces noté que era argentina, porque desde allí en adelante no paró de hablar con ese acento trasandino inconfundible.

—Hola, me llamo Rosario —fue lo primero que dijo, estirando su mano izquierda para saludarme— soy de Mendoza, y vos, ¿de dónde sos?

—Mi nombre es Gastón, y por el momento de ninguna parte, le respondí. Soy un hombre en transición que busca su destino.

—Ah, un aventurero.

—Algo por el estilo —sostuve.

En realidad así me sentía, así quería sentirme. No podía ella haberme calificado de mejor manera. Aunque lo dijo en tono de broma, le había acertado medio a medio. Para mí aquello era señal de un buen augurio y me hizo bien, fue como un impulso de energía. Qué hermosa y estimulante es la juventud, me dije, mirándola.

—Te veías muy triste despidiéndote —le comenté de nuevo.

—Es que es un verdadero drama el que vivimos, Sergio y yo —respondió con esa ye tan pronunciada—. El también es argentino, sabés, nos conocemos desde nuestra infancia, nos amamos locamente, pero no podemos estar juntos, siempre algo nos separa. Yo trabajo en Mendoza y no puedo dejar mi trabajo, tengo dos pequeñas hermanas que mantener. Sergio se ha venido a Chile a trabajar, así que nos vemos una vez al mes, cuando podemos. Es increíble —continuó—, lo único que quisiera es permanecer con él todo el tiempo, pero es imposible. Eso la pone a una triste, vos comprendés.

—Claro, por supuesto, —afirmé, y pensé en lo curiosa e inexplicable que es la vida. Ella me estaba diciendo que daría cualquier cosa por acercarse más a su pareja y yo, al contrario, huía de la mía. No todos los caminos van a Roma.

—¿Querés un matecito? —preguntó, sacándome de mi reflexión.

—Porque no —dije—, aceptando su tazón de madera, mientras ella se esmeraba en echarle agua caliente cuidadosamente con un termo.

Seis horas después de atravesar la cordillera de los Andes divisamos el terminal mendocino y, antes de llegar, Rosario quiso saber si me quedaría en la ciudad.

—Algunos días —respondí.

—Entonces, anotá mi dirección y teléfono —replicó—, y me llamás si necesitás algo.

Luego, ya en la losa del terminal, nos despedimos. Ella tomó un taxi que la llevaría hasta su casa y yo me quedé bebiendo un café, pensando en el que sería mi próximo paso: buscar un hotel e instalarme.

## TERCER CAPITULO

Me registré en el hotel Las Araucarias, un hotel que ya conocía en uno de nuestros viajes con Teresa.

Supuse que a ella le hubiese gustado estar allí y salir a vitrinear, como lo hacíamos siempre. Teresa amaba hacer eso, se preparaba con semanas de antelación y juntaba sus pesos para gastarlos en zapatos, chalecos de cachemira o chocolates argentinos. Para ella era una fiesta.

A mí también siempre me gustó comprar libros, nuevos y usados, tan baratos. Por lo que regresábamos a Santiago con el auto lleno de paquetes y con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo pasábamos bien. Hacíamos el amor todas las noches después de beber algunos tragos en uno de los bares del centro. Ella rompía sus ataduras y era otra; soltaba su pelo negro ondulado, sus pequeños labios se hinchaban, y me miraba deseándome con sus ojos verdes intensos y brillantes. Lo recordaba muy bien ahora solo en mi habitación, tendido sobre la cama, mirando el techo.

Sentí que ese era un momento de debilidad e intenté cambiar de pensamientos. Me di una ducha y, esa misma noche, salí para distraerme.

Hacía calor, las calles estaban llenas de gente y la mayoría de las tiendas abiertas. Me fumé un cigarrillo y me puse a leer las portadas de las revistas en los kioscos. Después me tomé una cerveza, mientras miraba a la gente pasar caminando; y de nuevo me vino a la mente la figura de Teresa. Intenté espantarla, como a una mosca, pero no pude.

Decidí volver al hotel, leer un poco y quedarme dormido; el cansancio del viaje debía ayudar. Pero no fue así, no logré zafarme de su recuerdo, sobre todo cuando miraba su lado de la cama vacío, desierto. Entonces cometí el error de tomar el teléfono y llamarla.

El teléfono sonó durante un largo rato y, para mala o buena suerte mía, nadie respondió.

Lo primero que pensé fue en porqué no estaba a esa hora en la casa, pero me negué a continuar haciendo conjeturas, no tenía sentido. Ella era tan libre como yo para hacer lo que quisiera. Después de todo, no tenía necesariamente que haber salido con otro hombre; seguro se había quedado donde una amiga, o ido al cine. No había porqué tener pensamientos negativos.

Luego de un rato dejé de intentarlo y colgué el aparato. No me convenía hacer esa llamada, era evidente. Lamenté mi debilidad y me juré no volver a cometer la misma tontería.

El día siguiente y subsiguiente los pasé visitando diferentes lugares: La feria artesanal en la plaza, algunas calles que no conocía, librerías de libros usados, el mall comercial donde se encuentra Falabella, y las termas de Cacheuta, a donde entré solamente a preguntar por las tarifas.

Por las tardes en el hotel, o en algún bar tomando un trago, planificaba mi futuro; el próximo paso en mi conocimiento del mundo y sus naciones, sin llegar a decidirme.

No quería apurarme ni sentirme bajo presión, pero me di cuenta que estaba bloqueado, sin poder avanzar. Además, el fantasma de Teresa me perseguía.

Sobre todo me abrumaba el hecho de sucumbir a sentimientos intrusos, indeseables, que iban en contra de mi decisión, tan pensada, de hacer algo nuevo con mi vida.

Comencé a sentir una angustia indescriptible y, al tercer día, al límite de mi resistencia, me comuniqué con

Rosario, quien me invitó a juntarnos en una conocida tienda de chocolates y se mostró simpática e interesada en encontrarnos.

No había querido llamarla, seguro que entre nosotros no podría pasar nada. Ella tenía unos veinte años menos y era claro que muchas cosas nos separaban. Nos unía solamente el viaje por la cordillera y el hecho de estar distanciados de nuestras parejas, por diferentes razones. Además no era siquiera mi tipo. No había algo en ella que pudiera volverme loco. Excepto, tal vez, su sonrisa, su juventud.

Esa tarde nos encontramos y fuimos a conversar, bebiendo unas cervezas.

## CUARTO CAPITULO

—Y... ¿cómo va la aventura? —preguntó Rosario.

Podría haberle dicho que bien, para no aguar el panorama y para no tener que entrar después en detalles, pero sin pensarlo le dije que mal, mientras me empinaba el vaso de cerveza.

Ella permaneció en silencio, mirándome.

Por un momento creí ver a Teresa en su lugar, preguntándome qué es lo que había hecho y tuve ganas de responderle que no tenía idea. Llevaba seis días lejos y ya no me acordaba bien porqué tomé la decisión de partir.

El viaje me parecía ahora un simple pretexto para salir del paso y tratar de escabullirme. Pensé que, después de todo, no existían realmente problemas con mi esposa. Tal vez era solamente la monotonía, el horror de ver siempre las mismas caras, los mismos lugares. O había sido ese impulso atroz de querer volver a sentirme a mis anchas, libre de todo compromiso, el que me había hecho correr y abandonarla. No es que quisiera otra mujer, más fogosa, con menos arrugas, o que ella me atormentara con sus celos sin dejarme respirar. Simplemente me había aburrido y comenzado a sentir mal conmigo mismo, asfixiado. No, no estaba bien, y tuve un poco de vergüenza en confesárselo.

Rosario debe de haber intuido lo que ocurría en mi interior, porque me tomó la mano. Bajé la cabeza y lamenté estar haciendo un papel como ése. Entonces reaccioné y dibujé una sonrisa, para mostrar otra cara.

—No tenés para qué fingir —dijo ella—, si estás triste estás triste. Yo también lo estoy, anoche me llamó Sergio,

desde Santiago, y me contó que por su trabajo debe ir a México por un tiempo. Pasarán varios meses antes que volvamos a vernos.

Todo esto me lo dijo sin soltar mi mano y yo tuve el impulso de abrazarla para darle consuelo, pero me abstuve.

Hicimos un salud para cambiar de tema e intentar olvidarnos de nuestras tristezas.

Nos trajeron un segundo vaso de cerveza y, gracias a Dios, comenzamos a ponernos más contentos.

Ya más repuesto le comenté que me sentía como un barco varado esperando a que subiera la marea y, sin darme cuenta, le conté todo. De pronto aquella muchacha a quien apenas conocía se convirtió en mi confidente y escuchaba de mis labios acerca de mi matrimonio, aquellas ganas locas de viajar, sentirme libre y cambiar de vida.

Después del tercer vaso reíamos de nuestras penas.

Luego decidimos caminar y cuando lo hacíamos la abracé; ella no hizo ningún reparo, al contrario, me abrazó también y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Caminamos varias cuadras hasta que comenzó a ponerse helado. El comercio cerraba y se veía menos gente. Pero no quisimos separarnos y nos dirigimos al bar del hotel para seguir compartiendo. El bar estaba cerrado.

Hacía mucho tiempo que no tenía una noche como aquella y menos despertar desnudo junto a otra mujer.

Ella tomó una ducha.

Me senté y encendí un cigarrillo mientras escuché caer el agua y a Rosario que tataraba una canción.

Durante años Teresa fue la única, salvo una infidelidad sin importancia que cometí, ella fue siempre la depositaria de mis deseos y pasiones.

Teresa no parece haberme puesto los cuernos, al menos eso parece, sino lo habría sabido por cambios en su comportamiento, porque no es de esas que andan haciendo leseras, lo reconozco; aunque, quién sabe.

Rosario salió del baño con una toalla cubriendo el

cuerpo y otra su cabeza. Su cuerpo joven y gracioso era hermoso, con las carnes apretadas, bien moldeadas, pero lo mejor era su sonrisa que irradiaba frescura y optimismo.

—Y cómo vas —me preguntó—, ¿estás mejor hoy?

Le respondí que sí, moviendo la cabeza de arriba a abajo, pasando mi mano por el rostro todavía sin afeitar.

Ella se acercó para darme un beso y pude percibir el olor de su cuerpo aún tibio y húmedo.

—Todo va a salir bien —me aseguró al oído—, y quitando la toalla que cubría su cuerpo pegó sus pechos a mi pecho, provocándome una enorme erección.

Sonrió al darse cuenta, desanudó la otra toalla, soltando su cabello largo, trigueño, y se lanzó sobre mí como si fuera una presa.

Juventud, divino tesoro; en ese momento fui muy feliz.

## QUINTO CAPITULO

Bajamos al comedor a servirnos el desayuno, tomados de la mano, como dos enamorados; sin embargo, yo sabía que aquello no iba a durar mucho; ella jamás podría tomar un lugar importante en mi vida y, además, mi plan era viajar por el mundo sin más compañía que mi propia sombra.

Durante el desayuno, antes que le dijera algo, Rosario se me adelantó.

—Vos no te inquietés —me aseguró—, no tenemos compromiso. Lo que ha sucedido ha sido maravilloso, pero ya sucedió. No hay para qué profundizar en el asunto —agregó riendo, en tono de broma.

Yo le tomé la mano y, sin decirle nada, se lo dije todo. Le estaba agradecido y ella lo sabía. Me había rescatado de caer en un pozo profundo.

—Y dejáte de tonterías —exclamó de pronto—, volvé con tu mujer. Si querés realmente viajar, viajá con ella. Mirá cuánto cuesta que una pareja permanezca unida, para tirarlo de la noche a la mañana por la borda, debido a una locura.

—Vos Gastón, sos un tipo macanudo —continuó—, ella estará feliz de que regresés, estoy segura que te recibirá con los brazos abiertos.

Confieso que esas palabras calaron hondo en mi espíritu y después de separarnos formaron parte de mi reflexión vespertina.

La acompañé a tomar un taxi y cuando se iba me pidió que no la volviera a llamar, porque era mejor así,

quedarse con un bonito recuerdo y seguir cada uno con sus vidas.

—Y volvé a Chile —me gritó por la ventanilla, cuando el auto se ponía en movimiento y me decía adiós agitando su mano, con una sonrisa inmensa que hubiese deseado volver a disfrutar.

Esa misma noche, mientras veía televisión en mi habitación del hotel, no sé por qué me vino a la mente una imagen mía y de Teresa caminando tomados de la mano por esas mismas calles de Mendoza, riendo y disfrutando de un delicioso chocolate blanco recién comprado; creí incluso escuchar su voz; y deseé que estuviera conmigo.

Se me pusieron todos los pelos de punta. De sopetón comprendí el error que había cometido abandonándola del modo en que lo hice. Debí estar demente —me cuestioné—, arrebatado y fuera de sí. Si quería sentirme libre, distraerme y viajar por el mundo, me hubiera bastado haberle dicho y puesto de acuerdo, sé que ella lo hubiese comprendido, no habría tenido objeción.

Rosario tenía razón, había sido estúpido y egoísta al pensar solo en mí y mis deseos. Una persona verdaderamente madura no comete actos parecidos.

Ahora el viaje a través del mundo, todas esas ideas acerca de la libertad y nueva vida quedaban relegados a un segundo plano. Debía planificar cómo volver a Chile y reencontrarme con mi esposa para intentar reconciliarme con ella, si todavía era posible.

Tomaría el bus de regreso al otro día a primera hora y cruzaría de vuelta la cordillera. En el camino iba a pensar en cómo hacerme perdonar.

## SEXTO CAPITULO

Al otro día por la tarde llegué a Santiago sin prevenir a nadie y me fui directamente al departamento de mi hermano quien me suponía lejos y al recibirme rió, bromeando.

—Harto corto el viaje y la aventura —me dijo, en tono irónico.

Sin importarme lo que pensara, que estaba loco o que era un idiota, lo primero que pregunté es si había tenido noticias de Teresa.

—Absolutamente ninguna —respondió—. El único que se ha aparecido por aquí es tu hijo, y de pasada.

—Pero ¿llamó alguna vez preguntando por mí?

—Nunca.

Su respuesta me dejó inquieto y, antes de tomar una ducha e instalarme en el cuarto de visitas, llamé a mi hijo.

—Gonzalo, hijo, ¿cómo has estado?

—Papá, ¿dónde estás?

—Aquí en Santiago, en el departamento de tu tío, ¿qué sabes de tu madre?

—¿Y ahora lo preguntas?

—No te pongas pesado —le advertí—. ¿Ella está bien?

—Sí, supongo que sí, pero no está en la casa.

—Y ¿dónde entonces?, —inquirí, ansioso.

—No sé, verdaderamente no tengo idea. Un día llamé y no estaba, después la fui a ver y tampoco, lo mismo durante la semana.

—Pero no llamaste a la policía —pregunté, esta vez preocupado.

—Si no es para tanto —respondió Gonzalo—, el

otro día me llamó para decir que estaba bien y no me preocupara, pero se negó a decir dónde estaba.

—¿Cómo eso?

—Bueno, tú sabes, ahora ella es libre para ir donde quiera y hacer lo que se le venga en ganas.

Un aire helado recorrió todo mi cuerpo y no pude expresar palabra.

—Papá, papá, estás todavía ahí —insistía Gonzalo al otro lado del aparato—. Aló.

La sorpresa era mayúscula. Yo la había imaginado todo ese tiempo en la casa, esperándome, y resulta que estaba fuera y más encima, inubicable.

Ojala no cometa ninguna tontería, me dije; un intento de suicidio, o lo que es peor, lo que más temía: alguna aventura amorosa que lograra separarnos para siempre.

—Sí, estoy aquí —respondí—, ven a verme en cuanto puedas, le solicité.

—Está bien, me alegra que hayas vuelto.

Cuando corté, mi hermano me ofreció un té y me dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Arrepentido? —bromeó.

Yo me encogí de hombros, eso fue todo. Comenzaba a oscurecer.

Me duché, cambié de ropa y me dirigí a mi casa.

La casa estaba vacía. Entré a nuestra habitación y tuve la sensación de no haber partido nunca. Busqué un indicio que me dijera dónde podía encontrarse pero no hallé ninguno, la mayor parte de su ropa estaba aún en su lugar.

## SÉPTIMO CAPITULO

Cuando Gastón se fue no me sorprendí. Hace algún tiempo que lo veía un poco extraño, ausente. Yo que lo he querido toda una vida, y lo conozco como la palma de mi mano, ya sospechaba algo, y como no es la primera vez, me quedé tranquila. Ya había hecho lo mismo, una tarde desapareció sin dar aviso, para después volver, luego de unos días. Es como un niño que necesita un recreo.

Esa vez creí morir de angustia y desconsuelo, sintiéndome abandonada, sufrí ataques de llanto y no quería levantarme. No sabía qué hacer sin él; lo echaba tanto de menos. Diez días después regresó pidiéndome perdón y aunque quise lanzarme a sus brazos no lo hice y dejé de hablarle durante semanas. Luego las cosas volvieron lentamente a su cauce. Gracias a Dios la memoria es frágil y las cosas desagradables quedan en el olvido. Así es posible recomenzar y evitar los rencores malsanos e innecesarios para continuar con la vida.

Por mi parte lo único que espero es que regrese sano y salvo. No me paso películas. Me preocupo por su seguridad, eso es todo. Sé que volverá.

Así que estando en conocimiento de estos arranques intempestivos y pasajeros de mi marido, decidí tomar al mismo tiempo vacaciones, y de paso darle una pequeña lección.

Unos días después que se fue metí algunas cosas en un maletín, cerré la casa, puse en marcha el auto y también me fui, sin decírselo a nadie, donde una prima que tiene un restaurante en la playa. Lo único que hice fue llamar a mi

hijo Gonzalo para avisarle que no se preocupara. El insistió en que le dijera mi destino, pero me negué, sabiendo que en algún momento su padre se lo preguntaría.

La idea era pasar unos días tranquila, respirando el aire costero, conversando con mi prima que no veía desde hace un millón de años, y desaparecer del mapa sin que nadie sepa donde estaba. Todo esto para que cuando Gastón volviera encontrara el nido vacío.

Francisca y su marido me recibieron con los brazos abiertos y me alojaron en su casa, a unos cincuenta metros más arriba del restaurante, en el mismo cerro.

Cuando me preguntaron por Gastón les dije que habíamos tenido una discusión y por eso partí dejándolo solo. No me atreví a contarles la verdad sobre Gastón y sus escapadas, sino que les hice creer que él me esperaba en casa donde lo había dejado. Para ellos era yo quien, enojada y aburrida, me había ido.

—Que se las machuque solo —afirmé.

Y la Francisca, solidarizando conmigo, me dijo que su casa era mi casa y podía quedarme cuanto quisiera.

Fuera de temporada el restaurante de mi prima recibe pocos clientes por lo que se abre solo los fines de semana, cuando llegan pequeños grupos de excursionistas, casi todos extranjeros. Durante los días de semana a mi prima le gusta reunirse por la tarde con sus vecinos en alguna de las casas de la comunidad.

Así, dos días después de mi llegada fuimos a la casa de Paolo, un italiano de unos cincuenta años, dedicado a la pintura y que lleva años viviendo solo. Allí nos reunimos y pasamos la tarde conversando alrededor de un fogón y bebiendo vino tinto caliente con naranjas.

Estuvo de las mil maravillas, Paolo era encantador, me hizo reír durante toda la velada y me mostró sus pinturas.

Mi prima Francisca me guiñó un ojo y yo pensé que estaba loca, porque además la pillé, cual celestina, incentivando a Paolo a que me invitara de nuevo. Eso



hizo que me sintiera un poco incómoda, pero me repuse, continuando como si nada.

—Encantada —le dije al despedirnos—, hace tiempo que no lo pasaba tan bien.

El tomó mi mano y la besó con una dulzura que me conmovió.

—Hasta luego —me susurró después, al oído.

Y yo creí que haciendo eso se le pasaba la mano. Soy una mujer casada. Un hombre tan seductor me dio miedo e inmediatamente pensé en Gastón y lo eché de menos. El era, después de todo, mi puerto seguro, un cable a tierra, el guardián que me protege contra piratas y bandidos.

Esa noche no dormí muy bien, sin poder evitar sentirme sola. Hasta que me venció el sueño.

Al otro día estuve a punto de volver a Santiago, pero Francisca me convenció de quedarme.

—Para que caminemos junto al mar y conversemos —me dijo—, deja que tu marido te extrañe, relájate, disfruta.

Resistí entonces a la tentación de volver y dispuse quedarme por otros días.

## OCTAVO CAPITULO

Mi prima vive feliz junto a su marido, en un cerro, frente al mar, en medio de árboles; ellos mismos construyeron el restaurante y su casa, con un gusto increíble, de madera y grandes ventanales. Sus hijos, ya crecidos, viven en Viña. No tienen televisor ni Internet; si mucho tiempo para ellos, y a menudo los vi abrazados, besándose.

El lugar parece el paraíso. Confieso que los envidié al ver ese amor y confianza que los une. Bien que Francisca resultó bastante liberal en sus ideas, demasiado. Varias veces me preguntó cómo me había parecido el italiano, y hasta me insinuó la posibilidad de conocerlo mejor, aprovechando que estaba sola. De nada me valió repetirle que, aunque tenía diferencias con mi marido, lo amaba y no tenía interés en intimar con ninguna otra persona.

Cada vez que la conversación llegaba a lo mismo, ella reía y cambiaba de tema, como si estuviera jugando, igual que cuando éramos niñas.

Los días siguientes no vimos a nadie y comencé a sentir el peso de la soledad. Los atardeceres, el ruido del mar y las gaviotas me pusieron melancólica.

Aquella noche bajé a la playa a sentarme en la arena, para estar conmigo a solas. El cielo estaba limpio, lleno de estrellas, y en los cerros podían verse algunas pocas luces encendidas.

Pensé en mi vida junto a Gastón y el sonido de las olas reventando en la arena me hizo recordar cierta infidelidad de mi marido, de la cual me había hecho la desentendida.

No es un hombre perfecto, me dije, pero lo quiero, con él me siento cómoda y estoy acostumbrada, después de tantos años.

A mí jamás se me hubiera ocurrido siquiera mirar hacia el lado. Los otros hombres no existían. A diferencia suya yo no necesitaba tener una aventura ni enredarme con nadie. El me saciaba por completo. Y entonces afloró la única pregunta que era capaz de hacerme trizas: ¿Acaso yo no lo saciaba por completo, para que me traicionara?

Estaba en eso cuando escuché a alguien acercándose hasta sentarse a mi lado. Era Paolo con su pelo enmarañado y ropa suelta, mirándome con sus penetrantes ojos azules, portando dos copas y una botella.

—Vine a hacerte compañía —me dijo, y puso una copa en mi mano.

El vino estaba verdaderamente delicioso y, debido a su efecto, poco a poco, se nos fue soltando la lengua.

Yo le conté lo mío, la verdad, y el por qué estaba ahora allí haciendo tiempo para que mi marido, al volver, no me encontrara.

El me contó que había estado casado en Italia por diez años, y que su mujer lo había abandonado de la noche a la mañana con su mejor amigo. Después de eso había decidido recorrer el mundo y cuando llegó a Chile se enamoró del paisaje. Aquí se casó con una joven hippie, bailarina, hermosa, alegre, me dijo, con la que se instaló en este cerro junto al mar. No tuvieron hijos, continuó diciendo, y al pasar algunos años la desgracia lo alcanzó de nuevo, cuando su mujer, una tarde fatídica, resbaló por el desfiladero, perdiendo la vida.

Su historia me dio una pena enorme y no lo rechacé cuando de pronto estiró su brazo para tomarme por la cintura.

Hicimos un brindis en silencio y nos quedamos mirando el cielo estrellado. Su cuerpo olía a pino, y me gustó.

—Quisiera hacerte un retrato —me propuso—,

¿aceptarías?, no más de una hora, eso será todo, te lo juro.

No lo pensé mucho y acepté. Subimos abrazados hasta su casa. No hacía frío, estaba oscuro, pero él conocía el camino de memoria. Yo todavía sentía un poco el efecto del vino.

## NOVENO CAPITULO

En su casa me dio calor y me quité el chaleco, mientras me sentaba en un pequeño taburete frente a la ventana, desde donde se veía el mar. Paolo me dio algunas instrucciones de mantener la vista al frente y acomodó mi pelo. Todo el retrato fue hecho en silencio; yo sentía como él me miraba e intentaba mantener mi vista al frente como me lo había pedido.

En ese momento tuve la sensación de que era Gastón quien estaba frente a mí, sonriendo y diciéndome cosas bonitas. Recordé aquella noche en un hotel al otro lado de la cordillera, donde nos sentimos tan unidos. En esa oportunidad también me había sentido como ahora, mirando el cielo a través de una ventana, a petición de mi marido quien me observaba, entonces completamente desnuda, y decía cosas amorosas al oído.

—Teresa, el retrato está listo —dijo de repente Paolo, sacándome del sueño—, ¿en qué pensabas?

—En nada —respondí—, estaba hipnotizada por las estrellas.

El retrato quedó perfecto, ésa era yo, no había dudas.

Mientras lo tenía entre mis manos y lo miraba, Paolo se puso detrás de mí y comenzó a hacerme masajes en los hombros.

—¿Te gustó el retrato?

—Sí, mucho, de veras.

Enseguida pensé en lo que iba a decir Gastón cuando lo viera, y sonreí.

Hicimos un brindis con lo que quedaba de vino en la botella y, sin esperarlo, sorprendiéndome, de repente el italiano estaba frente mío besando mi cuello, al mismo tiempo que me cogía entre sus brazos.

No dije nada y lo dejé hacer. Hasta que sus labios llegaron a mis labios y nos besamos. Fue un beso tierno, largo, durante el cual cerré los ojos y me sentí cálida, relajada. Luego Paolo me desabrochó con toda sutileza la blusa y metió su mano para acariciar mis senos. Sentí su mano grande, suave, tibia, y me fui entregando. Cuando me di cuenta que el asunto iba muy lejos e intenté detenerlo, no pude. Paolo me había quitado la blusa, me tomó en sus brazos y me llevó hasta el dormitorio donde, por primera vez, hice el amor con un hombre que no era mi marido.

Desperté temprano y vi a Paolo durmiendo todavía a mi lado, como un ángel. Me levanté para tomar una ducha y después, cuando terminaba de vestirme para marcharme, Paolo, quien ya había despertado y fumaba un cigarrillo en la cama, me pidió que me acercara y tomando mis manos me rogó:

—No te vayas, quédate conmigo, te pintaré de cuerpo entero y, cuando lo haga, te besaré sin parar, viviremos juntos, tomaremos sol, pasearemos por la playa, seremos felices, no te arrepentirás —concluyó.

La propuesta no dejaba de ser atractiva, quedarme allí viviendo junto al mar, siendo consentida como una diva, admirada, retratada una y mil veces por un artista.

La noche anterior había sido una locura. No me sentía culpable, ni sucia, ni tampoco arrepentida, pero él no era mi verdadero amor, así que le acaricié el rostro lo más tiernamente que pude y le dije que no era posible. Le di un último beso y lo dejé allí acostado, mirándome. Abrí la puerta y me encontré con el sol que ya alumbraba anunciando un día maravilloso.

Llegué a la casa de mi prima cuando tomaban desayuno y pude ver en los ojos de Francisca una mirada inquisidora, que por supuesto ignoré.

—Parece que lo pasaste muy bien —me dijo.

Yo le mostré el retrato hecho por Paolo y no pude evitar sonreír, delatándome.

Esa tarde me despedí de mi prima y su marido, subí al auto y recorrí los casi 120 kilómetros que me separaban de mi casa en Santiago, a donde llegué cuando ya había oscurecido.

Cuando entré a mi habitación y vi a Gastón esperándome, el corazón comenzó a latir más rápido y las piernas me flaquearon.

El estaba sentado sobre la cama sin decir nada y cuando traté de balbucear algo se apresuró a silenciar mis labios con su mano.

—Por favor no digas nada —me pidió—. De nuevo estamos juntos y eso es lo que importa. Si tú no dices nada, yo no digo nada, y seguimos adelante.

Se acercó, me abrazó, y haciéndome cariño, comenzó a quitarme la ropa, en silencio, tranquilamente, sin prisa. No dije nada; era lo mejor, porque si no, tal vez qué hubiese ocurrido. Luego hicimos el amor varias veces, hasta que nos quedamos dormidos. Fue delicioso y excitante, como nunca.

Estas eventuales separaciones nos hacen bien, reflexioné, reoxigenan, destraban; y siguiendo un impulso irresistible le di un beso con todo mi amor en la mejilla. El sonrió, eso fue todo.

Al otro día éramos los mismos de antes, reconciliados, unidos, completos, una pareja que se ama con intensidad.

Me preguntó por el retrato que yo había dejado sobre la cómoda y le contesté con otra pregunta:

—¿Quedé bien —no es cierto?

—Muy bien —dijo él—, bueno el artista, ¿lo conozco?

—No creo —respondí, y no hablamos más del asunto.

Eran como las diez de la mañana y nos levantamos a tomar desayuno. El tiempo, la vida, el amor verdadero continuaban. Aquella misma tarde volvimos a nuestras rutinas.

## DÉCIMO CAPITULO

Sus vidas continuaron sin grandes afanes. Gastón, lector empedernido, se lo pasaba leyendo, visitando librerías y bibliotecas en busca de nuevas lecturas que lo mantuviesen ocupado. Teresa asistía dos veces por semana a sus cursos de cerámica y yoga con los que llenaba sus días.

Nunca conversaron acerca de lo sucedido, ambos ocultaron celosamente sus respectivas aventuras y el episodio quedó olvidado, junto con el retrato hecho por Paolo, que Teresa guardó con otras cosas en una caja de cartón apilada en la bodega.

Al empezar el invierno de ese año, los días comenzaron a acortarse. El frío hizo que agregaran más cobertores a su cama y Gastón y Teresa se acurrucaron el uno contra el otro. La lluvia llegó también haciéndose escuchar en los tejados y la pareja comenzó a quedarse en casa más seguido.

Uno de aquellos días invernales se acostaron temprano. Gastón intentaba concentrarse en un nuevo libro mientras Teresa veía televisión, cuando sonó el teléfono.

—Aló —dijo Teresa.

Hubo unos instantes de silencio hasta que pudo escuchar una voz al otro lado del auricular.

—Hola, soy yo, Paolo.

Teresa se puso blanca, nerviosa, tragó saliva y, como llevada por un acto reflejo, cortó.

—¿Quién era? —Preguntó Gastón.

—Equivocado —respondió ella.

Teresa se levantó al baño y se miró en el espejo. Cuando lo hacía sintió un miedo atroz. Una simple llamada había

logrado desestabilizarla. Era como si todo el mundo se le hubiese venido encima. Refrescó con agua varias veces su rostro e intentó poner sus ideas en orden, pensando en qué debía hacer si el italiano insistía.

Luego regresó a la cama, disimuló su creciente nerviosismo, apagó el televisor y se arrojó bien, esperando no oír sonar de nuevo el teléfono.

—Buenas noches —escuchó que le decía su marido.

—Hasta mañana —dijo ella.

Gastón apagó la luz y Teresa se quedó pensando en penumbras, desvelada.

Aquel único desliz en su vida ya estaba olvidado, enterrado. No necesitaba, no quería volver a saber de él. Después de todo, ¿quién había sido ese hombre en su vida? Nadie. Un sueño, un espejismo. Nada.

No se arrepentía de lo sucedido, pero prefería borrarlo, no dejar una pizca de aquello en su memoria. Todo iba a la perfección con su marido. El matrimonio la hacía feliz, por eso ese llamado era totalmente inoportuno, indeseado.

—Ojalá no vuelva a llamar —se dijo—. Ese hombre se ha vuelto loco.

Pasaron algunos días sin novedad. Ella en ascuas temiendo lo peor, ocultando su preocupación y haciendo esfuerzos por olvidarse del asunto.

Una semana después, cuando ya creía superado el incidente, y mucho más relajada descansaba leyendo una revista sentada en un sillón, sonó el teléfono.

Como cada vez que lo hacía se apresuró a responder para no dejar oportunidad a que Gastón lo hiciera y comenzara a sospechar.

—Aló, Teresa, soy Paolo.

Teresa quedó de una sola pieza y sacando fuerzas de flaqueza, respondió:

—¿Quién?

—Paolo —dijo—, ¿ya no me recuerdas?

Lo recordaba muy bien, pero no estaba contenta de escucharlo.

## CAPÍTULO ONCE

—Ah sí, qué quieres —replicó, secamente.

—Quiero verte, estoy en Santiago.

Teresa sintió que la sangre le hervía, aquello era lo último que hubiese querido escuchar.

—Estás loco —le dijo—. No vuelvas a llamarme nunca más... y cortó; lo dejó al otro lado de la línea diciendo algo que a ella no le interesaba.

Pero el teléfono volvió a sonar.

A partir de ese día la insistencia de Paolo fue tal que Teresa, temiendo un escándalo de proporciones, tuvo que aceptar encontrarse con el italiano en un restaurante de Santiago.

Llegó cerca de las 14 horas cuando el sitio estaba repleto y lo vio sentado en una pequeña mesa, en un rincón de la sala. Lucía como lo recordaba: alto, delgado, pelo ondulado y ojos azules.

El se paró para saludarla con un beso y ella le ofreció su mano.

—¿Qué quieres? —le preguntó, sin rodeos.

—Solamente verte —respondió él—, siéntate, no te pongas a la defensiva, no muerdo.

—No sabes el riesgo que corro al venir a verte —comentó ella—, ¿Por qué haces esto? Creí que todo había quedado claro entonces, en la playa.

—Claro como el agua —acotó Paolo—, pero es que me gustaste tanto que no he podido sacarte de mi cabeza, y además tengo planes.

Al escuchar aquello Teresa se paró de inmediato y se disponía a partir cuando él la tomó del brazo, deteniéndola.

—Me haces daño —se quejó ella—, no quiero saber más de ti y me voy ahora —concluyó.

Paolo, al ver que las miradas de los otros comensales se posaban sobre ellos, no tuvo más opción que soltarla y dejar que se fuera.

Teresa desapareció rápidamente cruzando la puerta, perturbada por lo sucedido y con lágrimas resbalando por sus mejillas.

Gastón la esperaba en casa, ignorante de lo sucedido. Había preparado unas lasañas atiborradas de queso y cuando Teresa entró a la cocina se chupaba los dedos. Ella rió y, sin decir nada, se puso a cortar lechuga para hacer una ensalada. Luego se sentaron a almorzar en la mesa de la cocina.

—Te llamó un tal Paolo —dijo Gastón.

Al escuchar esto Teresa intentó parecer entera e indiferente y preguntó con forzado desgano:

—¿Y qué es lo que quería?

—Hablar contigo —según dijo—. Entendí que es el artista que te hizo aquel retrato. Habló de una exposición y quería saber si tú le prestarías su trabajo para exponerlo.

—Es el colmo de la patudez, que no moleste —sentenció ella—. Ni siquiera sé dónde está el famoso retrato.

Gastón dejó su silla, se acercó para darle un beso cariñoso en la mejilla y le dijo:

—Pero mi amor, por qué se molesta, si a usted le encantan esas cosas. Tal vez no sea una mala idea, en verdad que es bueno el retrato. A lo mejor te vuelves famosa.

—Si, pero... —intentó negarse Teresa.

—Nada de peros —la interrumpió Gastón—, creí que te encantaría, le dí nuestra dirección y le dije que viniera mañana.

Ella no supo qué decir, su mente quedó en blanco. Las cosas se desbordaban, se ponían oscuras, insoportables.

Se sirvió un poco de ensalada y cuando se la llevaba a la boca, irrumpió en llanto.

—No sé qué me pasa, no preguntes —le pidió, entre sollozos—, es uno de esos días, tú sabes.

Teresa intuyó que la vida estaba a punto de pasarle la cuenta y se sintió frágil, indefensa, decepcionada. Quiso morirse ahí mismo y desaparecer del planeta.

Gastón no dijo nada, retiró los platos y se sentó al lado de su mujer para abrazarla y darle consuelo.

—Mañana, cuando venga el artista, se te pasará todo, estarás feliz, ya verás —le aseguró—. Te das cuenta, vas a ser famosa —le dijo sonriendo—, tratando de subirle el ánimo.

## CAPITULO DOCE

Esa noche, una vez acostada y mientras Gastón tomaba una ducha, Teresa tuvo tiempo para reflexionar acerca de lo que le sucedía.

Por primera vez se culpó de lo ocurrido, sintió vergüenza por aquella tremenda debilidad, estaba totalmente arrepentida.

—Si pudiera retroceder en el tiempo —se dijo—, huiría del italiano como del mismo demonio. No debí hacerlo, fue un gran error, una caída imperdonable.

Temía lo que iba a suceder al día siguiente cuando su amante se presentara en la casa.

Cómo podía haber sido tan tonta, —se increpaba. Por una noche de placer ahora podía perder lo que más amaba en la vida. Tenía que hacer algo ¿pero qué?

Gastón salió del baño desnudo y se metió en la cama cuando ella aún tenía su mente llena de pensamientos agobiantes. Comenzó a besarla en el cuello y a tocarle las piernas, pero ella no se dejó y, sentándose, le hizo esta pregunta:

—Gastón, ¿me has sido infiel?

Este, al ver sus intenciones abortadas, también se sentó y le respondió:

—Pero ¿qué clase de pregunta es ésa, mujer, qué bicho te ha picado?

—Quiero que conversemos —dijo ella—, eso es todo.

—Por supuesto que no lo he hecho —dijo él.

—¿Lo juras?

—Te lo juro.

Teresa sabía que su marido mentía, pero no insistió. Dejó que le acariciara el rostro y le diera algunos besos.

—Y usted mi amor ¿Me ha puesto los cuernos?

—preguntó Gastón, en tono de broma.

Ella no dijo nada y evitó mirarlo a los ojos.

Entonces él volvió a la carga sin darle importancia a ese gesto evidente, a ese silencio delator.

Teresa, sin animarse a continuar con su velada confesión, se le entregó. Se abrazaron, él la besó con pasión, la penetró suavemente apretándola contra su cuerpo y ella, mientras se dejaba poseer, cerró los ojos e intentó sublimar todos sus pesares en ese magnífico y libidinoso ejercicio.

El sexo logró desviarlos del tema por unas horas, pero una vez saciados y rendidos, desnudos todavía, Teresa le dijo:

—La última vez que te fuiste...

—Nunca, jamás —aclaró él—, dándose por aludido.

—La última vez que te fuiste, fui yo quien te fue infiel, —le confesó.

Gastón acusó el golpe de inmediato y se levantó de la cama como un loco, gritando:

—Pero cómo, cuándo, con quién.

Se tomaba la cabeza con sus dos manos y se lamentaba:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste? —Repetía, frenético, fuera de sí.

Teresa temió que se pusiera violento y se encerró en el baño, desde donde le gritó:

—Tú tienes la culpa; y ese maldito italiano que me sedujo con su vino y lindas palabras.

—Eres una puta, le escuchó decir a su marido. Puta, puta, puta, puta. Y yo que te tenía en un pedestal.

—Tú también me has engañado —le gritó ella, desde el baño—, con esa sinvergüenza de la Marcela Cubillos, ¿Crees que no lo sé?

Después de un rato, cuando la tormenta pareció amai-

nar, Teresa abrió cautelosa la puerta del baño, temiendo algún arrebató de su esposo, pero él ya no se encontraba allí.

Sintió un portazo en la puerta de calle, se puso la camisa de dormir y corrió a mirar por la ventana. Afuera vio a su marido arreglándose todavía la ropa, cargando un maletín y desapareciendo, rumbo a una dirección desconocida.

Teresa creyó enloquecer, se dirigió a la bodega donde guardaba el retrato realizado por Paolo, y lo rompió en mil pedazos.



## CAPITULO TRECE

Gastón llegó al departamento de su hermano como a las dos de la mañana. Este lo recibió medio desnudo y le pidió que se acostara calladito porque estaba ocupado. No le hizo ninguna pregunta al verlo con el maletín, y se encerró en su pieza a continuar con lo que hacía.

Gastón se lo pasó toda la noche sin dormir, pegado al techo escuchando los ruidos de su hermano y alguna novia encendida, buena para el teleteatro y la comedia. No podía tampoco dejar de pensar en Teresa con otro hombre, gozando en brazos que no eran los suyos. Era insoportable.

Ahora sabía cuánto pesan los cuernos en la cabeza de un conyuge traicionado. Incluso derramó algunas lágrimas cuando pensó que, entre ellos, estaba todo irremediablemente perdido. No aceptaría nunca una mujer que hubiese mezclado sus fluidos con cualquiera, era como si estuviera contaminada. No se lo perdonaría jamás.

Teresa ya no era solo su mujer, sino que había sido de otro; aquello lo indignaba.

La madre de su único hijo lo había traicionado y eso no tenía perdón de Dios.

Pensando, imaginando cosas en su mente agitada, amaneció. Escuchó de nuevo a su hermano y la mujer gozando de un revolcón matutino. Se tapó los oídos con la almohada, pero el ruido no cesó, hasta que por fin logró quedarse dormido y soñó con Rosario, la argentina.

Cuando despertó su hermano estaba solo en el living, vestido y fumando un cigarrillo.

—¿Otra aventurilla? —le preguntó al verlo.

—Para nada —dijo Gastón—, refregando sus ojos, intentando espantar el último sueño.

—¿Y entonces?

—Teresa me ha puesto los cuernos y la he abandonado.

Su hermano hizo una mueca irónica y sonrió, diciendo:

—Así que por fin te ha devuelto la mano, ya era hora.

—Que gracioso —comentó Gastón— y se puso a llorar en su hombro, desconsolado, como un niño.

## CAPITULO CATORCE

Teresa durmió a sobresaltos. Estaba segura que esta vez su marido no regresaría y que todos esos años de matrimonio habían sido lanzados por la borda. Esta no era otra de sus escapadas, sabía que él no la perdonaría y que su destino era la separación y luego el divorcio.

—Me lo he ganado —se repitió mil veces—. Y hasta que la luz del día no irrumpió en su habitación, se lo pasó dando vueltas de un lado para otro, sobre su cama.

Como a las once de la mañana tocaron el timbre y ella aún estaba sin ducharse, con los ojos hinchados.

Se puso la bata y miró por la ventana. Entonces vio a Paolo allí parado con una desfachatez que le pareció increíble. No se explicaba cómo podía haberse entregado a un hombre como ése, un desconocido que ahora mostraba sus garras sin ningún pudor ni consideración de nadie.

El timbre volvió a sonar y Teresa no atinaba. Hasta que se decidió a abrir la puerta para dejarlo entrar y viera en lo que la había convertido; segura que al verla en ese estado, toda descompuesta y fea, el hombre terminaría por desistir de su loca idea y marcharse.

—¿Estás sola? —Preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Ayer hablé con tu marido y le dije...

—Lo sé, lo sé —replicó ella, interrumpiéndolo—, aquí tienes tu maldito retrato —le dijo—, lanzándole los pedazos a la cara.

Y entiende de una vez que al único que he querido y querré siempre es a mi marido. ¿puedes entenderlo? —gritó.

De pronto se abrió la puerta de entrada y vieron a Gastón que se quedó allí bajo el pórtico con los brazos cruzados, en silencio, mirándolos.

Paolo adoptó inmediatamente una postura erguida, sacudió su chaqueta, se dio media vuelta y abandonó la casa, evitando a Gastón, sin siquiera mirarle a los ojos.

Teresa se abalanzó a los brazos de su marido y lo besó muchas veces.

—Hemos sido unos idiotas, —dijo Gastón —pero lo hecho está hecho.

—Nada que no podamos superar —dijo Teresa, sollozando de alegría.

En eso una corriente de aire cerró la puerta produciendo un portazo. Y sonó el teléfono. Era su hijo Gonzalo para preguntar si estaban bien y anunciar una visita con su novia para esa misma tarde.

# ENTRELETRAS

*Escribir es un vicio.*

*¿Por qué un hombre, o una mujer, cae en el vicio de escribir? ¿Qué tiene el oficio que atrae, como la luz a la polilla?*

## CAPITULO 1

Esta es una historia que, como todas las historias desconocidas, se sabe donde comienza y no donde termina. Es la historia de un tipo común con muchos sueños frustrados, que le pesan como una mochila. Sin embargo, no todo está perdido, algo nuevo puede llegar a suceder de pronto en su vida y cambiar su destino.

Va a cumplir cuarenta años y todavía hay días en que se siente desorientado, como un adolescente. El mismo ha llegado a pensar que sufre de síndrome bipolar, pues hay días en que arrastra los pies, totalmente decaído, y otros en los que se siente eufórico, capaz de conquistar el mundo.

Se llama Santiago y cuando joven se graduó de ingeniero, una profesión que no ejerce porque un impulso profundo e inexplicable le pide, le exige, ser un escritor. Un escritor que guarda la secreta esperanza de escribir un día algo que valga la pena y alcanzar el éxito.

Y en eso se le va la vida. No hace más que escribir, pero poco.

En realidad es más el querer que el hacer, porque no es un escritor prolífico y él lo sabe, lo siente, lo sufre. A veces cuando puede, escribe; y aquello lo hace soñar, soñar en ser alguien, cumplir con las expectativas que él mismo se ha impuesto.

Ahora está allí, intentándolo una vez más; está allí frente a la hoja en blanco, con angustia, desesperado como siempre, esperando un milagro que no llega.

Esto, claro, le parece imbécil, absurdo, disparatado,

pero ¿Qué otra cosa puede hacer un personaje como él en una situación similar?

En todo caso tiene opciones. Puede terminar con su vida; puede desertar; o también seguir soñando que en un futuro no muy lejano va a lograrlo, y así continuar ante la hoja en blanco garabateando historias que no concluyen. Puede recomenzar soñando con la gloria, con el reconocimiento de sus pares y del mundo. Soñar con que sus libros están en librerías y son leídos por todos, traducidos, vendidos, premiados, aplaudidos.

Así que allí está y, de nuevo: nada. El milagro se resiste.

De pronto suena el timbre que, como una campana en un ring, lo libera, detiene el rudo combate que libra en su interior. Otro personaje de la historia aparece y alivia por el momento la terrible tensión de su espíritu.

## II

Pero todo está hecho un asco, estás hecho un asco, dice ella, Marcela, su ex.

Marcela lo visita periódicamente, lo ordena, lo cuida, le regala chocolates y cigarrillos para que se calme e intenta darle aliento para ayudarlo a inspirarse.

En realidad sigue siendo su mujer. La separación, de hecho, se hizo inevitable cuando él comenzó a vivir en un mundo de fantasía que ella no soportó. Es difícil convivir con quien piensa únicamente en escribir y se evade de la realidad para construir insólitos mundos de ficción. Pero lo sigue amando y, de cierto modo, comprendiendo. Los grandes hombres necesitan, merecen una gran mujer, se dice ella, y abriga tanto como él la esperanza de un futuro mejor.

Así que no lo dejó, ni dejará solo nunca, abandonado a su suerte. Lo visita al menos dos veces por semana, le asea la pocilga donde vive, le cocina y hacen el amor. Lo obliga a ducharse, cambiarse de ropa; le recuerda también que tienen una hija y escucha, a veces, fragmentos de sus fallidos intentos, de sus historias inconclusas.

El cuenta con ella, es su paño de lágrimas, quien logra volverlo a la realidad, paga sus cuentas, se preocupa por sus asuntos y sobre todo cree también, todavía, en el mismo milagro.

—Hoy tampoco he podido escribir ni una sola línea, le dijo, estoy hasta la pelotuda mierda con toda esta huevada.

—Ya vendrá, no te impacientes, respondió ella.

El la cogió por la cintura, pero ella se apartó.  
— Espera, arreglemos primero esta pocilga, dijo.

Mientras ella recoge los calcetines, los calzoncillos desparramados y estira la cama, Santiago se sienta a liar un pitillo, a pensar en lo mucho que ama a esa mujer.

Entretanto, el olor a marihuana inunda el pequeño departamento de Vicuña Mackenna con calle Marín y ella abre la ventana para ventilar.

— ¿Quieres?, pregunta él.

— Sabes que no fumo, dice ella.

### III

Tengo que escribir esta historia, se dice Santiago. Pero tiene miedo, porque siempre en todos los inicios se dice lo mismo. No hay garantía.

Marcela le ha dejado todo reluciente y han hecho el amor hasta cansarse.

No se lo ha dicho pero, a veces, como ahora, piensa que lo mejor sería abandonar toda esa locura y dedicarse a una vida diferente, libre de esa compulsión e imposibilidad de escribir que lo hace adelgazar y casi no le permite dormir por las noches.

Porque hace tiempo piensa que la única historia capaz de escribir es la de su fracaso en la escritura. Pareciera que su destino fuera sufrir esa mediocridad en que viven, o desesperan, sus letras; ese amargo oficio que escogió sin siquiera darse cuenta.

¿De qué vale lamentarse? No puede tampoco renunciar porque, qué sería de su vida —piensa— respirando sin más razón que el respirar. Siente que está atrapado en ese oficio equivocado, jodido y sin esperanza.

El fracaso le pesa. Quiere desertar, admitir de una vez por todas que verdaderamente no tiene dedos para el piano. Abandonar esa amante cruel y déspota que es la literatura, volver con su mujer y su hija.

Pero sabe que eso no es más que un sueño, que no durará sino un tiempo y, después, tarde o temprano, volverá a caer en lo mismo.

Aunque no cree en el destino, hay algo que lo ata a ese afán de perseguir personajes que lo rehuyen.

¿Karma o fatalidad?, da lo mismo. Algo lo llama desde un oscuro origen, no lo suelta, lo somete. Es algo que quiere dejar de lado desesperadamente y no puede; que lo sigue como una maldición; una prisión de la cual quisiera liberarse o un mal sueño del que ansía despertar.

Si Marcela se enterara no lo podría creer, quedaría confundida, porque es tanto lo que ha bregado por éste —no sabe cómo decir— insólito oficio, que piensa con esto perdería a sus ojos toda credibilidad y, tal vez, dejaría de amarlo. Lo peor: sería nadie.

La historia sigue sin aparecer, alargando las horas, el drama que se ha clavado en su carne y atravesado sus huesos.

Ignora hasta dónde tendrá que seguir el juego, continuar escribiendo una historia que no toma forma y mucho menos encuentra un final.

Ha pensado en quitarse la vida, terminar de una vez. Ese sería un final posible. Aunque un poco cobarde y egoísta. Marcela no se lo perdonaría nunca y siente que no puede hacerle algo así.

Entonces enciende otro pitillo para intentar aplacar su imposibilidad de concluir y espantar sus fantasmas, o para cambiarlos por algunos más benignos, más livianos.

## IV

Esta mañana Santiago amaneció más optimista. Se siente con fuerzas para afrontar lo que percibe como un nuevo desafío.

Quiere salir de su burbuja a buscar nuevas posibilidades, en realidad cualquier cosa que le ayude a mover su punto de encaje, la forma en que está viendo las cosas. Y para eso tiene que salir, enfrentar la ciudad, ver a otras personas del mundo real.

Abandonar su pequeño departamento, encontrarse con la gente, el tráfico, los letreros, lo ayudan a darse cuenta que se está convirtiendo en un ermitaño y a preguntarse si eso vale la pena, porque intuye que ninguna historia ficticia puede suplantar la de su propia vida, o no debiera.

La noche anterior escribió hasta las cuatro de la mañana una historia que, de pronto, de un momento a otro, cayó en desgracia, se bloqueó, dejó de fluir; el personaje principal no quiso continuar, desapareciendo de su visión y su escritura, sin explicación.

A pesar de sus esfuerzos le fue imposible hacerlo revivir y tuvo que resignarse, de nuevo, al fracaso. Esto le ha sucedido innumerables veces y no quiere que se vuelva a repetir.

Está consciente de su crisis de identidad; debe hacer algo para enmendar el rumbo. Sabe que no es algo fácil a sus años, cuando ya se está casi entrando en la recta final. Pero no está dispuesto a seguir como ahora, enredado en sí mismo, perdiéndose sin saber lo que realmente quiere

y debe hacer. Necesita un remesón, un milagro para hacer algo mucho más grande que escribir una historia cualquiera; su propia historia, la que él siente está a punto de naufragar.

Piensa en llamar a Marcela. Ella tendrá seguramente algunas ideas. Siempre las tiene. Pero después piensa en que mejor no. Aquello que tiene que hacer debe hacerlo solo.

Ya habrá tiempo para comunicárselo y compartir. Si todo sale bien es seguro que ella se pondrá feliz.

## V

En estos casos extremos, casi siempre, lo mejor es intentar volver al pasado, al origen. Tal vez empezando de nuevo, desde el principio, el curso de los acontecimientos cambie. Y hay que hacer el esfuerzo, intentarlo todo.

Por aquel entonces, hace años, no tenía miedos, ni enfermedades, ni deudas, era un joven bien parecido, inteligente y con muchos amigos. Todavía ni siquiera imaginaba su futura adicción por la escritura. No leía e incluso odiaba cualquier sujeto que le hiciera pensar un poco más de lo usual, o sea poco; lo justo para pasarlo bien, para disfrutar de las cosas simples de la vida. No poseía un solo libro ¿Para qué? si en su mundo tenía todo lo que necesitaba, no requería de ilusiones prestadas ni mundos ficticios. Era libre, o creía serlo. ¿Qué más? Como si alguna otra cosa importara a su edad. Pronto cumpliría sus dieciocho años y tendría al mundo en sus manos.

Pero entonces sucedió que llegó el amor con sus locuras y el universo comenzó a llenarse de versos. La escritura fluyó como un torrente desde lo más íntimo de su ser, se sintió poeta, cantándole a su amada, asombrado él el primero por aquella facilidad para hilar collares de palabras, palabras bonitas y sonoras que sirvieron para conquistar los corazones de aquellas mujeres que después lo rechazaron, y por las cuales llegó a cortarse las venas, en angustiosas noches de desamor, sin consuelo.

Todo esto lo acercó a la lectura, a aquellos hábitos antes menospreciados, que le permitieron desde entonces



entrar y salir de otros mundos; de los cuales comenzó a nutrir su vida.

Se hizo poeta como quien se hace nube o limonero y olvidó cualquier otra imagen que tuviera de sí mismo. Subió al Olimpo, cantó con los dioses, como si fuera uno de ellos. Y sus versos gustaron, lograron remover los espíritus. Quienes lo aplaudían lo motivaron a continuar en ese mundo de palabras, a no soltarlas, a habituarse a ellas, acomodarlas, quererlas.

Ahora se está preguntando cómo pudo sucederle aquello que al presente percibe como la caída en un profundo sueño, un sueño que lo redujo todo a la escritura y lo tiene parado de nuevo en medio de la nada.

Sus primeras penas fueron de amor. Mientras los versos de Neruda arrebataban su imaginación, él escribía versos románticos, poderosos dardos capaces de derretir al corazón más gélido.

De pronto no había tiempo sino para enredarse en las palabras, para correr detrás de ellas y hacerlas crecer en sus cuadernos que comenzaban a juntarse, repletos con las correrías de su corazón y del amor que destilaba. Un fuego en que ya ardía sin darse cuenta, poseído por la magia, por el sonido y el color de las palabras.

Luego entró a la universidad; tuvo que hacer esfuerzos para conciliar ambos mundos, el de los estudios y el de la poesía, la suya, aquella que llevaba su sello, el fruto de sus experiencias personales. Fueron cinco años de dura lucha interior entre los números y las palabras.

Al final ganaron los números, la batalla, pero no la guerra.

Se graduó de ingeniero, obtuvo su título y lo guardó en el cajón de una cómoda. No quiso ejercer como ingeniero, el oficio de poeta ya lo era todo a esas alturas de la existencia; no había lugar para nada más en su vida.

## VI

Esto último lo estremece. Siente en todo el cuerpo una creciente picazón, de nervios. Se detiene por un momento, se rasca, luego sigue caminando, recordando en búsqueda de exorcismo y sanación. Lleva unas diez cuadras ensimismado en sus recuerdos.

Ahora le toca el turno a Marcela. Ojos verdes, trigueña, delgada, graciosa, sencilla. Ella vino a su vida y se quedó para siempre. Cerca o lejos, no importa. Sabe que algo indestructible los une. Comenzó siendo la musa de sus versos y así ha continuado. Tanto, que le parece no tendría corazón para otra. Crecieron juntos. Se conocen. Se aman. Si no fuera por ella, piensa, qué sería de su vida.

Primero vivieron con la familia, en una casa enorme, cuando eran jóvenes soñadores.

El escribía versos para ella, mientras permanecía obligado en oficinas donde no duraba mucho, donde sus sueños de escritor terminaban derribándolo todo; entrando y saliendo de trabajos con los que se ganaba la vida, pero en los que desperdiciaba su existencia.

Ella, enamorada, aguantaba y seguía derritiéndose con sus versos. Eran felices.

Lo son, todavía, a su manera.

Con los años nació Celeste, su única hija. Una criatura de piel suave y lozana, ojos claros y despiertos, irresistible, imprescindible, quien revolucionaría las

cosas. Un personaje principal en el drama de sus vidas que movería las piezas, transformándolo todo.

Lo primero que intentó fue escribirle poemas, inventar versos infantiles. En algún lugar los guarda todavía, arrumbados junto con otros tantos escritos que forman parte de sus tesoros más valiosos.

Y Celeste le exigió lo que antes nadie ni nada pudo exigirle: trabajar para ganarse el sustento. Trabajar, olvidarse por un momento de los versos para mantener a su familia, que con ella ahora eran tres.

Marcela también comenzó a exigirle y dejó de mostrar el mismo interés por sus versos. Se puso más pragmática. La vida comenzó a ponerse dura, tuvo que aceptar obligaciones.

Resistió algunos años. Los que pudo para mantener a raya su imperioso deseo de escribir, a lo que se negaba terminantemente, temeroso de despertar la bestia y verla arrasar con todo a su paso.

Intentó con esfuerzo convertirse en un buen trabajador, sumiso, responsable, activo, despierto, inteligente, ambicioso; trató de cumplir con las reglas y las metas con tal de recibir un cheque a fin de mes. Se sometió al calvario, podría decirse, mientras su verdadero ser desesperaba, planeando en secreto, una inminente rebelión.

Fueron años aciagos, terribles, inclementes. Años en que debió soportar los caprichos y órdenes de jefes ambiciosos, demasiado susceptibles, maricones sonrientes con un cuchillo escondido a sus espaldas, listo para clavarlo en caso de sentirse amenazados; años en que debió acatar y poner en práctica políticas de la empresa en que las personas no eran sino tornillos de una máquina, gente sin importancia; y el único valor por sobre todos era el dinero, ganar dinero a como diera lugar.

El mundo giraba en torno a tener cosas, acumular

cosas para identificarse con ellas y sentirse más importante. Es decir, en su caso, una bomba que se genera soterradamente con el tiempo, hasta que explota.

## VII

Siempre se preguntó por qué eligió este oficio y no otro. Hubiese podido ser músico, cantante de rock; (aunque tiene oído de tarro). O actor, ¿Por qué no? Uno de aquellos que se convierten en otro mientras actúan. Podría ser cualquier cosa.

Puede, también, simplemente haber nacido escritor, llevarlo en los genes. Y tener esto que ver con algo de sus vidas anteriores; por lo que al venir a este mundo ya venía formateado, configurado.

Si hubiese podido elegir no habría escogido, jamás, ser un escritor. Habría pasado de largo como quien orilla un río y hecho cualquier otra cosa.

Por ejemplo podría haber ejercido su profesión de ingeniero y ahora estar viviendo de un buen sueldo, o ser un empresario exitoso disfrutando de una gran vida. Ese hubiese sido un camino mucho más fácil que dedicarse a tratar con personajes que no existen e incluso a veces se resisten a ser imaginados.

¡Que locura le ha tocado!

Todas estas son cosas que uno hace sin darse cuenta, que lo escogen a uno. Así que, al final, uno termina llevando una cruz de cualquier forma, aunque no quiera.

Es difícil saber de qué se trata este asunto en profundidad. ¿Por qué un hombre, o una mujer, cae en el vicio de escribir? ¿Qué tiene el oficio que atrae, como la luz a la polilla?

Tal vez algunos colegas lo tengan más claro. El por lo menos no está seguro de nada. Se ha prometido un

cambio y ha salido a encontrarlo, no puede olvidarlo.

Caminando ya casi llega a Plaza Italia y tiene hambre; aunque no tiene un centavo.

En aquellos días, sorpresivamente, tal vez reconociendo que el asunto no tenía salida y era hora de negociar para evitar un quiebre, Marcela pareció comprender que él estuviera harto de la misma rutina y lo dejó abandonar el trabajo sin poner el grito en el cielo. Claro que le exigió un cambio de género.

Desde hoy escribe cuentos, novelas, le dijo. Escribiendo poemas nunca ganarás algo decente para vivir. Así al menos tendrás una oportunidad y mi apoyo. Si las cosas se dan como se están dando hay que intentarlo, ya está decidido, nos la vamos a jugar.

El se sujetó de esto con todas sus fuerzas, era como un verdadero salvavidas, y pareció revivir. Tenía frente a él un nuevo comienzo; el futuro por delante. No más represión. Un cambio de rumbo perfecto.

Marcela se ofreció, con su trabajo, a ser el sostén financiero de la familia, al menos por un tiempo.

Desde ese primer día se lanzó a buscar una historia, cualquiera. Es lo único que le interesa, llenar páginas y páginas con vida. El tema no importa en lo más mínimo, lo mismo da escribir sobre una casa de putas que sobre un ángel recibiendo a los santos en el cielo. La cosa es escribir una historia verosímil y ponerle título, bautizarla, para sentir que trabaja y no pierde su tiempo, ni cometió un error abandonándolo todo, dejándose llevar por su vocación de escribir pequeños signos sobre una hoja de papel.

A veces escribe de nuevo poemas, aunque no siente ya el mismo interés y los escribe para, después, dejarlos de lado.

Una historia se revela a sí misma, se desvela. Va apareciendo poco a poco de la nada. Los personajes, si quieren, vienen y se quedan, la crean; sin ellos no hay historia posible y él, comprendiendo esto desde un principio, supo que tenía que descubrir como atraerlos, conquistarlos, trabajar con ellos codo a codo, mano a mano.

No es cosa de llegar y escribir una historia, primero se tiene que pactar con el universo, entrar en una especie de concordancia con el todo; luego con los personajes, compartir con ellos el resplandor de sus misterios; dominar las palabras, inventar un mundo y, finalmente, plasmar la vida de aquellos protagonistas que accedieron a contar sus cosas al oído.

Ahora, como no tiene un centavo decide regresar por la acera del frente de la que ha venido. El estómago hace ruidos extraños y en su departamento le espera algo de comida, un pedazo de lasaña hecha por Marcela.

Apenas inicia el regreso su mente se pone de nuevo en movimiento. Esto de tener hambre buscando un plato de comida empieza a parecerle un buen tema. Un hombre buscando un plato de comida; una mujer hambrienta que hace cualquier cosa por un plato de comida.

Se dice que tal vez es un tema que tomará en cuenta y desarrolle. El dolor de tripas que siente en el vientre puede servirle de inspiración, pues se basa en una experiencia verdadera, personal.

Camina, sigue buscando la historia que no llega.

A pesar de haberse comprometido a un cambio, en forma automática, completamente mecánica, el deseo de escribir aflora en su mente como si fuera un mandato divino.

No se ha encontrado con nadie en su camino; no ha sucedido nada; por mucho caminar y darle oportunidades al milagro para que ocurra, éste no llega.

Volverá a su departamento con las manos vacías.

En un principio, recuerda, los personajes se peleaban unos con otros por existir y durante un buen tiempo escribió muchas historias: Hasta que la muerte nos separe, El primo, La puta vida. Y también otras, buenas, malas, más o menos. Decenas.

Marcela aprobó este fructuoso impulso literario y él siguió haciéndolo contento, entregado, absorbido ahora por un montón de solicitudes de personajes en pugna por llamar su atención y ver la vida.

Me convertí en una especie de médium por donde llegaron al mundo personajes de todo tipo. Escribiendo caía en trance y revelaba las historias con asombrosa facilidad. Sufría de una imaginación desbordante. Era un flujo continuo de voces y situaciones que, si no los hubiese escrito, me hubiera vuelto loco.

De ese modo logré escribir muchas historias que alguien o algo me dictaba a medida que el tiempo transcurría. Historias de la vida real convertidas por la imaginación en otras historias, algunas de situaciones increíbles, entretenidas, llenas de vida. Un sinnúmero de relatos escritos por una mano invisible que se valía de la mía para llevar adelante sus propósitos.

Fue un período fértil en que viví entre la ansiedad y el gozo, haciendo lo que quería, colmado de gracia, escribiendo a cada rato, en cualquier parte, llevado por una fuerza incontrolable.

Creo que nunca fui tan feliz, viendo como esos mundos que se creaban de la nada crecían hasta conso-

lidarse y madurar. De algún modo ellos eran el espejo de lo que le ocurre a muchos.

¿Qué otra cosa podía pedir? Hay que ser feliz mientras es posible, disfrutar cuando se puede. Yo quería escribir historias y eso es lo que estaba haciendo.

Fue un buen tiempo, productivo, que duró seis meses.

Al séptimo mes los mismos personajes comenzaron a arrebatarme y consumir, a hablar por mí más de lo que es conveniente, me hicieron su víctima y ya no hablaba yo, sino el mendigo aquel que pedía limosnas en la esquina de una ciudad desconocida; la mujer aquella que lloraba al amante asesinado por su ex-marido; el ángel caído en un partido de fútbol en medio de una población miserable; el playboy que enamoraba a mujeres de dinero, faltas de cariño.

Nunca imaginé sufrir de sobredosis, de verme sobrepasado hasta perder la vida propia, pasar las horas como un actor que no abandona nunca a su personaje; y lo que es peor: pasa de uno a otro adoptando mil formas diferentes, olvidándose totalmente de sí mismo, convirtiéndose en nadie.

Su mujer no tardó en resentir ese comportamiento un poco desquiciado. Ya no era el mismo. Vivía en mundos de mentira, inventados, demasiado ficticios, que le robaban terreno a la realidad. Se convirtió por efecto del ejercicio de ficcionar en una especie de antena receptora con la que antepuso todos esos mundos de fantasía al mundo verdadero.

En este período comenzaron realmente los problemas. Con esfuerzo y ayuda publicó su primer libro, un libro que tuvo muy poca venta y ninguna crítica. Y cuando después de ello intentó continuar escribiendo historias empujado por el torrente de imágenes y voces que aún rondaban su cabeza, no pudo.

No consiguió volver a escribir una trama, hilar una

historia, a pesar de los gritos desaforados de aquellos personajes que, ahora impotentes, seguían luchando en su interior por ver la luz.

Dos o tres cuadras más allá no pudo evitar el sentirse derrotado. De un tiempo a esta parte nada le sale bien. A veces piensa que puede ser víctima de una maldición; de un trabajo como suelen llamarle los brujos. También ha pensado que lleva en la frente la marca de Caín.

¿Tiene acaso un castigo trastocar lo real y mezclarlo con fantasía, para infundirle nueva vida? ¿Es un pecado jugar a ser un pequeño dios, creando mundos de mentira? Porque si ese es el caso no le queda sino declararse culpable.

Lo que más desespera es que no existe una explicación convincente. Las cosas parecen ocurrir porque sí.

Al regresar a su departamento se encontrará con lo mismo, abrirá la puerta y ahí estarán el mismo sofá, los mismos cuadros, las mismas alfombras, los mismos libros, el mismo vacío del que infructuosamente trata de escapar.

Se ha repetido una y mil veces que desea otra vida, pero es evidente que no está cerca de conseguirlo.

Le gustaría que Marcela lo estuviera esperando para volver a llorar en su hombro y relajarse entre sus piernas.

Con el tiempo la relación marital llegó a ser insoportable. Marcela no sabía con quién hablaba, si con el personaje de una historia cualquiera, que había muchas, o con su marido. Santiago por su parte respondía con frases entrecortadas, con las que no decía nada, cambiando continuamente de genio y de caras. No era fácil.

El continuaba armando y desarmando mundos creados con sus palabras, sin darse cuenta en realidad de lo que verdaderamente acontecía: que su mujer y su hija ya no sabían cómo tratarlo y estaban inquietas, preocupadas, aburridas de tanto desconcierto y falta de compostura. Así que le llamaron la atención. Perder el trabajo pasaba, dijeron, pero no iba ahora a perder la cordura.

En algún momento la situación hizo crisis y Santiago tuvo que desalojar el nido familiar para partir con todas sus criaturas a vivir en un departamento arrendado en calle Vicuña Mackenna con Marín, donde ellas esperaban sanaría de aquellos fantasmas que lo perseguían y renovarían sus ideas. El cambio, hay que decirlo, fue doloroso.

El departamento arrendado a una prima, en un monto razonable y caritativo, es frío y oscuro, en un tercer piso sin ascensor.

¿Cómo deben haberle dolido esas primeras noches solitarias, acompañado solo por las voces de sus pro-

tagonistas, esos nombres sin cuerpos, un séquito de fantasmas que no lo abandonan nunca, sea donde fuere que vaya!

#### XIV

En esta etapa de la historia Santiago se estremece y apura el paso. Recuerda que, precisamente desde entonces, no puede escribir. O sea, escribir si puede, pero no logra hilar ninguna trama que valga la pena.

Se ha quedado solo con sus personajes en un limbo infestado de intentos y fracasos. Lleva una existencia seca, difícil, estéril, que no le satisface para nada. Tiene la sensación de pasar por un desierto interminable.

Todo aquello no termina de golpearlo; a pesar de sus esfuerzos por que no ocurra.

Quisiera pujar y dar a luz, pero de un tiempo a esta parte las cosas empeoran.

Si éste es el fragmento de la historia que le toca, quiere despertar de una vez y dejar de ser el personaje que es.

Por fin vuelve a casa y está ahora subiendo de dos en dos los peldaños de su escala.



## CAPITULO 2

Seguramente no me creerán si les digo que este nuevo capítulo de la historia, donde la trama principal es la de un escritor que no puede escribir, la estoy escribiendo yo que soy el protagonista, el personaje.

Me he tomado estas páginas y lo he hecho por una buena razón: para desahogarme y explicar mi personal punto de vista, el que muy pocas veces se considera o simplemente se ignora.

Por eso que me perdone el lector las palabras que siguen, pero no puedo quedarme callado, alguien tiene que hablar, tiene que poner las cosas en orden. No se debe permitir que el equívoco siga. Es necesario que este asunto se aclare, sin retórica, sin eufemismos, sobre todo si se quiere que esta historia continúe.

Para esto debo empezar por afirmar, sin vacilar, el carácter ontológico e irrevocable de mi realidad personal que, aunque siendo un personaje de ficción, poseo una innegable realidad, tan real y verdadera como cualquiera.

Tengo una vida que vivo como una criatura del Universo que nos contiene a todos. No veo por qué algunos insisten en restarle realidad a mi existencia, basados únicamente en que soy un personaje de ficción, como si la ficción no tuviese también su parcela de realidad.

La pregunta entonces es: ¿Qué es la realidad?  
¿Es la realidad del autor más realidad que la mía?  
Que se pregunte observando su propia existencia

si acaso no es él también el personaje de una historia en la que sufre, canta, crece, muere, tiene fracasos y éxitos, piensa, odia e imagina.

¿No tiene como yo un creador que le ha dado la vida y que tiene en sus manos los hilos de su existencia, la trama de sus días?

Si yo soy el producto de la imaginación de uno es altamente probable que él sea el fruto de la imaginación de otro. Ambos somos criaturas destinadas al olvido, compartimos el sueño de estar vivos e ignoramos nuestro futuro.

Y si la realidad viniese a ser lo que permanece y no cambia, según dicen algunos, como los dos estamos transitando hacia la muerte, no veo en qué su realidad podría ser distinta de la mía.

Nuestras existencias, ambas, son una ilusión. La suya mientras me escribe y la mía mientras soy leído.

En este punto nos damos las manos, coincidimos, en una especie de universos paralelos donde cada uno imagina estar vivo a su manera.

Tenemos destinos parecidos. Esto debe quedar bien claro antes de empezar o continuar cualquier cosa, que el lector no lo dude.

Vivo una vida como él vive la suya. No tenemos diferencias sustantivas.

Santiago, quien ha vuelto al departamento y saciado su apetito, mira ahora por la ventana hacia la calle Marín en donde están instalados, uno al lado de otro, una gran cantidad de hoteles parejeros abiertos las 24 horas del día. Desde allí ve entrar las parejas apuradas, tratando de pasar inadvertidas, a pagar por una pieza y una cama que les permita revolcarse en secreto un par de horas. También las ve retirarse como si nada, rápido, sin mirar a nadie, subir a los autos o hacer parar un taxi, decir adiós y separarse después de haberse amado.

Piensa que cualquiera de esas personas podría ser un excelente personaje para una historia rosa. Pero él no quiere escribir ese tipo de historias que no son más que paja molida; una mezcla de erotismo y banalidades, intrigas e incensateces para lectores mal educados.

No sabe lo que quiere, pero si sabe lo que no quiere, y no quiere, por ningún motivo, convertirse en un escritor de leseras romanticonas, sentimentaloides, cebolleras. Siempre ha tenido la ambición de crear algo de mejor gusto, recuerda, y cierra la ventana y las cortinas como si con eso cerrara la posibilidad de caer en tentaciones como aquellas.

Alguien golpea la puerta. Es el vecino que viene a pedir una taza de azúcar prestada. Santiago lo invita a entrar y pone agua a hervir en la tetera, para un café. Le hará bien compartir. Hace tiempo que no habla con algún vecino.

Sabe poco de su vecino, de sus vecinos en general. A veces se los topa en la escala, pero solo comparte un saludo y continúa. No sabe si son arquitectos, dependientes de farmacia, bailarines, estudiantes o escritores, poetas que viven como él, encerrados en su mundo, alejados de sus semejantes, sin meterse con nadie.

Carlos es psicólogo y está cesante hace varios meses. Vive en el departamento de al lado que tiene un balcón hacia Vicuña Mackenna. Habla sin parar mientras se toma el café que le ofreció Santiago, y fuma.

Cuenta que estuvo casado con una terapeuta alternativa, pero que ésta le puso los cuernos y lo dejó cuando recién llevaba dos meses de cesantía, la que relata es una enfermedad contagiosa de la cual todos arrancan. Ya no le quedan tampoco amigos.

No se lo doy a nadie, dice, y Santiago no puede hacer otra cosa que mirarlo con pena. Ahí tiene, frente a él, un psicólogo que necesita con urgencia otro psicólogo.

También sería un buen personaje, se dice, y lo escucha, lo sigue escuchando hablar de esto y lo otro, sin poner verdaderamente atención, caracterizándolo, fijándose en los detalles de su vestimenta, en su manera de mover los labios, los gestos que hace con las manos.

Carlos parece darse cuenta y se detiene, deja la taza de café sobre la mesa de centro y anuncia su partida.

Antes, vuelve a solicitarle la taza de azúcar y Santiago dice que por supuesto, mientras comienza a llenarle la taza.

Ven cuando quieras, agrega, y se despide.

Cuando Carlos se va, Santiago repara en que éste no le ha preguntado a qué se dedica. Piensa que mucho mejor, porque no sabría qué haberle dicho. Declararse escritor en su estado, en su profunda sequía, no hubiera sido correcto ni verdadero. Además que para algunos un escritor es una vaca sagrada, un ser especial, y se imaginan cosas increíbles de él sin ningún motivo. Para otros, sin embargo, el escritor es un ser un poco misterioso, bohemio, desordenado, y lo ignoran o tratan como un objeto suntuario.

Mejor, porque así ha podido evitar el tener que declarar un oficio, ponerse una etiqueta. De ese modo ha sido solo el vecino. El bueno y fraternal vecino de la puerta de al lado quien le ha prestado una taza de azúcar.

No le dijo que era un escritor que pasa por un desierto escalofriante, con una crisis de identidad que tiene su vida patas para arriba.

Le ha simpatizado el vecino, tal vez después indague más sobre su vida, invitándole otro café, prestándole más azúcar, y lo incluya en alguna de sus historias.

Todo es posible; se siente un poco más optimista, y sale de nuevo a la calle.

Esta vez ha tomado la precaución de llevar algunas monedas para el micro, por lo que podrá ir más lejos a visitar antiguos amigos.

No es que la idea le agrade, pero si ha decidido cambiar puede que esto le ayude.

Si escribo esto que escribo, seguramente es para espantar los fantasmas que me persiguen. No tengo ninguna otra razón para hacerlo.

El material de esta historia puede que sea yo disfrazado. Me doy cuenta. Es decir, soy un personaje que es autor de sí mismo, o un autor que también es el personaje.

Quizás qué hilos se cruzan para que yo escriba esta historia; el dolor de cabeza de su personaje principal. Una historia de la cual no se sabe si terminará, como otras, en el tarro de la basura o en el cajón de una cómoda; pero que aun así clama por ser escrita.

Ni siquiera se sabe si tendrá otro lector que yo mismo, o si el eventual lector, o lectora, entenderá siquiera someramente algo de lo que en ella está escrito.

Las palabras suelen hacerme malas jugadas, envuelto en ellas desaparezco del mundo para convertirme en otro, en otros.

Supongo que esto es una forma de escape que la humanidad practica hace miles de años. Pienso en Edipo y sus tragedias, en Cervantes, en Shakespeare, Saramago, Donoso. A todo ellos los veo inventando mundos paralelos, queriendo convertirlos en el reflejo de una vida indescifrable.

No entiendo de literatura, no soy un académico. Para mí la escritura es un espejo donde el que escribe se mira. Yo quiero mirarme, escribirme, leerme siendo

el autor y el personaje, por eso intento escribir esta historia.

No puedo decir nada que no sea yo mismo, que no venga conmigo. Por eso este ejercicio sana.

La historia es un pretexto; el personaje es un instrumento. Yo soy el que no sabe si está dormido o despierto y busca descifrarlo.

## CAPITULO 5

Hay todo tipo de historias, historias que entretienen e historias que aburren; historias secretas, historias falsas e historias verídicas, historias cortas e historias largas, historias de adultos e historias de niños, historias simples e historias complicadas, historias escritas e historias habladas, historias sin fin e historias que todavía no comienzan y andan en busca de un autor.

Santiago persigue una historia, su cabeza no para de funcionar ahora que va en el micro derecho al barrio de Vitacura, donde espera visitar a unos amigos y a quien menos pensaba hacer una visita: su abuela.

Principalmente, porque su abuela ha sido, durante toda la vida, una abuela fría y distante. Tenía que verla dos o tres veces al año, en reuniones de familia, de mala gana, por compromiso, hasta que un buen día decidió dejar de hacerlo.

En todo caso la antipatía es mutua. Jamás la llamó abuelita, no le nace, prefiere ni siquiera nombrarla.

Ella nunca aceptó que se dedicara a escribir. Por otros supo de sus comentarios irónicos y mordaces acerca de su persona; aseguró que desperdiciaba su vida en algo tan inservible como la escritura.

Desde un comienzo lo criticó y le hizo la cruz. Pero a él no le importa; ella es una más.

Al menos tiene a su favor que un día se lo dijo en la cara, con tanto desprecio que le quedó grabado.

La sangre no siempre tira, como dicen.

Madre de su madre, hace varios años que no la visita. No sabe siquiera si sigue viva.

## II

Hace mucho que no toma un micro y viaja escuchando el ruido de los fierros rechinando. Pagó su boleto y avanzó por el pasillo. Tuvo que pedir permiso a otros pasajeros hasta que logró sentarse en un asiento de la penúltima fila. El recorrido duró unos cuarenta minutos y, por fin, ve calles conocidas. Está un poco nervioso, respira profundo y hace que el micro se detenga.

Su abuela, que ya debe tener cerca de noventa años, vive hace más de veinte a la vuelta de esa esquina.

Antes de tocar el timbre presiente que todo saldrá mal y decide dar un paso atrás, como si retrocediera ante un abismo. Prefiere visitar algunos amigos que viven cerca.

Miguel Inostrosa, el milín, amigo de juventud, un poco menor que él, bueno para la pelota, para la cerveza, ha vuelto a vivir con sus padres, después de sufrir un fracaso económico que lo dejó en la calle y lo perdió todo, incluida la familia.

De eso sabe algo. (Recuerda a Marcela y la echa de menos).

Su amigo lo recibe con un abrazo, contento, sorprendido de encontrarse después de tanto tiempo. Lo hace pasar, se sientan en el living y lo primero que el milín le comenta es que sabe de su libro; no lo ha leído, pero dicen que es entretenido.

Santiago es ahora el que se sorprende, se siente halagado. Esas simples palabras le han subido el ánimo.

## III

Supongo supiste que fui estafado, le dice el milín, lo perdí todo. Es una historia complicada, triste, le dice. Tal vez tú podrías escribirla. Yo puedo darte pormenores, mostrarte documentos, y a lo mejor hasta nos hacemos ricos, concluye, riendo.

Que bueno verte, le dice ahora, el tiempo ha pasado. Supe que te has convertido en un escritor famoso.

La carcajada que lanzó Santiago debe haberse escuchado varias cuadras a la redonda.

Su amigo podría proporcionarle los datos de la historia que busca y no encuentra. Tal vez los personajes lo utilicen como intermediario. De seguro tiene mucho que contarle.

Pero esa no sería su historia, sino una prestada, ajena, que no le pertenece.

Piensa que cuando llegue el momento, se sienta de nuevo inspirado y encuentre la suya, algo en su interior va a avisarle, la reconocerá de inmediato, con certeza, tal vez debido a la familiaridad de los personajes.

El milín le da a escoger entre un café y una cerveza. Siempre ha preferido el café, no le gusta la cerveza, pero esta vez tiene que hacer todo de otro modo para que las cosas cambien.

Bien helada, gracias, te lo agradezco.

## IV

Lo más impactante de mi historia, dice el milín, no fue la inoperancia absoluta de la justicia; ni la mano negra que conspiró y movió los hilos para justificar lo injustificable; ni la frialdad absoluta del banco al ignorar los acontecimientos. Lo más impactante fue el cambio ocurrido con mi esposa Leticia; eso, eso rompe con todos los records, es digno de Ripley y estoy seguro que después de escuchar querrás escribirlo en alguna de tus historias.

Tú la conociste, continuó, ella era un ángel, bella, tierna, de singular corazón. Siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitase, a entregarse por completo a causas humanitarias. Poseía un aura maravillosa que deslumbraba a quien la conocía. Era increíble. Me sentía tan orgulloso por ella que llegué amarla como a nadie. Y sin embargo; de un día para otro comenzó a ser diferente, a cambiar de plumas, a dejar de preocuparse por su prójimo y empezar a tener excesivas consideraciones consigo misma. Fue un cambio total, incomprensible, inesperado, que terminó por minar los fundamentos de todo lo que hasta entonces conocíamos.

Yo pienso que puede haberse debido al choque que nos produjo el cambio de situación económica, en que pasamos de un estado acomodado y sin ningún problema de dinero, a otro pobre, miserable, lleno de impotencia, al punto de ver embargadas todas nuestras pertenencias.

Incluso, y esto es algo de lo que hasta hoy no comprendo el por qué, algunos nos quitaron el saludo, lo

que pudo haber sido la gota que rebalsó su vaso y hacerla cambiar completamente de conducta.

De pronto ella lo sabía todo, se volvió orgullosa, soberbia, irreconocible. El ángel se convirtió en demonio y la situación que ya era difícil, se agravó.

No conseguí soportarla en ese estado y la familia fracasó, se deshizo.

Luego de esto Santiago vio como a su amigo le resbalaban lágrimas por la mejilla.

Su primera reacción fue consolarlo, ¿Pero cómo?

A su lado sus problemas parecían insignificantes, piensa. Este hombre vive su propia historia sin necesidad de escribirla, triste, trágica, y solo Dios sabe si reversible.

¿Cómo pueden algunos personajes prestarse para tales horrores y terminar de este modo?

Hay historias atroces.

Esta no es la historia que busca, se lo repite.

Santiago intenta cambiar de tema. Le pregunta a su amigo por aquellos otros amigos del grupo, por Mauricio Bianchi, por Francisco Garcia, por Marcos Pantoja, por Patricio Godoy; aunque en realidad eso no le importa mucho; lo ha dicho para hablar de otra cosa, lo que realmente quiere es largarse.

Abraza a su amigo, se despide, se marcha. Necesita tomar aire; ya ha sido suficiente.

No irá ver a su abuela, y de solo pensarlo se siente aliviado. ¿Por qué, para qué hacer una cosa que no le agrada? Que le avisen cuando muera y a lo mejor esa será la última vez que la vea, al menos su cuerpo. No quiere historias con su abuela.

Parece que en el capítulo anterior Santiago ha sentido miedo, No le gustan las historias de mujeres que cuestionan a sus maridos. Eso le recuerda un poco su propia historia.

Prefiere pensar en cualquier cosa mientras regresa a su departamento en otro micro, haciendo el mismo recorrido.

Echa de menos a Marcela y a Celeste. Quiere que todo termine de una vez.

Odia esos personajes que no vienen para ayudarlo a salvar la situación que no ha hecho sino alargarse y convertirlo en un fracasado, en casi un alma en pena. Inseguro, cuando escribir una historia no debería ser algo complicado, al menos para él que se supone es un escritor.

## II

Al regresar a su departamento se encuentra con la sorpresa de que Marcela lo está esperando. Como siempre ella le ha dejado las cosas relucientes. El departamento parece otro.

Verla es motivo de contento y la abraza. Ella lo besa en la mejilla y dice que tiene algo que contarle. Y se lo dice muy seria, tan seria que Santiago imagina cualquier cosa.

Lo peor que podría decirle es que ha conocido a otro hombre, que la relación entre ellos se termina. En ese caso cree que se quitaría la vida, le sería insoportable.

Ni siquiera sabe por qué piensa en cosas tan negativas como esa, recapacita. Ella lo ama, se aman, la ama, y más de una vez se han jurado que lo harán para siempre. No entiende qué bicho le ha picado.

En seguida piensa que se ha dejado influenciar por la historia que le contó su amigo. A veces, las cosas malas se pegan.

Ella se sienta toda ceremoniosa y lo invita a sentarse a su lado.

A Santiago se le ha puesto la carne de gallina, pero se calma cuando ella le toma con cariño la mano.

Estoy embarazada, le dice.

## III

Santiago ya sabe que sigue. Lo ve venir. No es difícil adivinarlo. Le pedirá que termine con su vida de escritor y vuelva a conseguirse un trabajo remunerado; que asuma sus responsabilidades dejando a un lado su vocación y sus sueños.

Le dirá que ella sola no puede con todo, que hasta el momento si ha podido, pero que con un hijo más no será lo mismo, que necesita su ayuda.

Esta vez será un varoncito y tendremos la pareja, le dice.

El no ha dicho nada: no sabe qué decir y decide abrazarla. Eso le dará más tiempo para reaccionar a lo que sucede.

La historia se complica.



## CAPITULO 7

Escribir es un vicio, una adicción absurda. La página en blanco ha sido mi mayor suplicio. Frente a ella se desencadenan todos mis fantasmas, estrellándose unos contra otros, dejándome vacío y con un gusto amargo en la boca.

Aquel vacío me paraliza, me traga como una boca gigante que me impide escribir.

Pero yo sigo, no importa cuantos fracasos me azoten, cuanta impotencia me consuma, porque para mí la escritura ha sido y es un asunto de vida o muerte.

Comprendo que esto a más de alguno puede resultarle ridículo, pero en cuanto a mí se refiere, no sé si podré dejarla algún día. Es que su llamado irresistible insiste y me tiene volviendo siempre a lo mismo. No importa qué suceda, no importa dónde me halle, como una amante celosa me persigue y asedia, sin dejarme tranquilo.

A veces daría todo por escapar, por convertirme en otro, (cosa curiosa y paradójica, porque eso es precisamente lo que hago con cada personaje) y recuperarme de esa urgencia que no permite otra cosa que pensar en ella, vivir para ella y sufrir cuando siento su ausencia. Ser un escritor es difícil.

Que alguien no vaya a pensar que escribo esto para sacarme el problema de encima, para rehuir lo que Marcela me pide. El hijo por venir es tan de ella como mío, y entiendo que la criatura tendrá que comer y vestirse como su hermana.

Lo cierto es que mis escritos jamás (hasta ahora) han puesto un pan sobre mi mesa.

Pero como soy vicioso, soy débil. No digo esto solo para excusarme, lo que pasa es que sin escribir me es imposible vivir, sobre todo cuando la historia no llega.

Le diré a Marcela que de algún modo nos arreglamos. Ella me importa y mis hijos también. Es cosa de tiempo, el tiempo que tome terminar esta historia.

De todos modos siento como si me hubieran puesto frente a un pelotón de fusilamiento. Es triste pensar que tu propio hijo tiene el poder de cortarte las alas aun antes de haber nacido.

Finalmente, parece que los requerimientos materiales de la vida me terminarán obligando a negarme a mí mismo y comenzar a gastar mi vida en ganarla. Estos requerimientos, que afectan a casi todo el mundo, después de todo, no tienen porqué evitarme, eximirme, dejar que continúe con mis sueños como si fuera alguien especial. Además, muy pronto, si tienen éxito, ellos serán mi verdugo; el mío y el de todos los personajes que podrían haber existido por mi escritura, y no lo harán.

Estoy entre la espada y la pared. Mientras escribo esta historia, lo poco que llevo de ella, amenaza con destruirse, caer bajo los embates de necesidades mucho más urgentes y menos vitales.

Aunque quisiera evitar este desenlace, tengo que dar una respuesta, no puedo huir, ¿A dónde huiría?

Historia difícil, al tejerse a sí misma se muerde ahora la cola, vuelve al principio, casi a la nada.

Y entonces, aquí tendría yo que dirigir algunas palabras al creador de esta esquiva y siempre incompleta historia, a la especie de pequeño dios omnipotente que de manera majadera e incomprensible sigue dándole vueltas a la misma manivela; creando un círculo vicioso y perverso; dejando a su personaje, sin contemplación de ningún tipo, a merced del libre albedrío, o lo que es igual, a las fuerzas irresistibles de las circunstancias y el destino.

Que sepa que cumpliré con mi deber, seré un personaje que irá hasta el final sin importar lo que suceda. No escaparé a sus designios. No puedo.

Escribiré si hay que escribir o dejaré de hacerlo si es necesario.

### III

Finalmente, Santiago ha vuelto con su mujer y su hija, entregado el departamento y prometido un cambio sustancial a su mujer. ¿Podrá cumplirlo?

Marcela sabe que es complicado, que tienen por delante un futuro incierto, difícil. Lo único que ruega es que su marido pueda resistir. Conoce de sobra sus dificultades, sus fantasmas, y hará todo por ayudarlo a sobrellevarlos. Sabe también que aunque hasta ahora no ha hablado, ella es uno de los personajes principales de esta historia y que debe hablar, dejar su testimonio.

Primero quiere dejar bien claro que ella conoce más de historias verdaderas que ficticias; que ella no es escritora, aunque sí la mujer de un escritor. Pero eso no la faculta para tener las mismas fantasías ni las mismas urgencias.

Lo ha soportado todo, ha sido la mujer fiel y comprensiva que ha sabido llevar bien la situación. De seguro no hay recriminaciones contra ella. Incluso ha llegado a rogar a Dios porque aquellos personajes que rehuyen a su marido aparezcan y se queden.

Cree tener los pies bien puestos en la tierra, como cualquier mujer madura.

No sabe de historias, eso ya lo ha dicho, pero cada día, cada minuto, vive la suya. Ella no es una fantasía, es un ser humano.

En realidad no está segura de poder aportar algo que no sea agregar más humo a esta neblina.

Está embarazada de un segundo hijo, y eso es para ella la más real de las historias. Lo demás le importaría poco sino fuera porque conoce las debilidades de su marido, sus necesidades, y en esta historia están juntos, atados por la misma escritura.

Tiene fe en que las cosas se compongan, esa es su mayor fuerza y está dispuesta a continuar siendo el mismo personaje si su marido lo requiere.

En todo caso tiene bien claro que, aquí como allá, puede suceder cualquier cosa, lo más inesperado, lo menos pensado.

## EPÍLOGO

Yo sé que esta parte, la última, es la más difícil, sobre todo porque insisto en el artificio de escribir sin dejar claro quién escribe; si el personaje o el autor.

En todo caso nadie me obliga, hago esto por mi propia voluntad, intentando seguir la línea del relato sin confundirme ni confundir al lector.

Quien haya llegado hasta aquí sabe que ahora me encuentro en plena fase de transición: busco trabajo. Y una cosa es buscar y otra encontrarlo.

Como están las cosas en este país, el país más austral del planeta, pueden pasar varias semanas, hasta meses.

Marcela lo sabe y comprende, no me critica, no me culpa, me alienta a seguir adelante.

Los personajes de la historia continúan sin presentarse, pero ya no me importa. El único personaje que necesito ahora es el de un empleador que me quiera contratar. Uno gordo o flaco, chileno o alemán, cristiano o judío, da igual. Alguno que vea en mí un prospecto interesante, un futuro colaborador de su proyecto empresarial.

Por el momento creo que eso me haría feliz; que se me abran las puertas para volver a recomenzar. Volver a tener un sueldo a fin de mes, renunciar a mí mismo.

Sé perfectamente con lo que me voy a enfrentar, lo conozco. Me enfrentaré una vez más a la bestia y tendré que cambiar de actitud, convertirme en el Santiago competitivo, pragmático, convincente, ganador; un

hombre, o una caricatura de hombre, luchando por mantener un saldo positivo en el banco.

De nuevo a gastar mi vida en ganarla.

Después, no sé, tal vez las historias vuelvan a acosarme, a golpear mi puerta sin dejarme dormir.

Justo cuando ya me sienta seguro, acostumbrado y estable haciendo lo que haga, llegará un personaje y me gritará a viva voz:

-¡Hey, tú, recuerda, abre los ojos, esto no es lo tuyo, tu gran pasión es la escritura. No seas imbécil, no sigas perdiendo tu tiempo!

Entonces, a lo mejor, la rueda de mi vida gire nuevamente.

**FIN**



